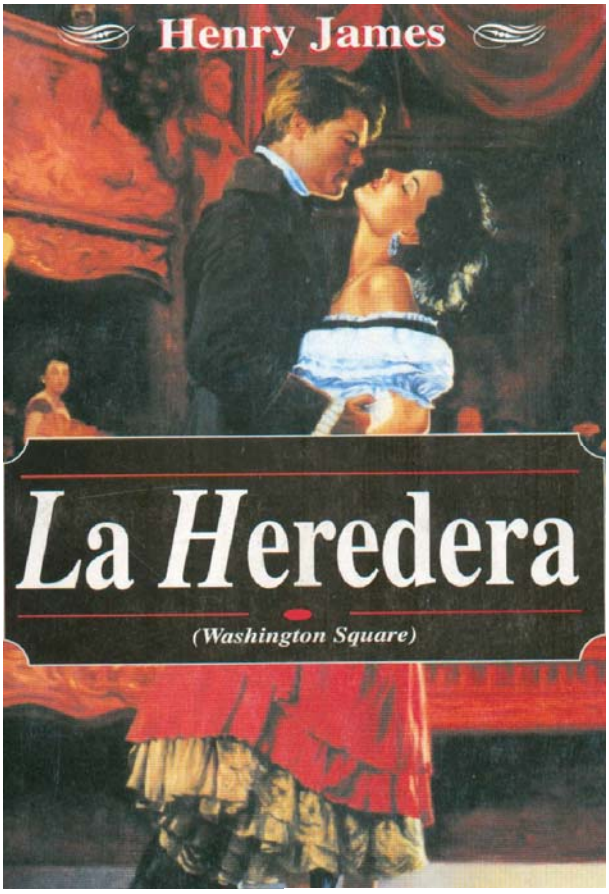
LIBROdot.com

La heredera

Henry James



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

Durante una porción de la primera mitad de la centuria presente, y más particularmente durante la última parte de ella, ejerció y prosperó en la ciudad de Nueva York un médico que gozó, quizás, de una 'excepcional parte de la consideración que en los Estados Unidos se ha tributado siempre a los miembros distinguidos de la profesión médica. Dicha profesión ha sido siempre muy honrada en Norteamérica, y con más éxito que en otros lugares, ha reclamado para sí el epíteto de "liberal". En un país donde, para tener un papel en sociedad, hay que ganarse la vida o hacer creer que se la gana, el arte de curar ha reunido en sí dos reconocidas fuentes de orgullo. Pertenece al reino de la "práctica, que en los Estados Unidos significa una gran recomendación; y está tocado por la luz de la ciencia -mérito apreciado en la comunidad donde el amor a la sabiduría no ha ido siempre acompañado por las comodidades y la oportunidad.

Uno de los elementos de la reputación del doctor Sloper, era que su sabiduría corría pareja con su habilidad; era lo que podía llamarse un doctor erudito, y, sin - embargo, en sus remedios no había nada abstracto; él siempre recomendaba a sus enfermos que tomasen algo. A pesar de ser muy escrupuloso, no era un teórico molesto; y aunque a veces explicaba con mayor minuciosidad de lo que necesitaban sus pacientes, nunca llegaba -como se sabe que hacen los médicos- a confiar sólo en sus explicaciones, y siempre dejaba una prescripción inexcrutable. Hay médicos que dejan la prescripción sin explicar nada, pero él no pertenecía a esta clase, que es, después de todo, la más vulgar. Se verá claramente que estoy describiendo a un hombre inteligente; y por esta razón, el doctor Sloper se convirtió en celebridad local.

En la época de que vamos a ocuparnos, era un hombre de unos cincuenta años, y su popularidad había llegado a su apogeo. Era muy ingenioso, y en la mejor sociedad de Nueva York se le consideraba como un hombre de mundo; cosa que realmente era. Me apresuro a añadir, para evitar cualquier malentendido, que no era un embaucador. Era un hombre completamente honrado -honrado hasta un grado que no había tenido ocasión de demostrar-; y, dejando a un lado la buena voluntad del grupo donde ejercía, que se jactaba de poseer el "mejor médico" del país, diariamente justificaba los talentos que le atribuía la voz popular, Era un observador, incluso un filósofo, y el ser brillante le resultaba tan fácil y natural, que nunca pretendía hacer efecto, ni usaba ninguna de las argucias de los que tienen una fama menos merecida. Hay que confesar que la fortuna le' había favorecido y que su camino había sido llano. A la edad de veinticinco años se había casado, por amor, con miss Catherine Harrington, una encantadora muchacha de Nueva York, que, además de sus encantos, le había traído una considerable dote. Mrs. Sloper era amable, llena de gracia, hábil y elegante, y en el año 1820 era una dé las muchachas bonitas de la pequeña, pero prometedora capital, formada en torno a Battery, dominando la Bay, y cuyo límite superior eran las praderas del Canal Street. Incluso a los veintisiete años, Austin Sloper se había destacado lo suficiente para mitigar la anomalía de haber sido elegido entre una docena de pretendientes por una joven de sociedad, que tenía diez mil dólares de renta y los ojos más lindos de la isla de Manhattan. Dichos ojos, y varios de sus acompañamientos, fueron durante cinco años motivo de satisfacción extrema para el joven médico, que era, a la vez, un marido devoto y feliz.

El hecho de haberse casado con una mujer rica, no modificó en nada la línea que se había trazado, y se dedicó a cultivar su profesión con la misma tenacidad que si no tuviese más que la modesta herencia de su padre, la cual tenía que compartir con sus hermanos. Su finalidad no era sólo gastar dinero, sino aprender algo y hacer algo. Aprender algo interesante y hacer algo útil aquél era el programa que se había trazado, y el accidente de que su esposa le hubiese traído una buena dote no lo modificaba. El médico amaba su profesión, y el ejercitar una habilidad de la cual se daba una completa cuente, y como era una verdad tan evidente que sólo podía ser médico, persistió en ejercer la medicina, en las mejores condiciones posibles. Cierto que su buena situación económica le ahorró gran cantidad de trabajos penosos, y que las amistades de su esposa le proporcionaron gran número de sus pacientes cuyos síntomas, si no son más interesantes que los de los pacientes de las clases humildes, al menos se muestran con una consistencia mayor. El médico deseaba experiencias, y en el curso de veinte años las tuvo en gran cantidad, y que fuera cualesquiera su valor intrínseco, no fueron del todo afortunadas. Su primer hijo, un varón que prometía mucho, según el doctor, que no era muy dado a los entusiasmos fáciles, murió a los tres años, a pesar de toda la ternura de su madre y la ciencia de su padre. Dos años después, Mrs. Sloper dio a luz, por segunda vez, una niña, cuyo sexo, en opinión del doctor, la convertía en un sustituto inadecuado de su llorado -hermanito. La niña fue una decepción, pero esto no fue lo peor de todo. Una semana después del parto, la joven madre, que hasta entonces se había sentido bien, presentó alarmantes síntomas, y antes de que hubiese transcurrido otra semana, Austin Sloper quedaba viudo.

Para un hombre cuya misión era conservar viva a la gente, no había tenido gran éxito con su familia; y el médico que en tres años pierde su hijo y su mujer, debe disponerse a ver discutidos sus afectos y su habilidad. Sin embargo, nuestro amigo escapó a las críticas; es decir, -escapó a todas las críticas menos la suya, que era la más competente y formidable. Durante el resto de sus días vivió abrumado por el peso de su propia censura, y conservó las cicatrices que le había producido la mano más fuerte que conocía, la noche siguiente a la muerte de su-esposa. El mundo, que, como hemos dicho; le apreciaba, se compadeci6'demasiado para ser irónico; su desgracia le hito más interesante, e incluso le ayudó en su fama. Se dijo que también las familias de los médicos tenían que sufrir las más insidiosas formas de la enfermedad, y que, después de todo, al doctor Sloper se le habían muerto otros pacientes aparte de los dos mencionados, lo cual constituía un precedente honorable. La niña vivió; y aunque no era lo que el doctor deseaba, su padre se propuso sacar el mayor partido posible de ella. Poseía un caudal intacto de autoridad, del cual la niña disfrutó grandemente en sus primeros años. Le pusieron el nombre de su madre, y desde el comienzo el doctor no la llamaba más que Catherine. La niña creció fuerte y saludable, y su padre, al mirarla, frecuentemente se decía que, al menos, tal como estaba, no temía el riesgo de perderla... Digo "tal como estaba" para decir la verdad... Pero ésta es una verdad que no voy a contar por ahora.

2

Cuando la niña cumplió diez años, el doctor invitó a su hermana, Mrs. Penniman, a que viniese a vivir con él. El doctor tenía dos hermanas, que se habían casado muy pronto. La más joven, llamada Mrs. Almond, era esposa de un próspero comerciante y madre de una lozana

familia. Ella era también una mujer lozana y razonable, favorita de su brillante hermano, que en materia de mujeres, aun cuando fuesen de su familia, era hombre de definidas preferencias. El médico la prefería a su hermana Lavinia, que se había casado con un pobre sacerdote, de constitución enfermiza y florida elocuencia, que a la edad de treinta y tres años la había dejado viuda -sin hijos ni fortuna-, únicamente con el recuerdo de los discursos de Mr. Penniman, cuyo vago aroma impregnaba la conversación de ella. A pesar de esto, el médico le ofreció su casa, y Lavinia aceptó con la alegría de la mujer que ha pasado diez años de vida matrimonial en la ciudad de Poughkeepsie. El doctor no le había propuesto que fuese a vivir allí indefinidamente; le sugirió que viviese en su casa mientras encontraba un lugar donde vivir. Es dudoso que Mrs. Penniman buscase casa, pero es indudable que no la encontró. Se instaló en casa de su hermano y no volvió a salir de ella, y cuando Catherine cumplía los veinte años, su tía Lavinia era uno de los más notables aspectos de su entourage. Mrs. Penniman decía que había venido para encargarse de la educación de su sobrina. Al menos había dado esta versión a todo el mundo menos al doctor, que nunca pedía explicaciones que podía inventar cualquier día. Además, Mrs. Penniman, aunque poseía una gran cantidad de seguridad artificiosa, evitaba, por indefinidas razones, el presentarse ante su hermano como una fuente de instrucción. No tenía un acusado sentido del humor, pero sí el suficiente para impedir que cometiese tal error; y por su parte, 'su hermano poseía lo bastante para excusar el que viviese a costa suya durante una considerable parte de tiempo. Por lo cual asentía tácitamente a la declaración de Mrs. Penniman de que la pobre huérfana tenía que tener junto a ella una mujer brillante. El asentimiento era sólo tácito, pues el médico no había quedado nunca deslumbrado por el brillo intelectual de su hermana. Exceptuando cuando sé enamoró de Catherine Harrington, jamás le habían deslumbrado las características femeninas; y aunque era lo que se llama un médico de señoras, no tenía una gran opinión del complicado sexo. Consideraba sus complicaciones más curiosas que edificantes, y tenía una idea de la belleza de la razón, que, en su mayoría, 'había recibido escasa recompensa por lo observado en sus pacientes del género femenino. Su esposa había sido una mujer razonable, pero era una brillante excepción; entre varias de sus seguridades, ésta era, quizás, la principal. Claro que tal convicción no servía para mitigar ni abreviar su viudez, y ponía un límite a su reconocimiento de las posibilidades 'de Catherine, y de los oficios de Mrs. Penniman. Sin embargo, al cabo de seis meses aceptó la permanencia de su hermana como un hecho consumado, y al crecer Catherine, comprendió que era conveniente que tuviese una compañera de su imperfecto sexo. El médico era extremadamente cortés con Lavinia; escrupulosa y formalmente cortés; y ella no le había visto encolerizado más que una vez en la vida, cuando perdió los estribos, durante una discusión teológica con su difunto esposo. Con ella no discutía de teología, en realidad no discutía de nada; se contentaba con hacer conocer, en forma de lúcido ultimátum, sus deseos con respecto a Catherine.

Una vez, cuando la niña tenía doce años, le dijo:

-Trata de hacer de ella una mujer inteligente, Lavinia. A mí me gustaría que fuese una mujer inteligente.

Al oír aquello, Mrs. Pennimán quedó un momento pensativa. -Mi querido Austin -dijo luego-. ¿Tú crees que es mejor ser inteligente que ser buena?

-Buena, ¿para qué? -preguntó el médico-. Cuando no se es inteligente, no se es buena para nada.

Mrs. Penniman no halló razones que oponer a aquello; posiblemente reflexionó que su gran utilidad residía en su aptitud para muchas cosas.

-Claro que quiero que Catherine sea buena -dijo el doctor al día siguiente-, pero el ser tonta no va a hacerla más virtuosa. Yo no temo que sea mala; en ella no hay malicia. Es "buena como el pan", pero dentro de seis años yo no quiero que la comparen con un pan con manteca.

-¿Tienes miedo de que sea insípida? ¡Querido hermano, no temas, yo seré la que proporcione la manteca! -dijo Mrs. Penniman, que había tomado a su cargo las "habilidades" de la niña, vigilándola cuando estudiaba piano, donde Catherine había demostrado un cierto talento, y acompañándola a las clases de baile, donde, preciso es confesarlo, hacía una figura muy modesta.

Mrs. Penniman era una mujer alta, delgada, rubia y bastante descolorida, de disposición amable, poseedora de un alto grado de nobleza, amante de la alta literatura y de carácter tortuoso y oblicuo. Era romántica y sentimental; tenía una pasión por los pequeños misterios y secretos; una pasión bien inocente, pues hasta entonces sus secretos habían sido tan poco prácticos como los huevos hueros. No era del todo veraz; pero aquel defecto no tenía gran trascendencia, pues nunca tuvo nada que ocultar. Le hubiera gustado tener un amante y mantener correspondencia con él, usando un nombre supuesto y dejando las cartas en un lugar determinado. Debo decir que su imaginación no la llevó nunca más allá. Mrs. Penniman no había tenido ningún amante, pero su hermano, que era muy sagaz, comprendía bien su estado de espíritu. "Cuando Catherine tenga diecisiete años -se decía -, Lavinia la convencerá de que un joven de bigote anda enamorado de ella. No será cierto; ningún joven, con bigote o sin él, se enamorará de Catherine. Pero Lavinia tomará el asunto a cargo de ella y le hablará a Catherine; quizás, si. no se deja llevar por su amor a las operaciones clandestinas, me hablará a mí. Catherine no le hará caso. Afortunadamente para la paz de su espíritu, la pobre Catherine no es romántica."

Catherine era una niña sana y fuerte, en la cual no había ningún rasgo de la belleza de su madre. No era fea; tenía un rostro vulgar, amable y falto de interés. Lo más más se podía decir de ella, era que tenía un rostro "agradable"; y aún siendo una heredera, nadie la concebía como reina de sociedad. La opinión de su padre acerca de su pureza moral se hallaba ampliamente justificada; Catherine era de una bondad excelente, e imperturbable; era cariñosa, dócil, obediente y veraz. De niña fue muy traviesa, y aunque esta confesión no cuadra bien a una heroína, bastante glotona...Que yo sepa, jamás robó pasas de la despensa; pero todo su dinero lo empleaba en comprar pasteles de crema. Respecto a esto, la actitud crítica resulta inadecuada en las referencias francas, a los primitivos anales de cualquier biógrafo. Decididamente, Catherine no era inteligente; no se distinguía con los libros; en realidad, w se distinguía en nada. Su deficiencia no era anormal, y había logrado aprender lo suficiente para quedar bien en las conversaciones con sus contemporáneos, entre los cuales, preciso es declararlo, ocupaba un lugar secundario. Es bien sabido que en Nueva York una joven puede ocupar un papel principal. Catherine, que era extremadamente modesta, no tenía deseos de brillar, y en la mayoría de los llamados acontecimientos sociales, se la encontraba en segundo término. Quería mucho a su padre y tenía gran miedo de él; creía que era el hombre más inteligente, más apuesto y más celebrado. La pobre muchacha hallaba tal compensación en aquel afecto, que el temor que se mezclaba a su pasión filial, le daba un nuevo sabor, en vez de disminuirla. El mayor deseo de Catherine era complacer a su padre, y su concepto de la felicidad, saber que lo había logrado. Pero no lo consiguió nunca más que hasta cierto punto. Aunque generalmente su padre era muy cariñoso con ella, Catherine se daba perfecta cuenta de aquello, y traspasar aquel punto era uno de los objetivos de su vida. Claro que ella no podía saber la decepción que había causado a su padre, aunque el doctor, en tres o cuatro ocasiones, había aludido claramente a ella. La joven

crecía bien y en paz; pero, a los dieciocho años, Mrs. Penniman no había hecho de ella una mujer inteligente. Al doctor Sloper le hubiera gustado estar orgulloso de su hija, pero en la pobre Catherine no había nada para estar orgulloso. Cierto que tampoco había nada de qué avergonzarse; pero aquello no era suficiente para el doctor, que era orgulloso, y le hubiera gustado considerar a su hija como una muchacha fuera de lo corriente. Era natural que fuese linda, graciosa, inteligente y distinguida -pues su madre había sido la mujer más encantadora de su breve tiempo-, y en cuanto al padre, el doctor' conocía su propio valor. Tenía momentos de irritación, de haber producido una criatura vulgar, en los cuales llegaba a alegrarse de que su esposa no hubiera vivido lo bastante para enterarse de ello. El mismo tardó mucho en hacer el descubrimiento, v hasta que Catherine no llegó a la edad adulta, el doctor no consideró el casó como irremediable. Le dio el beneficio de muchas dudas; no se apresuró a sacar conclusiones. Mrs. Penniman frecuentemente le aseguraba que su hija tenía una naturaleza deliciosa; pero el médico sabía muy bien cómo interpretar aquella declaración. Para él significaba que su hija_ carecía del sentido suficiente para comprender que su tía era una necia -limitación de criterio que no podía menos de serle agradable a Mrs. Penniman. Sin embargo, tanto el médico como su hermana exageraban las limitaciones de la joven, pues Catherine, aunque quería mucho a su tía y estaba consciente de la gratitud que le debía, la miraba sin la partícula de suave temor que ponía el sello a la admiración que sentía por su padre. Para ella, Mrs. Penniman no tenía nada de extraordinario; lo había visto en seguida, y la aparición de su tía no la había deslumbrado; mientras que las grandes facultades de su padre parecían, al extenderse, perderse en una especie de luminosa vaguedad, lo cual indicaba, no que se hubieran detenido, sino que la mente de Catherine no podía seguirlas.

No debe suponerse que el doctor Sloper hizo pagar a su hija aquella decepción, ni siquiera que la dejase sospechar que le había jugado una mala partida. Por el contrario, su miedo de ser injusto con ella le hacía cumplir celosamente sus deberes y reconocer que su hija era buena y cariñosa. Además, era un filósofo; fumó muchos cigarrillos para consolarse de su decepción, y al final se acostumbró a ella. Se contentaba diciendo que él no había esperado nada. "No espero nada -se decía-; de modo que si me da una sorpresa, todo marchará bien. Y si no me la da, no habrá pérdida." Aquello era cuando Catherine había cumplido los dieciocho años; por lo tanto, se verá que su padre no había sido precipitado. Por aquella época parecía imposible que Catherine diese una sorpresa; más aún, parecía imposible que la 'recibiese, tan callada e impasible era. La gente que se expresaba libremente, la llamaba estólida. Pero la impasibilidad de Catherine se debía a su extraordinaria timidez. Aquello no era siempre comprendido, y a veces producía una impresión de insensibilidad. En realidad, Catherine era la criatura más tierna del mundo.

3

De niña, Catherine prometía ser alta; pero a los dieciséis años dejó de crecer, y su estatura, como la mayoría de sus rasgos, no tenían nada de extraordinario. Sin embargo, era fuerte, bien formada y, afortunadamente, tenía una magnífica salud. Ya se ha dicho que el doctor era un filósofo, pero yo no habría respondido de su filosofía si la niña hubiese resultado enfermiza. Su aspecto de salud era su principal atributo de belleza; y su piel fresca, en la cual el

blanco y el rojo estaban equitativamente distribuidos, era muy agradable de ver. Tenía los ojos pequeños y tranquilos, los rasgos bastos, las trenzas suaves y oscuras. Los críticos severos decían que era una muchacha vulgar; los que tenían más imaginación, decían que era una muchacha callada y digna, pero ninguno de ellos la discutía a fondo. Cuando le hirieron comprender que era una joven -y tardó bastante tiempo en darse cuenta desarrolló bruscamente una pasión por los vestidos, pero su juicio en la materia distaba mucho de ser infalible, y solía tener grandes confusiones. Su deseo era, realmente, el deseo de una naturaleza inarticulada que lucha por manifestarse; Catherine quería expresarse en sus vestidos, y recompensar su timidez de lenguaje, con su franqueza en los atavíos. Pero si lograba expresarse en sus trajes, es cierto que no había que censurar a los que la consideraban poco ingeniosa. Hay que añadir que aunque se la creía heredera de una gran fortuna -el doctor Sloper llevaba mucho tiempo ganando veinte mil dólares por año y. ahorrando la mitad de ello-, la cantidad de que disponía no era superior a la asignación de las muchachas pobres. En Nueva York, en aquella época, había aún algunos fuegos encendidos en los altares de la sencillez republicana, y al doctor Sloper le hubiese agradado ver que su hija se presentaba, con clásica gracia, como sacerdotisa de aquella suave fe. En privado, hacía una mueca al pensar que una hija suya podía ser a la vez fea y ostentosa. El médico era aficionado a las buenas cosas de la vida, y hacía un considerable uso de ellas; pero tenía horror por la vulgaridad, e incluso la teoría de que se extendía entre la sociedad que le rodeaba. Además, hace treinta años, en los Estados Unidos no había el lujo de ahora, y el padre de Catherine adoptaba el criterio anticuado en la educación de las jóvenes. El médico no tenía opinión particular sobre el tema; por entonces no era aún un caso de propia defensa el tener una colección de teorías. Para' él, simplemente era adecuado y razonable que una joven bien educada no llevase su fortuna sobre la espalda. La espalda de Catherine era muy ancha y podía haber llevado una gran cantidad; pero ella no se expuso nunca al enojo paternal, y permitirse el lujo de llevar un traje de noche de raso rojo, adornado con un fleco dorado, a pesar de que durante años lo había deseado en secreto. Cuando se lo puso, le dio un aspecto de mujer de treinta años, pero a pesar de su gusto por las buenas ropas, Catherine no era nada coqueta, y al ponerse los vestidos pensaba más en cómo quedaban ellos que en cómo le quedaban a ella. En ese punto la historia no ha sido muy explícita, pero la suposición es justificada; con este atavío real, Catherine se presentó en una pequeña fiesta dada por su tía, Mrs. Almond. La muchacha tenía por entonces veintiún años, y la fiesta de Mrs. Alrpond fue el comienzo de Algo muy importante.

Tres o cuatro años antes, el doctor Sloper había trasladado su casa a las afueras. Desde su matrimonio había estado viviendo en un edificio de ladrillo rojo, con albardillas de granito y un enorme montante sobre la puerta, situada en una calle a cinco minutos de marcha del Ayuntamiento, que vio sus mejores épocas -desde el punto de vista social- alrededor de 1820. Después, la marejada de la moda se dirigió hacia el Norte, como tiene que hacerlo en Nueva York, merced al estrecho canal por donde corre, y el ruido del tráfico resonó a derecha e izquierda de Broadway. Por el- tiempo en que el doctor cambió de residencia, el murmullo del comercio se había convertido en poderoso estruendo, que, era música en los oídos de los buenos ciudadanos interesados en el desarrollo comercial de su isla afortunada. El interés del doctor Sloper en aquel fenómeno era sólo incierto; aunque al ver que la mayoría de sus pacientes se convertían en hombres de negocios, debía haber sido más inmediato, y. cuando la mayoría de las residencias de sus vecinos, también adornadas con albardillas de granito y enormes montantes, fueron transformadas en oficinas, depósitos y agencias marítimas, y aplicadas en mil diversas formas a los bajos usos del comercio, decidió buscar un lugar más tranquilo. El ideal de la

tranquilidad y el retiro distinguido, en 1835, fue hallado en Washington Square, donde el doctor se construyó una casa moderna de amplio frente, con una gran terraza delante del gabinete, y una escalera de mármol blanco que conducía hasta un portal recubierto también de mármol blanco. Aquel edificio y muchos de sus vecinos, iguales a él, se consideraban, cuarenta años antes, como el último modelo, de la ciencia arquitectónica, y en la actualidad seguían siendo residencias sólidas y honorables. Frente a ellos se hallaba la plaza en la cual había una gran cantidad de vegetación vulgar, - rodeada por una cerca de madera, que aumentaba su apariencia rural; y en la esquina estaba el recinto augusto de la Quinta Avenida, que nacía en aquel lugar con un aire tan confiado y espacioso, que indicaba ya sus altos destinos. No sé. si se debe a la ternura de las asociaciones primeras, pero dicha porción de Nueva York es para muchas personas la más encantadora. En ella hay una especie de reposo del que carecen otros barrios de la larga y estruendosa ciudad; tiene un aspecto más honorable y maduro que cualquiera de las ramificaciones superiores de la gran avenida longitudinal, el aspecto de haber tomado parte en la historia social; allí, como podrían haberos dicho personas calificadas, parecía que se llegaba a un mundo que ofrecía variadas fuentes de interés; allí fue el lugar donde vivió vuestra abuela, en venerable retiro, dispensando una hospitalidad igualmente atractiva para la imaginación como para el paladar infantiles; allí fue donde disteis vuestros primeros pasos por el mundo, siguiendo a la niñera, con pasos vacilantes, y aspirando el extraño perfume de los ailantos, que por entonces constituían la principal sombra de la plaza, y que difundían un aroma que vosotros entonces no sabíais desdeñar como se merece; finalmente, fue allí donde vuestra escuela, regida por una anciana de ancho pecho y ancha base, con una férula, que constantemente bebía té en una taza azul, con un platillo que no jugaba, ensanchó el círculo de vuestras observaciones y de vuestras sensaciones. Allí fué de todas formas, donde mi heroína-pasó muchos años de su vida; lo cual es mi excusa para este paréntesis topográfico.

Mrs. Almond vivía mucho más arriba, en una calle embriónica de alta numeración; en una región donde la extensión de la ciudad asumía un aire teórico, donde los álamos crecían junto al pavimento --cuando lo había- y mezclaban su sombraron los empinados tejados de las casas holandesas. Estos elementos de carácter pintoresco rural han desaparecido ahora del escenario de Nueva York, pero siguen estando en la memoria de las personas maduras, en barrios que ahora nos avergonzaría recordar. Catherine tenía muchos primos, y con los hijos de su tía Almond, que eran nueve, vivía en términos dé gran intimidad. Cuando era más pequeña, sus primos la habían temido; se la tenía por muy bien educada, y una persona que vivía con 1Vfrs. Penniman disfrutaba del reflejo de su gloria. Entre los Almond, Mrs. Penniman era más admirada que querida. Sus modales eran extraños e imponentes, y sus trajes de luto -vistió de negro durante veinte años y luego, de repente, apareció una mañana con rosas rojas en el sombrero-, eran complicados y estaban llenos de hebillas, abalorios y alfileres, que evitaban la familiaridad. Tomaba a los niños demasiado en serio, en las cosas buenas y en las malas, y tenía el aire abrumador de esperar de ellos acciones sutiles; de manera que ir con ella era semejante a sentarse en el primer banco de la iglesia. Sin embargo, al cabo de un tiempo se descubrió .que la tía Penniman era sólo un accidente en la existencia de Catherine, y no parte de su esencia. y cuándo la niña venía a pasar un sábado en casa de sus primos, jugaba a "la una la mula" y a todos los demás juegos. Sobre aquella base se llegó fácilmente a un entendimiento, y durante varios años Catherine fraterniz6 con sus jóvenes parientes. Digo parientes, porque siete de los Almond eran varones, y Catherine tenía una gran preferencia por los juegos que se juegan mejor en pantalones. Sin embargo, gradualmente, los pantalones de los Almond se fueron haciendo

más largos, y los que los llevaban a dispersarse y establecerse en la vida. Los chicos mayores eran de más edad que ,17

11 E N R Y J A M E S Catherine, y fueron enviados a la Universidad, o a departamentos de contabilidad. De las chicas, una se casó muy puntualmente, y la otra se comprometió con igual puntualidad. Y para celebrar este último acontecimiento, Mrs. Almond dio la pequeña fiesta mencionada ya. Su hija iba a casarse con un joven agente de Bolsa, un muchacho de veinte años: dicha unión se consideraba muy conveniente.

4

Mrs. Penniman, con más hebillas y abalorios que nunca, fué, claro está, a la fiesta, acompañada de su sobrina; el doctor había prometido aparecer por allí a última hora. Se iba a bailar mucho, y apenas el baile había comenzado, Marian Almond se acercó a Catherine en compañía de un joven alto. Le presentó diciendo que tenía gran interés en conocer a nuestra heroína, y como primo de Arthur Townsend, su futuro marido.

Marian Almond era una linda muchacha de diecisiete años, de cuerpo menudo, adornado con una banda ancha, y a cuya elegancia de modales el matrimonio no tenía nada que añadir. Poseía ya el aire de una anfitriona que recibe a sus invitados, abanicándose y diciendo que no tenía tiempo de bailar, pues debía atender a sus amigos. Habló largo rato acerca del primo de Mr. Townsend, al cual dio un golpecito con el abanico, antes de retirarse. Catherine- no entendió todo lo que dijo; tenía su atención puesta en los ademanes graciosos de Marian, y en el aspecto del joven, notablemente bien parecido. Sin embargo, logró, cosa que otras veces no hacía, recordar el nombre de la persona presentada, que era el mismo que el del prometido de Marian. A Catherine le turbaban siempre las presentaciones; las consideraba un momento difícil, y se asombraba de que algunas personas --entre ellas aquel joven- las tomasen tan a la ligera. Se preguntaba qué debía decir y cuáles serían las consecuencias de su silencio. Por el presente, las consecuencias eran muy agradables. Mr. Townsend no le dio tiempo para turbarse, y sonriendo, comenzó a hablarle como si la conociese desde hace mucho tiempo.

-¡Qué fiesta más deliciosa! ¡Qué casa tan bonita! ¡Qué familia tan interesante! ¡Qué muchacha tan linda es su prima!

Mr. Townsend ofreció aquellas observaciones de escasa profundidad, como contribución a la nueva amistad. Miró a los ojos de Catherine. Ella no contestó nada; le escuchaba y le miraba; y él, como si no esperase respuesta en particular, pasaba a "hablar de otros temas del mismo modo natural. Catherine, aunque no podía hablar, no se sentía turbada; le parecía adecuado que hablase él y ella le escuchase y le mirase. Esto era natural, ya que el joven era tan bien parecido. La música había estado callada durante un tiempo, pero de repente comenzó de nuevo, y entonces él le preguntó, acentuando su sonrisa, si le haría el honor de bailar con él. Pero incluso aquella pregunta no la contestó Catherine de modo audible; dejó simplemente que el joven le pasase el brazo por la cintura -y mientras lo hacía, recordó con mayor intensidad que otras veces, que aquél era un lugar, singular para que un caballero colocase el brazo-, y á1 momento siguiente, él la guiaba a través del salón, siguiendo las armoniosas vueltas de tina polca. Cuando descansaron, Catherine comprendió que estaba roja; y entonces, durante un momento, dejó de mirarle. El le preguntó si quería bailar más, y ella vaciló, sin dejar de mirar las flores del abanico. -¿Se marea? -le preguntó él, amablemente.

Entonces Catherine levantó los ojos y le miró; indudablemente era muy bien parecido, y no estaba nada rojo.

-Sí, estoy un poco mareada -le contestó ella.

-En tal caso -dijo Mr. Townsend-, nos sentaremos para hablar. Yo buscaré un lugar bueno.

Halló un buen lugar, un lugar encantador: un sofá pequeño, donde sólo cabían dos personas. Por entonces los salones estaban llenos; el número de los bailarines crecía, y la gente se hallaba de espaldas a ellos, de 'manera que Catherine y su compañero permanecían apartados y sin que nadie los observase. "Hablaremos", había dicho el joven, pero él fué el único que habló. Catherine, reclinada en su asiento, sonreía mirando al joven y lo encontraba muy ingenioso. Tenía unos rasgos como los jóvenes de los cuadros; Catherine no había visto nunca aquellos rasgos -tan delicados, tan perfectos- entre los jóvenes que veía en las calles de Nueva York y que encontraba en los bailes. Era alto y esbelto, pero tenía un aspecto extraordinariamente fuerte. A Catherine le hacía el efecto de una estatua. Pero una estatua no habría hablado así, y, sobre todo, no habría tenido los ojos, de un color tan precioso. El joven no había estado antes en casa de Mrs. Almond se sentía como un extraño; Catherine había sido muy amable, compadeciondose de él. Era primo de Arthur Townsend -primo tercero o cuarto- y Arthur le había traído para presentarle a su familia. En realidad, se sentía como un extraño en Nueva York, a pesar de qué había nacido allí; pero había vivido muy poco tiempo en la ciudad. Había recorrido el mundo y residido en rincones raros; había llegado hacía un mes o dos. Nueva York era muy agradable, pero él se sentía solo.

-La gente se olvida de uno -dijo sonriendo a Catherine, mientras se inclinaba hacia ella, apoyando los codos sobre las rodillas.

A Catherine le parcela que nadie que le hubiese visto una vez podría olvidarle; pero se guardó aquella reflexión para sí, como quien guarda algo' precioso.

Estuvieron sentados largo tiempo. El joven era, muy divertido. Le hizo preguntas acerca de las gentes que había cerca de ellos; trató de adivinar quiénes ¯eran, e hizo los equívocos más chistosos. Los criticó libremente, y con despreocupación. Catherine no co nocía a nadie --especialmente a ningún joven- que hablase de aquel modo. Así hablaría un joven en una novela; o mejor aún, en el teatro junto a las candilejas, cuando todos los ojos están fijos en él, y uno se pregunta cuál será su estado de espíritu. Y sin embargo, Mr. Townsend no parecía un cómico; parecía muy sincero, muy natural. Aquello era muy interesante; pero en medio de ello, Marian Almond se abrió paso entre la multitud, lanzando un grito irónico, al hallar aún junta a la pareja, que hizo que todos se volviesen y le costó un sofocón a Catherine. Marian interrumpió la charla y le dijo a Mr. Townsend -al cual trataba como si estuviese casada ya, y él fuese primo suyo- que fuera adonde estaba su madre, que quería presentarlo a Mr. Almond.

-Nos veremos de nuevo -dijo el joven al despedirse de Catherine, y ella consideró originales aquellas palabras.

Su prima la tomó del brazo y la hizo pasear.

-No necesito preguntarte lo que piensas de Morris -exclamó la joven.

-¿Se llama así?

-Yo no te pregunto lo que piensas de su nombre, sino lo que piensas de él -dijo Marian.

-Oh, nada de particular -repuso Catherine, disimulando por primera vez.

-¡Me dan ganas de decírselo! -exclamó Marian-. Le vendrá bien; es terriblemente presumido.

-¿Presumido? -preguntó Catherine, abriendo mucho los ojos.

-Eso dice Arthur, y él le conoce. -¡No, no se lo digas! -rogó Catherine.

-¡Que no le diga que es un presumido!, ¡se lo dije una docena de veces!

Ante aquella confesión de audacia, Catherine miró con asombro a su compañera. Pero se figuró que Marian tenía aquel aplomo porque iba a casarse; luego se preguntó si cuando ella se comprometiese iba a ser capaz de tales hazañas.

Media hora después vio a su tía Penniman, sentada junto a una ventana, con la cabeza inclinada sobre un hombro, y los lentes de oro, junto a los ojos que recorrían el salón. Frente a ella se hallaba un joven, un poco inclinado y con la espalda vuelta hacia Catherine. Esta reconoció inmediatamente aquella espalda, aunque no la había visto nunca; pues se había retirado en el mejor orden, sin volverse. Morris Townsend -aquel nombre le era ya familiar, como si alguien se lo hubiese estado repitiendo durante la última media hora- en ese momento estaba comunicando a su tía sus impresiones acerca de los invitados, como antes había estado haciendo con ella; estaba diciendo cosas ingeniosas, y Mrs. Penniman sonreía con aire de aprobación. En cuanto Catherine se hubo dado cuenta de esto, se marchó; no quería que él diese media vuelta y la viese. Pero aquello la complacía. Que él hablase con Mrs. Penniman, con quien ella vivía y conversaba diariamente; aquello parecía acercarlo más a ella, y hacer más fácil su contemplación, que si hubiese sido Catherine el objeto de sus amabilidades; y que la tía Lavinia pareciese complacida en vez de escandalizada, también le parecía a la joven una ventaja personal; pues la tía Lavinia era muy exigente en sus apreciaciones, recordando a su difunto marido, al cual consideraba un verdadero genio de la conversación. Uno de los Almond invitó a Catherine a bailar una cuadrilla, y durante un cuarto de hora, al menos, sus pies estuvieron ocupados. Aquella vez no sintió vértigo; tenía la cabeza muy fría. Pero en el momento en que el baile acababa se vio frente a frente con su padre. El doctor Sloper sonreía habitualmente, y con la sonrisa de costumbre miró el vestido rojo de su hija.

-¿Es posible que esa magnífica persona sea mi hija? -preguntó.

Se habría sorprendido si se- lo hubiese dicho alguien; pero es un hecho que el doctor nunca se dirigía a su hija, como no fuese irónicamente. Pero fuera como fuese, el que se dirigiese a ella le producía siempre placer. Pero ella tenía que extraerlo del total. Había otras porciones, ironías que no sabía interpretar y que consideraba demasiado sutiles para ella; y, sin embargo, Catherine, lamentando las limitaciones de su entendimiento, sentía que eran demasiado valiosas, para ser desperdiciadas, y creía que aunque pasasen sobre su cabeza, contribuían a la suma total de la sabiduría humana.

-No soy magnífica -dijo con suavidad, lamentando haberse puesto aquel vestido.

-Tienes un aspecto suntuoso, opulento -repuso su padre-. Haces un efecto de tener una renta anual de ochenta mil dólares. -Bien, mientras no los tenga... -dijo ilógicamente Catherine. El concepto de su futura fortuna era para ella muy indefinido aún.

-Pues si no los tienes, no debes aparentarlos. ¿Te has divertido?

Catherine vaciló un momento y luego añadió, apartando la vista

-Estoy muy cansada.

Antes he dicho que aquella fiesta era el comienzo de algo muy importante para Catherine. Por segunda vez en su vida respondía con evasivas; y el comienzo de un período de disimulo es siempre una fecha significativa. Catherine no se cansaba tan fácilmente.

Sin embargo, cuando se dirigieron a casa en su coche, el silencio de la joven parecía producto del cansancio. El doctor Sloper se dirigió a su hermana Lavinia, con un tono muy semejante al que había empleado para dirigirse a su hija.

-¿Quién era ese joven que os estaba haciendo el amor? -le preguntó. .

-¡Mi buen hermano! -exclamó ella, escandalizada. -Parecía extraordinariamente cariñoso. Le estuve mirando durante media hora, y tenía un aire de gran devoción.

-Su devoción no era para mí -dijo Mrs. Penniman-. Era para Catherine; me hablaba de ella.

Catherine había estado escuchando atentamente. -¡Oh, tía Penniman! -exclamó.

-¿Entonces está enamorado de esta criatura de aspecto real? -preguntó el doctor humorísticamente:

-¡Papá! -murmuró Catherine, agradecida de que el coche estuviese a oscuras.

-Eso no lo sé; pero admiraba su vestido.

Catherine se dijo: "¿Sólo mi vestido?" La declaración de 22

L A H E R E D E R A Mrs. Penniman le chocó por su esplendidez, no por su mezquindad. Ves -le dijo su padre-, cree que tienes ochenta mil dólares anuales.

-Yo no creo eso -dijo Mrs. Penniman-; es demasiado refinado para ello.

¡Tiene que serlo mucho entonces!

-¡Pero lo es! -exclamó Catherine, antes de que se diese cuenta.

-Yo creía que te habías dormido -repuso su padre. "Ha llegado la hora -añadió para sí- de que Lavinia se encargue de buscarle un idilio a Catherine. Es una vergüenza gastarle esas bromas a la muchacha"-. ¿Cómo se llama ese joven? -prosiguió en alta voz.

-No me fijé bien en el nombre y no quise preguntárselo. El fue quien pidió ser presentado a mí -dijo Mrs. Penniman con una cierta grandeza-; pero ya sabes lo poco claro que habla Jefferson (Jefferson era Mr. Almond). ¿Cómo se llama ese joven, Catherine?

Durante un minuto, el silencio sólo quedó interrumpido por el rodar del coche.

-No lo sé, tía Lavinia -dijo Catherine en voz baja. Y, a pesar de todas sus ironías, su padre le creyó.

5

El doctor se enteró de lo que había preguntado, dos o tres días después, cuando Morris Townsend vino a Wáshington Square, en compañía de su primo. Mrs. Penniman no le dijo a su hermano, durante el regreso, que había insinuado a aquel agradable joven, cuyo nombre no conocía, que ella y su sobrina tendrían mucho gusto en verle; pero quedó muy complacida, y hasta un poco halagada, cuando un sábado por la tarde, los dos caballeros hicieron su aparición. La llegada del joven, en compañía de Arthur Townsend, la hacía aún más fácil y natural; el joven Arthur estaba a punto de entrar en la familia, y Mrs. Penniman había observado a Catherine que, como iba a casarse don Marian, era una cortesía de su parte hacer esa visita. Aquellos acontecimientos tuvieron lugar a fines de otoño, y Catherine y su tía se hallaban junto al fuego, en el salón de atrás.

Arthur Townsend comenzó a hablar con Catherine, mientras su compañero se sentaba en el sofá, al lado de Mrs. Penniman. Hasta entonces, Catherine no había nido una crítica severa; era fácil de complacer, y le gustaba hablar con los jóvenes. Pero aquella tarde el prometido de Marian le produjo un vago fastidio; Arthur permanecía sentado, con la vista fija en el fuego, frotándose las rodillas. En cuanto a Catherine ni siquiera fingía seguir la conversación; su atención estaba fija en el otro extremo de la sala; escuchaba la conversación de su tía con Mr.

Townsend. De cuando en cuando, él se volvía hacia ella y le sonreía, como para indicarle que todo aquello era en su honor. Catherine hubiera querido cambiar de lugar, sentarse en un sitio desde donde pudiera verle y oírle mejor. Pero tenía miedo de parecer audaz y anhelosa; además, aquello no habría sido muy amable para el novio de Marian. Se preguntaba cómo aquel. otro joven habría elegido a Mrs. Penniman, cómo tenía tanto que decirle a su tía, que generalmente no .-frutaba de simpatía entre los jóvenes. No tenía celos de Mrs Penniman, pero sí envidia, y sobre todo, aquello le asombraba; pues Morris Townsend era un sujeto sobre el cual su imaginación podía actuar indefinidamente. Su primo le estaba describiendo la casa que había tomado en vista de -su unión con Marian, y las comodidades de que pensaba dotarla. Le contaba que Marian quería una casa más grande, que Mrs. Almond había recomendado una más pequeña, y que él estaba convencido de haber alquilado la casa más linda de Nueva York.

-Pero no importa -decía-, es sólo para tres o cuatro años. Después nos mudaremos. Así se vive en Nueva York, mudándose cada tres o cuatro años. Como la ciudad crece tan rápidamente, nosotros tenemos que seguir el compás. Ir hacia arriba, por donde la ciudad se ensancha. Si yo no tuviese miedo de que Marian se encontrase sola, me iría al último pico y aguardaría allí. Tendríamos que esperar diez años y luego todos vendrían. Pero a Marian le gusta tener vecinos, no quiere ser_ exploradora. Dice que para eso, es mejor irse a Minnesota. Yo creo que iremos avanzando poco a poco, cuando nos cansemos de una calle, nos iremos a otra. De este modo tendremos siempre una casa nueva; así se disfruta de todos los adelantos. Todo lo inventan de nuevo cada cinco años y_ es tan gran cosa el tener todo lo nuevo. A mí me gusta mantenerme a la altura de los adelantos. ¿No le parece que es un buen lema para un matrimonio joven, el seguir siempre adelante? ¿Cómo se llama esa poesía... cómo la llaman? ¡Excelsior!

Catherine sólo le concedía al joven la atención precisa para comprender que aquel no era el modo en que el joven Morris Townsend había hablado la otra noche, ni el modo en que estaba hablando entonces con su tía. Pero de repente su futuro pariente se hizo más interesante. Pareció darse cuenta de que a Catherine le afectaba la presencia de su compañero, y se apresuró a explicarla.

--Mi primo me pidió que le trajese, de lo contrario yo no me habría tomado esa libertad. Al parecer, tenía grandes deseos de venir; es muy sociable.- Yo le dije que antes tenía que preguntar, pero él repuso que Mrs. Penniman le había invitado. El no se fija mucho en lo que dice cuando quiere ir a alguna parte, pero Mrs. Penniman, al parecer, lo encuentra bien.

-Tenemos gusto en verle -dijo Catherine. Quería añadir algo más, pero no sabía qué decir-. Yo no le había visto antes --dijo al cabo de un momento.

Arthur Townsend se la quedó mirando.

-Como él me dijo qué la otra noche estuvo hablando con usted durante media hora.

-Eso quiero decir: Aquella fué la primera vez.

-Oh, él ha estado ausente de Nueva York, anduvo rodando por el mundo. No conoce mucha gente aquí, pero es muy sociable y le gusta conocer a todo el mundo.

¿A todo el mundo? -dijo Catherine..

-Bien, quiero decir a toda la gente bien. A todas las jóvenes lindas, como Mrs. Penniman. -Y Arthur Townsend lanzó una risita.

-A mi tía le es muy simpático -dijo Catherine. -A la mayoría de la gente lo es. Es tan brillante.

-Parece un extranjero --sugirió Catherine.

-Bien, yo no he conocido nunca a un extranjero- dijo el joven Townsend, en un tono que parecía indicar que su ignorancia era optativa.

-Yo tampoco -confesó Catherine, más humildemente-. Pero dicen que generalmente son brillantes -añadió.

-La gente de esta ciudad es bastante inteligente para mí. Conozco algunos que piensan que lo son demasiado; pero no es cierto.

-Me figuro que no se puede ser demasiado inteligente -dijo Catherine, aun con humildad.

-No lo sé. Conozco a algunos que opinan que mi primo es demasiado inteligente.

Catherine escuchó aquello con extremo interés, teniendo la sensación de que si Morris Townsend tenía algún defecto, debía ser aquél. Pero no dijo nada, y al cabo de un momento, preguntó:

-¿Y ahora que ha venido aquí, se va a quedar para siempre?

-Eso depende de que encuentre algo que hacer -repuso Arthur.

-¿Algo que hacer?

-Sí, algún lugar, algún negocio.

-¿No tiene ninguno? --dijo Catherine, que no había conocido a ningún joven (de su clase) que se hallase en aquella situación. -No, está buscando; pero no encuentra -le informó el joven Arthur.

-Lo siento mucho -se permitió decir Catherine.

-A él no le importa -dijo el joven Townsend-. Lo toma con calma. Es muy especial.

-

Catherine pensó que- debía serlo, y durante un momento meditó sobre aquella idea.

-¿Su padre no le lleva a su oficina, no le da participación en sus negocios? -preguntó finalmente.

-No tiene padre; no tiene más que una hermana. Una hermana no es gran ayuda.

A Catherine le pareció que si ella hubiese sido su hermana habría confutado aquel axioma.

-¿Y su hermana es... agradable? -preguntó.

-No sé, creo que es muy respetable -dijo el joven Townsend. Y entonces miró al lugar donde estaba su primo y comenzó a reír-. Estamos hablando de ti –añadió Morris Townsend hizo una pausa en su conversación, y se le quedó mirando, sonriendo. Luego se puso en pie, disponiéndose a partir.

-En lo que se refiere a ti, no puedo decir lo mismo -le dijo al compañero de Catherine-. Pero en cuanto a miss Sloper, es un asunto muy distinto.

A Catherine, la respuesta le pareció muy ingeniosa; pero se turbó un poco, y se puso en pie. Morris Townsend permaneció parado, sonriéndole; luego extendió la mano, para despedirse. Se iba sin decirle nada; pero incluso así, se alegraba de verla.

-Cuando se vaya, le diré a Catherine lo que usted ha dicho -dijo Mrs. Penniman, riendo significativamente.

Catherine se ruborizó, pues le hizo el efecto de que se burlaban de ella. ¿Qué podía haber dicho aquel joven tan bien parecido? El continuaba mirándola, con amabilidad y respeto.

No he podido hablar con usted -le dijo-, y había venido para ello. Pero eso es una buena excusa para venir otra vez; un buen pretexto... si es que tengo que dar alguno. No tengo miedo de lo que diga su tía, cuando yo me vaya.

Después de esto, los dos jóvenes se despidieron; luego Catherine, aún ruborizada, dirigió a su tía una mirada de interrogación. Era incapaz de artificios elaborados, y no quiso recurrir a ningún expediente para saber lo que deseaba.

-¿Qué ibas a decir? -preguntó.

Mrs. Penniman se acercó a ella, sonriendo y con la cabeza un poco inclinada, la miró de arriba abajo y le dio un tironcito de la cinta que llevaba al cuello.

-¡Es un gran secreto, querida niña; pero ese joven te corteja!

Catherine estaba seria. -¿Te lo ha dicho así?

-No. Así exactamente, no; pero me lo ha dejado adivinar. Yo sé adivinar muy bien.

-¿Quieres decir que has adivinado que me corteja?

-Desde luego, no a mí; aunque debo declarar que ha estado conmigo más cortés de lo que suelen estarlo los jóvenes con las personas que han pasado ya de la juventud. El piensa en otra persona. -Y Mrs. Penniman besó delicadamente a su sobrina

-Tienes que ser muy amable con él.

Catherine se la quedó mirando.

-No te entiendo -dijo-; ese joven no me conoce.

-Sí, más de lo que te figuras. Yo le he hablado mucho acerca de ti.

-¡Tía Lavinia! -exclamó Catherine, como si aquello fuese un abuso de confianza-. Es un desconocido... nosotros no le conocemos. -Había una modestia infinita en aquel "nosotros".

La tía Penniman no lo advirtió, y prosiguió, con un dejo de acritud

-Mi querida Catherine, sabes muy bien que tú lo admiras. -¡Tía Lavinia! -murmuró nuevamente Catherine. Le parecía bien que ella lo admirase, pero no que se hablase de ello. Pero que aquel brillante desconocido, aquella brusca aparición, que apenas conocía el sonido de su voz, se interesase por ella del modo que su tía había insinuado, eso sólo podía ser fruto de la mente inquieta de Mrs. Penniman, conocida por todo el mundo como mujer de poderosa imaginación.

6

A veces Mrs. Penniman daba por sentado que los demás tenían tanta imaginación como ella; por lo tanto, cuando su hermano llegó, media hora después, se dirigió a él del siguiente modo: -Acaba de irse, Austin; es una pena qué no le hayas visto. -¿A quién?

-A Mr. Morris Townsend; nos ha hecho una visita deliciosa. -¿Y quién es Mr. Townsend?

-La tía Penniman se refiere al joven, al joven cuyo nombre no recordaba -dijo Catherine.

-El joven que estuvo en la fiesta de Elizabeth y que quedó tan prendado de Catherine -añadió Mrs. Penniman.

-¿Y se llama Morris Townsend? ¿Vino entonces a declararse? -¡Papá! =exclamó la muchacha, acercándose a la ventana, donde reinaba una mayor oscuridad.

-Espero que no lo haga sin tu permiso -dijo graciosamente Mrs. Penniman.

-Al parecer, querida, ya tiene el tuyo -repuso su hermano. Lavinia sonrió, como para indicar que aquello no era suficiente, y Catherine, con la frente pegada al cristal, escuchaba aquel cambio de epigramas como si no tuviesen un decidido efecto en su destino.

-La próxima vez que venga -añadió el doctor-, debéis llamarme. Quizá él desea verme.

Morris Townsend vino nuevamente, cinco días más tarde, pero el doctor Sloper se hallaba ausente. Catherine estaba con su tía cuando anunciaron al joven, y Mrs. Penniman hizo hincapié para que su sobrina saliese a recibirle sola.

-Esta vez debes salir tú, tú sola -dijo-. Antes eran los preliminares, hablaba conmigo para ganar mi confianza. Literalmente, querida, hoy no tendría el valor de salir.

Y aquello era verdad. Mrs. Penniman no era una mujer valiente, y la personalidad de Morris Townsend, y sus sátiras, la, habían impresionado; le consideraba un joven brillante y resuelto al cual había que tratar con mucho tacto. Se dijo que era "imperioso" y le gustó la palabra y la idea. No tenía celos de su, sobrina, y había sido perfectamente feliz con Mr. Penniman, pero en el fondo de su ser se permitió observar: "¡Es él la clase de marido que debía haber tenido yo! Morris Townsend es indudablemente más imperioso -terminó por llamarle imperial- que Mr. Penniman."

Por lo tanto, Catherine vio a Mr. Townsend a solas, y su tía no salió ni al final de la visita. Esta fué muy larga; el joven estuvo más de una hora sentado en el sillón más grande del salón. Aquella vez parecía más a gusto, estaba más natural; se estiraba en su asiento, golpeaba con el bastón un almohadón que tenía cerca de él, y recorría la habitación con los ojos, contemplando los objetos que contenía, tanto como a Catherine, a la cual miraba libremente. En sus hermosos ojos había una expresión de admira; ci6n respetuosa; a Catherine le hacían pensar en el caballero de un poema. Sin embargo, su charla no era precisamente caballeresca; el joven hablaba con ligereza y familiaridad; le hizo muchas preguntas acerca de ella; 'cuáles eran sus gustos y cuáles sus hábitos; y agregó, con su encantadora sonrisa:

-Háble me acerca de usted; hágame un pequeño esbozo. Catherine tenía muy poco que decir, y no sabía hacer esbozos; pero antes de que el joven se hubiese ido le confesó que sentía una pasión secreta por el teatro, en la cual había hallado escasa compensación, y que le gustaba la música de Béllini y Donizetti -en descargo de está joven primitiva, debe recordarse que tenía estas opiniones en una época de general ignorancia-, la cual había oído muy pocas veces, .como no fuese tocada en órgano. Le dijo que no era muy aficionada a la literatura. Mr. Townsend convino con ella en que los libros eran muy pesados; pero, añadió, uno se enteraba de ello después de haber leído una buena cantidad. El había estado en lugares, cuya descripción había leído, y no se parecían en nada a ella. Lo importante era ver las cosas uno mismo; él siempre lo había intentado. Había visto a los principales actores, había estado en los mejores teatros de Londres y París. Pero los actores eran igual que los autores: siempre exageraban. El amaba la naturalidad. De repente se detuvo y miró sonriendo a Catherine...

--Por eso me gusta usted; es usted tan natural. Perdóneme -añadió-, verá que yo también soy natural.

Y antes de que ella tuviese tiempo de pensar si debía excusarse o no -cosa que luego comprendió que sí- él comenzó a hablar de música. Había escuchado a los mejores cantantes de París y Londres -Pasta, Runini y Lablache-, y cuando se les ha escuchado se puede decir lo que es el canto.

-Yo también canto un poco --dijo-; algún día cantaré para usted. Hoy, no, pero en otra ocasión, sí.

Y entonces se levantó para marcharse. Accidentalmente había omitido el decir que cantaría, si ella le acompañaba al piano. Lo recordó una vez que estaba en la calle; pero su pesar era injustificado, pues Catherine no había advertido el error. Pensaba sólo lo bien que sonaba aquello de "en otra ocasión".

Aquélla era una razón más de su inquietud por anunciar a su padre que Mr. Morris Townsend había vuelto de nuevo. Anunció el hecho bruscamente, casi violentamente, en cuanto el doctor llegó a la casa; y una vez cumplido aquel deber, tomó sus medidas para salir de la habitación. Pero no pudo hacerlo con la rapidez necesaria; su padre la detuvo en el momento que llegaba a la puerta.

-Y bien, querida, ¿se ha declarado hoy? -preguntó el doctor.

Esto era lo que Catherine temía que dijese; y sin embargo, no tenía la respuesta preparada. Le hubiera gustado tomarlo a broma, como su padre hablaba. Y también habría querido negarlo positivamente para que su padre no la interrogase otra vez. Aquello no le gustaba, la entristecía. Pero Catherine no sabía ser aguda; se detuvo un momento, con la mano sobre el pestillo, mirando a su satírico padre.

"¡Decididamente -se dijo el doctor-, Catherine no va a ser nunca brillante!"

Pero apenas había hecho esta observación, Catherine decidió tomar aquello a broma.

-Quizás lo haga la próxima vez -exclamó riendo, y rápidamente salió.

El doctor se quedó mirándola; se preguntó si su hija hablaba en serio. Catherine fué directamente a su cuarto, y cuando llegó a él pensó que podía haber respondido algo mejor. Casi llegó a desear que su padre le hiciese la pregunta de nuevo, para responderle: "Sí, Mr. Morris Townsend se me declaró, y yo le dije que no".

Sin embargo, el doctor comenzó a hacer preguntas en otras partes; pensó que debía informarse acerca de aquel joven que había tomado la costumbre de entrar y salir en su casa. Se dirigió a su hermana mayor Mrs. Almond, aunque no fué a su casa con tal propósito; no había prisa para ello, pero hizo una nota para preguntárselo en la primera oportunidad. El doctor no se impacientaba nunca; tomaba notas de todo, y consultaba sus notas. Y entre ellas figuró el informarse acerca de Morris Townsend.

-Lavinia ha venido a preguntarme ya -le dijo su hermana-. Está muy emocionada, yo no lo comprendo. Después de todo, no es ella la que parece agradarle al joven. Lavinia es muy peculiar.

-Querida mía -replicó el doctor-, lleva viviendo doce años conmigo para- que yo no lo advirtiese.

-Tiene una mente tan artificial -dijo Mrs. Almond, que siempre gustaba de discutir con su hermano las peculiaridades de Lavinia-. No quería que yo te dijese que ella me había hecho preguntas acerca de Mr. Townsend; pero yo le dije que lo haría. A Lavinia le gusta siempre tener algo oculto.

-Y sin embargo, hay momentos en que nadie dice las cosas más crudamente. Parece un faro giratorio: oscuridad completa alternando con viva luz. ¿Pero qué le dijiste? -preguntó el doctor. -Lo que a ti: que sé muy poco acerca de él.

-Lavinia ha debido quedar muy decepcionada -dijo el doctor-; hubiera preferido que él fuese culpable de algún crimen romántico. Sin embargo, hay que sacar de la gente el mayor partido ponible. Me dice que ese caballero es primo del muchachito a quien piensas confiar el futuro de tu hija menor.

-Arthur no es un muchachito, es un hombre bien maduro; ni tú ni yo seremos nunca tan viejos como él. Es un pariente lejano del protegido de Lavinia. El nombre es el mismo, pero entiendo que hay muchas ramas de Townsend, como si fuera una casa real. Al parecer, Arthur pertenece a la dinastía reinante, pero el amigo de Lavinia, no. Aparte de esto, la madre de Arthur sabe muy poco acerca de él; sólo conoce una historia vaga de sus aventuras. Pero yo

conozco a su hermana, y me parece muy bien. Se llama Mrs. Montgomery; es una viuda con unas pequeñas fincas y cinco hijos. Vive en la Segunda Avenida.

-¿Qué dice acerca de él Mrs. Montgomery? -Que posee talentos que podrían distinguirle. -¿Pero es perezoso, eh?

-Ella no dice eso.

-Orgullo de familia -dijo el doctor-. ¿Qué profesión tiene? -Ninguna. Está buscando algo. Creo que estuvo en la Marina.

-¿Estuvo? ¿Qué edad tiene?

-Creo que alrededor de treinta años. Debió ingresar muy joven. Creo que Arthur me contó que heredó unos' bienes -quizás ésa fue la razón de abandonar la Marina- y se los gastó en unos pocos años. Ha viajado por todo el mundo y se ha divertido. Creo que estuvo poniendo en práctica una teoría. Ahora ha regresado a Norteamérica, para empezar a vivir en serio, según le ha dicho a Arthur.

-¿Entonces pretende seriamente a Catherine?

-No sé a qué viene esa incredulidad -dijo Mrs. Almond-. Me parece que no haces justicia a Catherine. Tienes que recordar que va a tener una renta de treinta mil dólares por año.

El doctor se quedó mirando a su hermana, y dijo con acento de amargura

-Tú, al menos, sabes apreciarla. Mrs. Almond enrojeció.

-No quiero decir que ése sea su único mérito; lo que digo es que el hecho es considerable. Muchos jóvenes piensan igual; al parecer, tú note das cuenta de ello. Tú te refieres a ella como si fuese una muchacha no casadera.

-Mis alusiones son tan amables como las tuyas, Elizabeth -dijo el doctor francamente-. A pesar de su dote, ¿cuántos pretendientes ha tenido Catherine? Catherine es casadera, pero es totalmente inatractiva. ¿Qué otra razón hay para que Lavinia esté tan entusiasmada ante la idea de un pretendiente? Nunca ha habido uno, y Lavinia, con su naturaleza sensible, no se hace a la idea. Le afecta la imaginación. Yo les hago a "los jóvenes de Nueva York la justicia de encontrarlos muy desinteresados. Prefieren a las muchachas lindas y vivaces como tus hijas. Catherine no es ninguna de las dos cosas.

-Catherine está muy bien; tiene un estilo propio, que es más de lo que tiene mí pobre Marian, que no tiene ninguno -dijo Mrs. Almond-. La razón de que Catherine haya llamado tan poco la atención es que a los jóvenes les parece más vieja que ellos. Es tan alta y viste de modo tan complicado. Creo que los ímpone; parece como si ya estuviese casada, y sabes que a los muchachos no les gustan las mujeres casadas. Y si los jóvenes parecen desinteresados -prosiguió la prudente hermana del doctor-, es porque generalmente se casan a los veinticinco, la edad de la inocencia y la sinceridad, antes de la edad del cálculo. Si aguardasen un poco más, Catherine tendría mejor suerte.

-¿Gracias al cálculo? ¡Muy amable! -dijo el doctor. -Espera a que llegue un hombre inteligente de cuarenta años, y ella le encantará --continuó Mrs. Almond.

-Mr. Townsend no es tan viejo. Sus motivos pueden ser puros.

-Muy posiblemente yo no diría lo contrario. Lavinia está segura de ello; y, como es un joven muy atractivo, bien puedes darle el beneficio de la duda.

El doctor Sloper reflexionó un momento. -¿Cuáles son sus medios de subsistencia presentes? ' -No tengo idea. Como te dije, vive con su hermana. -¿Una viuda con cinco hijos? ¿Quieres decir que vive a costa suya?

Mrs. Almond se puso en pie y dijo con impaciencia:

-¿No te parece que sería mejor que se lo preguntases a Mrs. Montgomery?

-Quizás tenga que hacerlo -repuso el doctor-. ¿Dijiste que en la Segunda Avenida? - Tomó una nota de la Segunda Avenida.

7

Sin embargo, no hablaba tan en serio como parecía; en realidad aquella situación le divertía. No se hallaba en un estado de vigilancia o dé tensión respecto al futuro de Catherine; le preocupaba más el ridículo que podía producir la agitación de su casa por causa de las atenciones que recibiría Catherine. Más aún, llegó hasta proponerse conseguir alguna diversión del pequeño drama -si drama era- en el cual Mrs: Penniman deseaba que Morris Townsend desempeñase el papel de héroe. Pero aún no tenía intención de regular el desenlace. Estaba dispuesto, como Elizabeth había sugerido, a dar al joven el beneficio de la duda. No corría ningún riesgo con ello; pues Catherine, a los veintidós años, era, después de todo, un capullo demasiado maduro que podía ser arrancado del tallo de cualquier tirón. Que Mr. Townsend fuese pobre, no era necesariamente un factor en contra suya; el doctor no había decidido que su hija se casase con un hombre rico. La fortuna que había de heredar, era suficiente para dos personas, y si un joven sin fortuna entraba en la lista de los pretendientes, se le juzgaría de acuerdo a sus méritos personales. Además, el asunto tenía otros aspectos. El doctor consideraba de muy mal gusto la precipitación para acusar a la gente de motivos mercenarios, especialmente cuando su casa no había sido asaltada por los buscadores de fortunas; y, finalmente, tenía curiosidad de ver si realmente Catherine era apreciada por sus condiciones morales. Sonrió al pensar que el pobre Mr. Townsend había estado sólo dos veces en la casa, y le dijo a Mrs. Penniman que la próxima vez que viniese le invitase a comer.

El vino muy pronto, y Mrs. Penniman cumplió gustosamente el encargo de su hermano. Morris Townsend aceptó la invitación de muy buen grado, y la, comida tuvo lugar unos días después. El doctor pensó acertadamente que no debían invitar sólo al joven; aquello daría una importancia excesiva al convite. Por "lo tanto, se llamó a dos o tres personas más; pero Morris Townsend era el verdadero motivo, ya que no el ostensible, de la fiesta. Todo conducía a suponer que el joven deseaba producir una buena impresión; y si no lo consiguió no se, debió a falta de interés de parte suya. Durante la comida el doctor le habló muy poco; pero le observó atentamente, y después que las señoras hubieron salido, le sirvió de beber y le hizo varias preguntas. Morris no era uno de esos jóvenes que necesitan apremio, y halló suficiente estímulo en la superior calidad del clarete. El vino del doctor era muy bueno, y podemos comunicar al lector que mientras Morris lo bebía, pensaba que una bodega de ese vino -y realmente la había- era una atractiva idiosincrasia de su suegro. El doctor quedó impresionado por su invitado; vio que no era un joven vulgar.

"Es hábil -se dijo el padre de Catherine-, decididamente hábil, y tiene una buena cabeza, si decide usarla. Es extraordinariamente bien parecido; el tipo de hombre que gusta a las mujeres; pero a mí no me gusta." Sin embargo, el doctor se guardó sus reflexiones y habló con sus invitados de países extranjeros, acerca de los cuales Morris dijo más cosas de las que el

doctor estaba dispuesto a tragarse. El doctor Sloper había viajado poco, pero se tomó la libertad de no creer todo lo que su comunicativo invitado contaba. El doctor se consideraba un buen fisonomista, y mientras el joven hablaba, fumaba y bebía, el médico no quitaba los ojos de aquel rostro expresivo. "¡Tiene una seguridad endiablada! -se dijo para sus adentros el anfitrión de Morris-. ¡Nunca he visto un aplomo igual! Y una inventiva notable. Es muy instruido; en mi época no se sabía tanto. ¡Y tiene la cabeza firme! ¡No hay la menor duda de ello después de una botella de Madeira y botella y media de clarete!"

Después de la comida Morris Townsend se acercó a Catherine, que se hallaba de pie junto al fuego, vestida con el traje de raso rojo.

-¡No le soy simpático! ¡No le soy simpático! -dijo el joven. -¿A quién? -preguntó Catherine.

-¡A su padre! ¡Qué hombre tan extraordinario!

-No sé por qué dice eso -dijo Catherine, enrojecida: -Lo siento, yo percibo esas cosas en seguida.

-Pero puede equivocarse. -¡Pregúntele y verá!

-Prefiero no hacerlo si corro el riesgo de que diga lo que usted piensa.

Morris se la quedó mirando con un aire de melancolía irónica. -¿No le causaría placer contradecirle?

-Yo nunca le contradigo -dijo Catherine.

-¿Entonces le dejaría que él hablase mal de mí sin abrir los labios en defensa mía?

-Mi padre no hablará mal de usted; no le conoce lo bastante. Morris rió y Catherine se puso roja.

-No hablaré de usted -dijo, buscando un refugio para su confusión.

-Muy bien; pero no es eso lo que yo hubiera querido que usted dijese. A mí me habría agradado que' dijese: ¿Qué importa que mi padre no piense bien de usted?

-¡Pero importa mucho! ¡Yo no habría podido decirle eso!exclamó la muchacha.

El se la quedó mirando, sonriente; y el doctor, que los estaba observando, vio una llama de impaciencia en los ojos del joven. Pero su respuesta no fue nada impaciente.

-¡Entonces no debo perder la importancia de conquistarle! dijo Morris lanzando un suspiro.

Más tarde, habló con mayor franqueza a Mrs. Penniman. Pero antes cantó dos canciones, ante el tímido ruego de Catherine; mas aquél no era el modo de congraciarse con el doctor. El joven tenía una buena voz de tenor, y cuando hubo terminado, todos hicieron alguna exclamación, es decir, todos menos Catherine, que permanecía silenciosa. Mrs. Penniman declaró que aquella forma de cantar era "extraordinariamente artística", y el doctor Sloper dijo que era "muy seductora", realmente muy seductora, pero con un acento muy seco.

-No le soy simpático, nada simpático -dijo Morris Townsend, dirigiéndose a la tía como antes había hecho con la sobrina-. Piensa muy mal de mí.

Pero Mrs. Penniman, contrariamente a su sobrina, no pidió ninguna explicación, y tampoco le contradijo.

-¿Eso qué importa? -murmure suavemente.

-¡Ah, usted dice lo debido! -exclamó Morris, con gran satisfacción de Mrs. Penniran, que se jactaba siempre de decir lo debido.

El doctor, la próxima vez que estuvo en casa de Elizabeth, le contó que había conocido al protegido de Lavinia. -Físicamente -le dijo- está muy bien dotado. Como anato-

mista, para mí ha sido un placer contemplar una estructura tan buena; aunque creo que si hubiera muchas personas como él, los médicos tendríamos pocos clientes.

-¿No ves en la gente más que los huesos? -le preguntó mistress Almond-. ¿Qué piensas de él como padre?

-¿Como padre? ¡Gracias a Dios, yo no soy su padre!

-No, pero eres el padre de Catherine; Lavinia asegura que ella está enamorada.

-Pues tiene que curarse de ese amor; él no es un caballero. -¡Cuidado! Recuerda que pertenece a la familia de los Townsend,

-No es 1Q que yo llamo un caballero; no tiene alma de eso. Es extremadamente insinuante, pero tiene una naturaleza vulgar. Lo he visto en seguida. Es excesivamente familiar; yo odio la familiaridad.

-Es una gran ventaja el decidirse tan rápidamente -dijo Mrs. Almond.

-Yo no me decido tan pronto. Lo que te digo es el resultado de treinta años de observaciones; eso me -permite juzgar en una sola noche. Me he pasado la vida entera estudiando.

-Quizás tengas razón. Lo importante es que Catherine lo vea también.

-¡Pues le regalaré un par de anteojos! --dijo el doctor.

8

Si era cierto que estaba enamorada, indudablemente se lo tenía muy callado; pero el doctor se hallaba desde luego preparado a reconocer que aquel silencio podía ser muy significativo. Catherine le había dicho a Morris Townsend que no hablaría de él con su padre, y no vio razón para quebrantar aquel voto de discreción. Después de haber cenado en Wáshington Square, era natural que Morris Townsend viniese otra vez; y también lo era qué al ser aquella vez amablemente recibido, repitiese sus visitas. El joven disponía entonces de bastante tiempo; y hace treinta años, en Nueva York un joven desocupado tenía buenos motivos para estar agradecido a que le proporcionasen medios de esparcimiento. Catherine no le había hablado a su padre de aquellas visitas, aunque se habían convertido en la cosa más importante de su vida. La muchacha era muy feliz. No sabía lo que saldría de aquello, pero su presente se había enriquecido. Si le hubiesen dicho que estaba enamorada, se habría sorprendido grandemente; pues creía que el amor era una pasión exigente y anhelosa, y en aquellos días su - corazón se hallaba lleno de deseos de sacrificio. Cuando Morris Touwnsend salía de la casa, ella se dedicaba a pensar en cuándo volvería; pero si en aquel momento le hubiesen dicho que no re- gresaría en un año, o incluso que no vendría más, no se habría quejado, ni rebelado; humildemente, habría aceptado el hecho, consolándose en pensar en- las veces que le había visto, en las palabras que le había escuchado, en el sonido de su voz, en la expresión de su cara. El amor exige ciertas cosas, como si le correspondiera por derecho; pero Catherine no tenía idea de tal derecho; sólo tenía conciencia de un favor inmenso e inesperado. Aquella gratitud le hacía guardar silencio; le parecía impúdico hacer fiesta de su secreto. Su padre - sospechaba las visitas de Morris Townsend, y observaba la reserva de su hija. Catherine parecía pedir perdón de ella; constantemente le miraba en silencio, como si quisiera decir que no hablaba por miedo de irritarle. Pero la muda elocuencia de la pobre joven le irritaba más que nada, y una vez se pilló murmurando que era una. lástima que su única hija fuese tan simple. Sin embargo, sus murmullos eran inaudibles, y durante un tiempo no dijo una palabra a nadie. Le hubiera gustado

saber, exactamente la frecuencia de las visitas del joven Townsend; pero estaba decidido a no hacer preguntas a la muchacha y mucho menos a hacer algo que le indicase que la vigilaba. El doctor tenía una gran idea de la justicia y quería dejar en libertad a su hija, mientras no hubiese indicios de peligro. No estaba en él procurarse informes por medios indirectos, y nunca se le ocurrió hacer preguntas a los criados. En cuanto a Lavinia, odiaba tratar aquel tema con ella; le molestaba su romanticismo falso. Pero tenía que hacerlo. Las convicciones de Mrs. Penniman, respecto a las relaciones de su sobrina y del ingenioso visitante, que al parecer venía a verlas a las dos, habían llegado a una frase más madura y rica. Mrs. Penníman no podía ya tratar con crudeza aquella situación; se hizo tan reservada como Catherine; gustaba las mieles del secreto; había tomado el hilo del misterio. "Le encantará poder probarse a sí misma que la persiguen", se dijo el doctor; y cuando la interrogó adquirió la seguridad de que ella interpretaría sus palabras como un pretexto para tal creencia.

-Ten la bondad de decírmelo que ocurre en esta casa -le dijo en un tono que le pareció amable, en atención a las circunstancias…

-¿Lo que ocurre, Austin? -exclamó Mrs. Pennirnan-. Creo que no lo sé. Me parece que anoche la gata gris tuvo cría.

-¿A sus años? -dijo el doctor-. ¡Es un escándalo! Cuídate de que ahoguen a todos los gatitos. ¿Pero qué más ha sucedido? -¡Pobres gatitos! --dijo Mrs. Pennirnan-. ¡No los ahogaré por nada del mundo!

Su hermano fumó en silencio durante unos minutos.

-Esa simpatía por los gatos, Lavinia, proviene de un elemento felino en tu carácter -le dijo.

-Los gatos son graciosos y limpios. -dijo sonriendo místres Penniman.

-Y muy cautelosos. Tú eres el símbolo de la gracia y de la limpieza; pero te falta franqueza.

-A ti no, querido.

-No pretendo ser gracioso - qué no me dices que Mrs. Morris Townsend viene a casa cuatro veces por semana.

Mrs. Penniman levantó las cejas.

-¿Cuatro veces por semana?

-Tres veces, o cinco veces, si te gusta más, Yo estoy fuera todo el día y no veo nada. ¡Pero cuando suceden tales cosas tú debes avisarme!

Mrs. Penniman, con las cejas levantadas aún, pareció reflexionar.

-Querido Austin --dijo al fin-. Soy incapaz, de traicionar una confidencia. Prefiero padecer cualquier cosa.

-No temas. ¿A qué confidencia aludes? ¿Te ha hecho Catherine prestar algún voto?

-Nada de eso. Catherine no me ha contado todo lo que podría. Siempre ha sido muy reservada.

-¿Entonces es el joven quien te ha convertido en su confidente? Permíteme que te diga que es muy poco discreto de tu parte el formar alianzas con jóvenes; no sabes a dónde pueden llevarte.

-No sé lo que quieres decir con eso de alianzas -repuso Mrs. Penniman-. A mí me interesa mucho Mr. Townsend; no lo oculto. Eso es todo.

-Es bastante en las actuales circunstancias. ¿Cuál es la fuente de tu interés por él?

Mrs. Penniman, meditó y luego dijo, sonriendo: -¡Que él es tan interesante!

El doctor comprendió que tenía que echar mano de toda su paciencia.

-¿Y qué es lo que le hace interesante? ¿Sus prendas físicas? -Sus desgracias, Austin.

-¡Ah, ha tenido desgracias! Eso es siempre muy interesante. ¿Puedes mencionar alguna de las desgracias de Mr. Townsend? -No creo que a él le agradase -dijo Mrs. Penniman-. El me ha contado muchas cosas suyas. En realidad, me ha contado toda su vida. Pero no creo que yo deba repetir estas cosas. El te las contaría seguramente, si tú le escuchases con cariño. Con cariño se consigue todo de él.

El doctor rió.

-Entonces le pediré, cariñosamente, que deje en paz a Catherine.

-¡Ah! -dijo Mrs. Penniman, agitando el dedo índice-. ¡Catherine probablemente le ha dicho algo más cariñoso que eso! -¿Qué, le ama?

Mrs. Penniman, fijó los ojos en el suelo.

-Como te dije, Austin, ella no me hace confidencias.

-De todas maneras, tú te habrás formado una opinión. Esa es la que yo te pido, aunque te declaro que no voy a considerarla como concluyente.

Mrs. Penniman siguió mirando la alfombra; pero al final levantó los ojos y dijo, lanzando una expresiva mirada a su hermano

-Yo creo que Catherine es muy dichosa; eso es todo cuanto puedo decir.

-¿Quieres decir que Townsend piensa casarse con ella? -Está muy interesado por ella.

-¿Tan atractiva la encuentra?

-Catherine es una muchacha encantadora, Austin -dijo mistress Penniman- y Mr. Townsend tiene la inteligencia necesaria para haberse dado cuenta de ello.

-Un poco ayudado por ti, me imagino --exclamó el doctor--. ¡Querida Lavinia, eres una tía admirable!

-Eso dice Mr. Tgwnsend --observó ella, sonriendo. --¿Y le crees sincero? -preguntó su hermano. -¿Al decir eso?

-No, eso es cierto. Sincero en su admiración por Catherine. -Profundamente sincero. Me ha dicho acerca de ella cosas encantadoras. También te las diría a ti, si le escuchases cariñosamente.

-No creo que pueda. Al parecer, necesita una gran dosis de amabilidad.

---Tiene una naturaleza muy sensible -dijo Mrs. Penniman. De nuevo su hermano fumó en silencio.

-Y esas delicadas condiciones han sobrevivido a sus vicisitudes, ¿eh? Y entretanto, no me has dicho cuáles han sido sus desgracias.

-Es una historia muy larga -dijo Mrs. Penniman--, y yo las considero como un sagrado depósito. Pero creo que puedo decir que ha cometido errores, y los ha pagado.

-¿Eso es lo que le ha empobrecido?

--No digo, solamente en dinero. Está muy solo.

-¿Quieres decir que se ha portado tan real que sus amigos le han abandonado?

-Ha tenido amigos falsos

, que le han traicionado.

-Al parecer, también los tiene buenos. Tiene una buena hermana y media docena de sobrinos.

Mrs. Penniman quedó silenciosa un minuto.

-Sus sobrinos son dos niños, y su hermana no es atractiva. -Espero que no te haya hablado mal de ella --dijo el médico-. Porque me han dicho que vive a su costa.

-¿A su costa?

--Vive con ella y no hace nada.

-=Está buscando un empleo -dijo Mrs. Penniman---. Espera hallarlo de un día a otro.

-Ya lo sé. Espera hallar la colocación aquí, en el salón delantero. El puesto de marido de una mujer de ¯cerebro débil, que tiene una gran fortuna, le vendría muy bien.

Mrs. Penniman era muy amable, pero entonces di6 pruebas de mal humor. Se puso en pie y durante un momento miró fijamente a su hermano.

4o

L A H E R E D E R A -Querido Austin --observó-, si consideras a Catherine una mujer de cerebro débil, te equivocas.

Y con estas palabras se retiró majestuosamente.

9

La familia de Wáshington Square acostumbraba a pasar las veladas de los domingos en casa de Mrs. Almond. La semana siguientes la conversación que he narrado, ésa costumbre no se interrumpió; y en tal ocasión, hacia la mitad de la velada, el doctor Sloper se retiró a la biblioteca, en compañía de su cuñado, para tratar un asunto de negocios. Estuvo ausente veinte minutos, y cuando volvió a la reunión, animada por la presencia de varios amigos de la familia, vio que Morris Townsend había entrado; y se había apresurado a buscar un lugar, junto a Catherine. En el gran salón se habían formado diversos grupos, y el ruido de las voces;- las risas-' permitía que aquellas dos personas se confabulasen, según la frase del doctor, sin atraer la, atención. Sin embargo, observo que su hija le daba cuenta de la vigilancia de que era objeto. Permanecía sentada, inmóvil, con los ojos fijos en su abanico, ruborizada y encogida, como si pretendiese disimular la indiscreción de ¯la cual se confesaba culpable.

El doctor sintió lástima de ella. La pobre Catherine no desafiaba; carecía del genio para las bravatas, y se sentía inquieta al comprender que su padre miraba con disgusto las atenciones que tenía para con ella Morris Townsend. Tanta lástima sintió el doctor que dio media vuelta para ahorrarle la sensación de que era vigilada; y. el médico era tan inteligente, que en su mente rindió una especie de justicia poética a la situación en que se hallaba Catherine.

"Tiene que ser muy desagradable para una muchacha vulgar e impasible como Catherine; tener a su lado un buen mozo que le dice que es su esclavo, si eso es lo que le dice. No es de extrañar que le guste, y que piense que yo soy un tirano cruel; cosa que piensa, a pesar de su miedo, pero no tiene el ánimo suficiente para reconocerlo. ¡Pobre Catherine! --meditó el doctor--. ¡La creo capaz de defenderme, cuando Townsend me ataque!"

Y aquella reflexión le hizo ver tan claramente la oposición natural entre su punto de vista y el de la enamorada joven, que se dijo que quizás él tomaba el asunto demasiado en serio y se ponía la venda antes de que lo hiriesen. No debía condenar sin oírle a Morris Townsend. El médico tenía una gran aversión a tomar las cosas demasiado en serio; creía que la mayoría de las decepciones provenían de ello; y durante un instante se preguntó si no aparecería ridículo a los ojos de aquel inteligente joven, en quien sospechaba una aguda percepción de las incongruencias. Un cuarto de hora después, Catherine se había librado de Morris, que se hallaba de pie, junto a la chimenea, hablando con Mrs. Almond.

"Vamos a probar nuevamente", se dijo el doctor. Cruzó la habitación y se reunió con su hermana, a la cual hizo una seña para que le dejase a solas con el joven. Ella lo hizo al poco tiempo, y Morris se le quedó mirando, sonriente, sin el menor indicio de evasiva.

"¡Es increíblemente presumido!", pensó el doctor, y en voz alta añadió

-Me dicen que usted está buscando un empleo.

-Bien, un empleo es quizás más de lo que yo podría esperar -repuso Morris-. Suena demasiado bien. Yo busco un trabajo donde pueda ganar algo honradamente.

-¿Y qué clase de trabajo prefiere?

-¿Quiere decir que para cual estoy capacitado? Creo que para muy pocos. No dispongo más que de mi brazo derecho, como dicen en los melodramas.

-Es usted excesivamente modesto -dijo el doctor-; además de un buen brazo derecho, posee un cerebro sutil. Yo sólo le conozco de vista, pero por su fisonomía veo que es usted exrtemadamente inteligente.

-¡Ah! -murmuró Townsend-, no sé qué responder a eso. ¿Me aconseja entonces que no desespere?

Y miró a su interlocutor como si la pregunta tuviese un doble significado. El doctor percibió la mirada y la midió antes de responder.

--Sentiría mucho reconocer que un joven robusto necesita desesperar. Si no logra una cosa, puede encontrar otra. Sólo debo añadir, que en su búsqueda debe actuar con discreción.

--Sí, con discreción -repitió Morris Townsend-. Antes no he sido discreto; pero creo que me he enmendado. -Y durante un momento permaneció con la mirada fija en sus brillantes zapatos. 42

L A H E R E D E R A Luego, por fin-: ¿Tendría la amabilidad de sugerirme algo conveniente? -preguntó levantando la vista y sonriendo.

"¡Qué descaro!", exclamó para sí el doctor. Pero luego reflexionó que él había sido el primero en tocar aquel delicado punto y que sus palabras podían haber sido interpretadas como un ofrecimiento de ayuda.

-No tengo nada que ofrecer -dijo-, pero le confieso que a veces pienso en usted. A veces uno sabe de oportunidades. Por ejemplo, ¿le importaría salir de Nueva York?

-Creo que no puedo. Tengo que hallar mi fortuna aquí o en ninguna parte -dijo Morris Townsend-. Aquí tengo mis lazos familiares, mis responsabilidades. Tengo a una hermana viuda de la cual he estado separado mucho tiempo y para la cual soy casi todo. No me gustaría decirle que iría a alejarme de ella. Cuenta conmigo.

-Eso me parece muy bien -dijo el doctor Sloper-. Los sentimientos familiares no suelen estar muy desarrollados en nuestra ciudad. Y creo que he' oído hablar de su hermana.

-Es posible, aunque lo dudo. Ella hace una vida muy retirada.

-Todo lo retirada -dijo el médico riendo- que puede hacerla una mujer que tiene varios hijos pequeños.

-¡Ah, mis sobrinitos! ¡Eso es lo malo! Yo le estoy ayudando a educarlos -dijo Morris Townsend-. Soy para ellos una especie de preceptor; les doy lecciones.

-Muy loable, pero eso no es una carrera.

-No voy a hacer fortuna con eso -confesó el joven.

-No debe pensar tanta en la fortuna --dijo el doctor-. Pero yo le aseguro, que no pienso perderle dé vista.

-Si mi situación se hace desesperada, quizás me tome la libertad de recordárselo -dijo Morris, elevando un poco la voz, mientras su interlocutor se alejaba.

Antes de salir de la casa, el doctor tuvo algunas palabras con Mrs. Almond.

-Me gustaría ver -su hermana -le dijo el doctor-. ¿Cómo dices que se llama? ¿Mrs. Montgomery? Me gustaría tener una conversación con ella.

-Trataré de procurarte la entrevista -repuso Mrs. Almond-. Aprovecharé la primera oportunidad para invitarla; a menos, añadió Mrs. Almond- que ella prefiera ponerse enferma y llamarte.

-¡Ah, no!, eso no; ya tiene bastantes molestias. Aunque yo tendría la ventaja de ver a sus hijos. Me, gustaría mucho verlos. -Tú no pierdes detalle. ¿Piensas catequizarlos? -Precisamente. Su tío me ha dicho que él se ha encargado de su educación para ahorrarle gastos a su hermana. Me gustaría hacerles unas cuantas preguntas de las cosas más recientes... "Desde luego, Morris no tiene nada de maestro de escuela", se dijo Mrs. Almond un poco después, al ver a Morris inclinado sobre Catherine.

Y naturalmente, en las palabras del joven no había nada que recordase al pedagogo.

-¿Quiere encontrarse conmigo, mañana o pasado? -1e dijo en voz baja a Catherine.

-¿Encontrarme con usted? -preguntó ella, alzando hacia él sus ojos asustados.

-Tengo que decirle algo muy particular.

-¿No puede venir a casa? ¿No puede decirlo allí? Townsend movió melancólicamente la cabeza. -No puedo volver a su casa.

-¡Mr. Townsend! -murmuró Catherine. Tembló pensando en si su padre se lo habría prohibido.

-No puedo, sin perder la propia estimación -dijo el joven-. Su padre me ha insultado.

-¿Insultado?

-Sí, me ha echado en cara mi pobreza.

-¡Está equivocado, le ha entendido mal! -dijo enérgicamente Catherine, levantándose de la silla.

-Quizás yo sea demasiado orgulloso, demasiado sensible. ¿Pero me aceptaría si no fuese así? -preguntó con ternura.

-En lo que respecta a mi padre, no debe tener tanta seguridad. Está lleno de bondad -dijo Catherine. .

-Se rió de mí porque carecía de posición. Yo se lo consentí, por tratarse de usted.

-No sé -dijo Catherine-. No sé lo que piensa. Estoy segura de que su intención es buena. No debe ser demasiado orgulloso. -Sólo estaré orgulloso de usted -repuso Morris-. ¿Quiere encontrarse conmigo en la plaza, por la tarde?

Catherine enrojeció vivamente, en respuesta a la declaraci6n que acabó de citar, y se volvió sin hacer caso de la pregunta.

¿Lo hará? -insistió él-. Allí no hay nadie, al anochecer-Usted es el que se burla cuando dice tales cosas. -¡Querida niña! -murmuró el joven.

-Sabe muy bien que no tiene mucho para estar orgulloso de mí. Soy fea y tonta.

Morris saludó aquella observación con un ardiente murmullo, en el cual Catherine sólo pudo distinguir que para él, ella era lo más precioso del mundo.

Pero continuó:

--No soy siquiera... siquiera... -e hizo una pausa. --¿No es qué?

-No soy siquiera valiente.

-Entonces, si tiene miedo, ¿qué vamos a hacer? Ella vaciló un momento y luego dijo:

-Venga a casa. De eso no tengo miedo.

-Preferiría la plaza -le apremió él-. Ya sabe lo vacía que está. No nos verá nadie.

-No me importa que nos vean. Pero déjeme ahora.

El se alejó resignadamente; había logrado lo que quería. Afortunadamente, no supo que media hora. después, al volver en compañía de su padre, la pobre muchacha, olvidando su

declaración, comenzó a temblar de nuevo. Su padre no dijo nada; pero Catherine tenía la idea de que en medio de la oscuridad los ojos del doctor estaban fijos en ella. Mrs. Penniman también callaba; Morris Townsend le había dicho que su sobrina prefería una entrevista en un gabinete tapizado con chintz a una cita sentimental junto a una fuente tapizada de hojas secas, y ella estaba asombrada ante la rareza -casi la perversidad- de la elección.

10

Catherine recibió al joven el siguiente día, en el terreno elegido, por ella -entre el casto tapizado de un gabinete neoyorquino amueblado de acuerdo a la moda de hace cincuenta años. Morris se tragó su orgullo e hizo el esfuerzo necesario para cruzar los umbrales del desdeñoso padre de Catherine, acto de magnanimidad que no podía menos que hacerle doblemente interesante.

-Tenemos que decidir algo... Tenemos que trazarnos un plan -declaró él, pasándose la mano por los cabellos y mirándose en el largo y estrecho espejo que adornaba el espacio situado entre las dos ventanas, y que tenía en su base una dorada cornucopia cubierta por una delgada losa de mármol blanco, que a su vez sostenía unas tablas reales dobladas en forma de dos libros, dos brillantes infolios, en los cuales se hallaba escrito con letras verdes y doradas Historia de Inglaterra. Si Morris describió al dueño de la casa como un burlón despiadado, es porque le consideraba muy sobre aviso, y aquél era el medio más fácil de expresar su desagrado, desagrado que había sabido muy bien ocultar al doctor. Probablemente el lector pensará que la vigilancia del doctor no había sido excesiva, y que la joven pareja había disfrutado de completa libertad. Su intimidad era entonces considerable y podría opinarse que tratándose de una persona reservada y tímida, nuestra heroína había sido muy liberal con sus favores. En unos cuantos días, el joven la había hecho escuchar cosas para las cuales no debía haber estado preparada; conocedor de sus dificultades, el joven trataba de ganar terreno. Recordó que la fortuna favorecía a los audaces, y aunque lo hubiese olvidado, Mrs. Penniman se lo habría hecho recordar. Mrs. Penniman enloquecía por los dramas y se complacía pensando que se iba a representar uno de ellos. Reuniendo el celo del apuntador con la impaciencia del auditorio, había hecho todo lo posible por subir el telón cuanto antes. Ella esperaba figurar también en la representación: ser el confidente, el, coro encargado del epílogo. Hay que decir que a veces se olvidaba de la modesta heroína de la obra, contemplando ciertas grandes escenas que habían de tener lugar entre ella y el héroe.

Lo que Morris le dijo a Catherine fué que la amaba, o mejor dicho, que la adoraba. Virtualmente se lo había hecho conocer ya; sus visitas habían sido una elocuente insinuación de ello. Entonces le hizo votos de enamorado, y como signo memorable le pasó el brazo por la cintura y la besó. Aquella dichosa certidumbre se produjo antes de lo que Catherine había esperado, y ella la consideró, naturalmente, como inapreciable tesoro. Hasta puede dudarse si había esperado el poseerlo; no lo había aguardado ni se había dicho que alguna vez había de venir. Como he tratado de explicar, no era ávida ni exigente; aceptaba lo que le daban día a día; y si la deliciosa costumbre de las visitas de su amado, que le proporcionaban una dicha mezcla de confianza y timidez se hubiese terminado bruscamente, no sólo no habría dicho que era una mujer abandonada, sino que no habría pensado que era una decepcionada. Después que Morris

la hubo besado, para mejor probarle su devoción, ella le rogó que se marchase, que la dejase sola para pensar. Morris le obedeció, dándole antes un nuevo beso. Pero las meditaciones de Catherine carecían de coherencia. Durante largo tiempo sintió en sus labios y en sus mejillas el roce de los labios del joven; aquella sensación era más bien un obstáculo que una ayuda a la reflexión. Catherine hubiera querido ver claramente la situación para decidir lo que haría si, como temía, su padre no aprobaba su unión con Morris. Pero lo único que veía con toda claridad era que resultaba muy raro el que alguien no estimase a Morris; tenía que haber algún misterio, alguna equivocación, que al cabo del tiempo se disiparía. Por lo tanto, aplazó su decisión; ante la visión' de un conflicto con su padre, bajó los ojos y permaneció sentada e inmóvil, conteniendo el aliento y esperando. El corazón le latía violentamente y experimentaba una sensación penosa. Cuando Morris la besaba, x le decía aquellas cosas, el corazón le latía, pero esto ¯era peor aún, y la asustaba.

Sin embargo, cuando el joven habló de decidir algo, de trazar un plan, comprendió que tenía razón, y respondió sencillamente y sin vacilar.

-Tenemos que cumplir nuestro deber -dijo-. Tenemos que hablar con mi padre. Yo lo haré esta noche; mañana lo harás tú. -Eres muy buena por ofrecerte a hacerlo la primera -repuso Morris-. El joven, el feliz mortal es quien suele hacerlo primero. Pero como tú quieras.

A Catherine le agradó el pensar que ella iba a ser valiente por causa de él, y su satisfacción le hizo sonreír.

-Las mujeres tienen más tacto -dijo-, deben hacerlo antes. Son más conciliadoras; saben persuadir mejor.

-Vas a tener que echar mano de todas tus dotes de persuación-dijo Morris-. Pero, después de todo, eres irresistible. -Por favor, no hables así, y prométeme lo siguiente: mañana, cuando hables con mi padre, debes estar respetuoso con él. -Todo lo posible -le prometió Morris-. No creo que sirva de nada, pero lo intentaré. Preferiría no tener que luchar por ti. -No hables de luchas; no lucharemos.

-Tenemos que estar preparados -dijo Morris-, especialmente tú. ¿Sabes lo que va a decirte tu padre?

-No, Morris, dímelo.

-Te dirá que soy un mercenario. -¡Mercenario!

-Es una palabra gruesa que encierra 'un significado mezquino. Significa que vengo por tu dinero.

-¡Oh! -murmuró Catherine.

La exclamación era tan conmovedora que Morris se permitió una nueva demostración de afecto.

-Seguramente va a decirlo -añadió.

-Es fácil estar preparado para eso -dijo Catherine-; diré simplemente que está equivocado, que otros hombres pueden ser así, pero tú, no.

-Tienes que afirmarlo enérgicamente, pues ése va a ser su principal argumento.

Catherine miró un minuto a Morris y luego dijo:

-Le convenceré; pero me alegro de que seamos ricos –añadió

Morris fijó los ojos en la copa de su sombrero, y dijo muy convencido:

-No, eso es una desgracia; de ahí nacen todas nuestras dificultades.

-Pues si ésa es nuestra desgracia, no somos tan desgraciados. La mayoría de la gente no consideraría malo eso. Yo le convenceré y además tendremos el dinero.

Morris escuchó en silencio aquella robusta lógica.

-Dejaré mi defensa a cargo tuyo; para defenderse de un cargo semejante, el' hombre" tiene que agacharse.

Catherine estuvo silenciosa un tiempo; miraba a Morris, que a su vez miraba por la ventana.

-Morris -dijo bruscamente-, ¿estás seguro de que me amas?

El se volvió y se inclinó sobre ella:

-Amor mío, ¿puedes dudarlo?

--Sólo hace, cinco días que lo sé -dijo ella-, pero ahora creo que no podría vivir sin tu amor.

-No tendrás que intentarlo -dijo él lanzando una risita tranquilizadora. Luego, al cabo de un momento, añadió- Hay otra cosa que debes decirme. -Catherine había cerrado los ojos después de sus últimas palabras, y entonces asintió con la cabeza, sin abrirlos-. Tienes que decirme -prosiguió él- que si tu padre se opone resueltamente a nuestro matrimonio, tú me seguirás siendo fiel.

Catherine abrió los ojos, y la mirada que había en ellos era la mejor promesa.

-¿Me serás fiel? --dijo Morris-. Sabes gire eres dueña de tus actos, que eres mayor de edad.

-¡Ah, Morris! -murmuró ella por toda respuesta, o mejor dicho, por toda respuesta no, pues puso su mano entre las del joven. El la conservó entre las suyas, y al poco tiempo besó de nuevo a Catherine. Eso' es todo lo que importa recordar de su conversación; pero Mrs. Penntman, si hubiese estado presente, probablemente habría reconocido que era igual que no hubiese tenido lugar junto a la fuente de Washington Square.

11

Aquella tarde Catherine estuvo aguardando a su padre y le Oyó entrar en su despacho. Permaneció sentada y silenciosa, aunque el corazón le estuvo latiendo violentamente por espacio de media hora; luego se levantó y fué a llamar a la puerta del des, pacho, ceremonia sin la cual nunca cruzaba la oficina de su padre. Al entrar le halló sentado junto al fuego, fumando un cigarro y leyendo el periódico de la noche.

-Tengo que hablarte -comenzó, sentándose en el primer asiento.

-Te escucharé con mucho gusto -le dijo su padre. Esperó con los ojos fijos en Catherine, mientras ella contemplaba el fuego silenciosamente. El doctor sentía curiosidad e impaciencia, puEs estaba seguro de que iba a hablarle de Morris Townsend; pero la dejó que se tomase todo el tiempo necesario, pues había decidido tratarla con benevolencia.

-¡Me he comprometido para casarme! -anunció por fin Catherine, sin apartar los ojos del fuego.

El doctor sobresaltóse; aquel hecho consumado era más de lo que esperaba; pero no dejó traslucir su sorpresa.

-Has hecho muy bien en decírmelo -repuso simplemente-. ¿Y quién es el feliz mortal honrado con tu elección?

-Mr. Morris Townsend. -Y al pronunciar aquel nombre, Catherine miró a -su padre. Vio sus claros ojos grises y su sonrisa definida. Después de mirar aquello volvió la vista al fuego; era mucho más caliente.

-¿Cuándo ha sucedido eso? -preguntó el doctor. -Esta tarde, hace dos horas.

-¿Estuvo aquí Mr. Townsend-?

-Sí, papá, en el salón delantero. -Catherine se alegró de no tener que decir que sus esponsales habían tenido lugar bajo los ailantos.

-¿Eso es serio? -Muy serio.

Su padre quedó silencioso un momento: -Mr. Townsend debía habérmelo dicho. -Piensa decírtelo mañana.

-¿Después que me lo has contado tú? El debía haberlo dicho antes. ¿Cree que no me importa porque te he dejado tanta libertad? -No -dijo Catherine-; ya sabe que te importa. Y te estamos muy agradecidos por esa libertad.

El doctor lanzó una risita.

-Podías haber hecho mejor uso de ella, Catherine.

-¡Por favor, papá, no me digas eso! -rogó la joven, fijando en el doctor sus dulces ojos.

El doctor fumaba y reflexionaba. -Has ido muy de prisa -dijo al fin. -Sí, creo que sí -repuso ella sencillamente.

El apartó su mirada del fuego y la fijó en Catherine.

-No me extraña que le agrades a Mr. Townsend; eres tan sencilla y buena.

-No sé cuál es la razón, pero él me quiere de veras. De eso estoy segura.

-¿Y tú le quieres mucho?

-Claro, pues de lo contrario no me casaría con él.

-Pero le conoces muy poco tiempo, querida.

-¡Oh! -dijo Catherine con cierta ansiedad-, no se tarda mucho en querer a una persona, una vez que se empieza. -Tienes que haber empezado muy de prisa. ¿Fué la primera vez que le viste en la fiesta que dio tu tía?

-No lo sé, papá -respondió la muchacha-. No puedo decírtelo.

-Claro, eso es cuestión tuya. Habrás observado que yo actúo dejándome llevar de tal principio_. No me he mezclado: te he dejado en libertad, he recordado que no eres ya una niña, que has llegado a una edad de discreción.

-Yo me siento muy vieja... muy prudente -dijo Catherine sonriendo.

-Mucho me temo que dentro de poco te sientas más vieja y más prudente. ¡No me agrada tu compromiso!

-¡Ah! -exclamó Catherine, levantándose.

-Querida mía, siento mucho causarte pena, pero no me agrada. Debías haberme consultado antes de hablar he sido muy benigno contigo y tú te has aprovechado de mi indulgencia. Decididamente, tenías que haberme hablado antes.

Catherine vaciló un momento y luego dijo:

-Tenía miedo de que te disgustase -confesó.

-¡Eso es! ¡Tenías una mala conciencia!

-¡No, no tengo la conciencia mala! -exclamó la joven con considerable energía-. ¡No me acuses de una cosa tan horrible! En efecto, para ella aquellas palabras eran horribles, estaban asociadas con malhechores y presos-. Era que tenía miedo... miedo -continuó.

-Miedo de haber hecho una locura.

-Miedo de que no te agradase Mr. Townsend.

-Tenías razón. No me agrada.

-Papá querido, tú no le conoces -dijo Catherine con una timidez tal que era conmovedora.

-Cierto; no le conozco íntimamente. Pero le conozco lo bastante; tengo formada mi impresión; tú tampoco le conoces. Catherine estaba de pie ante el fuego, con las manos cruzadas ante ella; y su padre, reclinado en su asiento, hizo aquella observación con una placidez que podía haber sido irritante.

Sin embargo, es dudoso que Catherine se irritase, aunque protestó con vehemencia:

-¡Yo sí le conozco! ¡Le conozco mejor de lo que he conocido a nadie!

-Conoces una parte de él, la que ha decidido mostrarte. Pero el resto no lo conoces.

-¿El resto? ¿Cuál es el resto?

-Cualquiera que sea, tiene que haber mucho.

-No sé lo que quieres decir -dijo Catherine, recordando la advertencia de Morris-. ¿Quieres decir que es mercenario?

Su padre la miró con sus ojos fríos y razonables.

-Sí, querida mía, eso quería decir. Pero deseaba evitar el error de hacer aún más interesante a Mr. Townsend diciendo cosas malas de él.

-Yo no las consideraré malas, si son ciertas -dijo Catherine. -En tal caso, serás una joven muy sensata.

-En todo caso, tú querrás que yo conozca tus razones. El doctor sonrió.

-Cierto. Tienes perfecto derecho a ello -fumó un momento-. Bien, entonces, sin acusar a Mr. Townsend de estar sólo enamorado de tu fortuna, y de la fortuna que tienes derecho a esperar, te diré que todas estas consideraciones han entrado en sus cálculos, más que lo que requiere una tierna solicitud por tu felicidad. Claro que no es imposible que un joven sienta por ti un afecto desinteresado. Eres una joven cariñosa y honesta, y un joven inteligente se da pronto cuenta de ello. Pero lo principal que sabemos de ese joven, que es, desde luego, muy inteligente, nos induce a creer que por mucho que valore tus méritos personales, valora el dinero mucho más. Lo principal que sabemos de él es que ha llevado una vida disipada, y que para ello se ha gastado una fortuna. Para mí eso es suficiente. Yo deseo que te cases con un joven de otros antecedentes, con un joven que pueda ofrecer garantías positivas. Si Morris Townsend se ha gastado su fortuna en divertirse, hay grandes razones para creer que se gastaría la tuya.

El doctor hizo aquellas observaciones lenta y deliberadamente, con pausas y acentuaciones, sin tener en cuenta la inquietud de la pobre Catherine, acerca de la conclusión que adoptaría. Ella se sentó por fin, con la cabeza inclinada y los ojos fijos en su padre; y, cosa rara -no sé casi cómo decirlo-, aun cuando se daba cuenta de qué todo aquello iba directamente contra ella, no pudo menos de admirar la nobleza y justeza de su expresión. Había algo de abrumador e inútil en las discusiones con su padre; pero de todas maneras quiso poner en claro su posición. El doctor estaba tranquilo y ella debía mantenerse serena. Pero el esfuerzo para conseguirlo la hacía temblar.

-Eso no es lo principal que sabemos acerca de él -dijo ella; y la voz le temblaba ligeramente-. Hay otras cosas, muchas cosas. Tiene grandes dotes, desea grandemente hacer algo. Es cariñoso, generoso y sincero -dijo la pobre Catherine, que no había sospechado hasta, entonces los recursos de su elocuencia-. Y su fortuna, la fortuna que se gastó, era muy pequeña.

-Razón de más para que no se la hubiese gastado -exclamó el doctor, poniéndose en pie y lanzando una carcajada. Luego, al ver que Catherine se había levantado también y permanecía ante él, deseando tanto y expresando tan poco, la atrajo hacia sí y la besó.

-¡No irás a pensar que soy cruel! -le dijo, estrechándola entre sus brazos.

Aquella pregunta no era tranquilizadora; por el contrario, le parecía a Catherine sugéridora de posibilidades que la espantaban. Pero reconoció con bastante coherencia

-No, papá querido; porque si supieses lo que yo siento, y debes saberlo, puesto que lo sabes todo, serías más cariñoso, más compasivo.

-Sí, creo que sé lo que tú sientes --dijo el doctor-. Y voy a ser cariñoso contigo, ten la seguridad de ello. Mañana hablaré con Mr. Townsend. Entretanto, hazme el favor de no decir a nadie que estás comprometida.

12

Al día siguiente, por la tarde, se quedó en casa aguardando la visita de Mr.' Townsend, cosa que le pareció, quizás por ser un hombre muy ocupado, un gran honor hacia el pretendiente de Catherine, al mismo tiempo que quitaba a la pareja motivos de lamentarse. Morris se-presentó con fisonomía bastante serena. Aparentemente había olvidado el "insulto" de que había hablado a Catherine dos noches antes, y el doctor Sloper no perdió el tiempo en hacerle saber que estaba ya preparado para la visita.

-Catherine me habló ayer de lo que ha habido entre ustedes dos -dijo-. Tiene que permitirme que le diga que usted debía haberme hecho conocer sus intenciones antes de haber ido tan lejos. '

-Yo lo habría hecho -repuso Morris-, si usted no me hubiese dado la impresión de dejar a su hija en plena libertad. Ella parece ser dueña de sus actos.

Literalmente lo es. Pero moralmente no se ha emancipado aún lo suficiente para elegir esposo sin consultarme. Yo la he dejado en libertad, pero eso no quiere decir que haya sido indiferente. Lo cierto es que el asunto se ha concretado con sorprendente rapidez. Catherine sólo le conoce hace unos días.

-Hace poco, es cierto -dijo Morris con gravedad-. Reconozco que no hemos tardado mucho en llegar a un acuerdo. Pero ello era natural desde el momento en que estuvimos seguros de nosotros. Mi interés por miss Sloper comenzó el mismo día en que la conocí.

-¿De veras no había comenzado antes del encuentro? -preguntó el doctor.

Morris le miró un instante.

-Había oído decir que era una muchacha encantadora.

-¿Usted piensa que Catherine es una muchacha encantadora? -Seguramente. De lo contrario, no estaría sentado aquí.

El doctor meditó un momento.

-Mi querido joven -dijo al fin- usted tiene que ser muy susceptible, Como padre de Catherine, creo tener un tierno aprecio por sus buenas cualidades; pero no tengo inconveniente en decirle que nunca la he considerado una muchacha encantadora, ni he esperado jamás que otros lo hicieran.

Morris Townsend recibió esta declaración con una sonrisa no desprovista totalmente de indiferencia.

-Yo no sé lo que pensaría de ella si fuese su padre. No puedo ponerme en ese lugar. Hablo desde mi punto de vista.

-Habla muy bien -dijo el doctor-, pero eso no basta. Yo le dije ayer a Catherine que no aprobaba su compromiso.

-Ella me lo hizo saber, y me apenó mucho. Me siento muy decepcionado. -Y Mórris quedó un instante silencioso, con la vista fija en el suelo.

-¿Esperaba que yo quedase muy complacido y arrojase a mi hija en sus brazos?

-No, ya tenía la idea de que yo no le era agradable. -¿Y qué le dio esa idea?

-El hecho de ser pobre.

-Eso suena mal -le dijo el doctor-, pero es lo cierto, hablando estrictamente; como hijo político. Su carencia de medios, de profesión, de recursos visibles y de posibilidades, le coloca a usted en una categoría en la cual sería una imprudencia mía elegir marido para mi hija, que es una mujer débil con una gran fortuna. En cualquier otra capacidad, no tengo nada contra usted. Como yerno, le abomino. -

Morris Townsend escuchó respetuosamente.

-Yo no considero a miss Sloper como mujer débil -dijo al cabo de un tiempo.

-Usted tiene que defenderla, es lo menos que puede hacer. Pero yo conozco a mi hija hace veinte años, y usted la conoce hace seis semanas. Sin embargo, aunque ella no fuese una mujer débil, usted seguiría siendo un hombre sin fortuna.

-¡Ah, sí; ése es mi punto flaco! Y por lo tanto, usted me cree mercenario, piensa que vengo por el dinero de su hija.

-No digo eso. No tengo obligación de decirlo; y el decirlo, como no fuese por obligación, sería de muy real gusto. Digo sencillamente que usted pertenece a una categoría no recomendable.

-Pero su hija no se casa con una categoría -apremió Townsend con su seductora sonrisa-. Se casa con un individuo, con un individuo al cual le ha hecho la merced de decirle que le ama.

-Un individuo que tiene muy poco que ofrecer a cambio de eso.

. -¿Es posible ofrecer más que el afecto más tierno y una devoción eterna? -preguntó el joven.

-Eso depende de cómo se tome. Es posible ofrecer otras cosas más, no sólo es posible, sino que es la costumbre. Una devoción eterna se mide después; entretanto, se suele dar algunas seguridades materiales. ¿Cuáles tiene usted? ¿Una figura excelente y unos buenos modales? Todo eso está muy bien, pero no es lo bastante. -Podría añadir algo más a eso -dijo Morris-: la palabra de un caballero.

-¿La palabra de un caballero de que amará siempre a Catherine? Tiene que ser un caballero muy cumplido para estar seguro de ello.

-La palabra de un caballero de que no soy mercenario, de que mi afecto por miss Sloper es el sentimiento más puro y desinteresado que jamás se albergó en el pecho humano. Su fortuna me importa tanto como las cenizas de la chimenea.

-Tomo nota... tomo nota -dijo el doctor-. Pero después de hacerlo, vuelvo de nuevo a su categoría. Contra usted no hay más que un accidente, si quiere; pero con mis treinta años de profesión sé muy bien que los accidentes pueden tener consecuencias graves.

Morris acarició su sombrero, notablemente brillante, y siguió manteniendo un dominio de sí, que el doctor se vio obligado a confesar, era muy digno de encomio. Pero su decepción era muy aguda.

-¿No puedo hacer nada para que me crea?

-Si hubiese algo, yo sentiría tener que sugerírselo, porque, ¿no lo ve?, yo no quiero creer en usted -dijo el doctor sonriendo.

-Me iré a labrar el campo.

-Eso sería una necedad.

-Aceptaré el primer puesto que se me presente.

-¡Hágalo! ¡Pero por usted, no por mí!

-Comprendo; ¡me tiene por un holgazán! -exclamó Morris, con el tono de un hombre que ha hecho un descubrimiento. Pero inmediatamente percibió su error, y enrojeció.

-No importa lo que yo piense, una vez que le he dicho que no quiero tenerle de yerno.

Pero Morris persistió -¿Cree que voy a gastarme el dinero de su hija?

El doctor sonrió.

-Como le dije, no tiene importancia lo que yo diga; pero reconozco que sí.

-Me figuro que eso es porque me he gastado el mío -dijo Morris-. Confieso francamente que he llevado una vida de licencia; he sido un loco. Si lo desea, le contaré mis locuras. Algunas de ellas han sido importantes, nunca he ocultado el hecho. He tenido mis travesuras de juventud, pero me he reformado. Es mejor haber terminado ya con las calaveradas. A su hija no le hubiera gustado un doctrinario; y me tomo la libertad de decir que a usted no le hubiese gustado tampoco. Además, entre mi fortuna y la de Catherine hay una gran diferencia. Yo gasté mi dinero; lo gasté porque era mío. Y no contraje deudas; cuando mi fortuna se acabó, me detuve. No debo un centavo a nadie.

-Permítame que le pregunte de qué vive ahora -dijo el doctor-, aunque reconozco -que la pregunta es inconsecuente de mi parte.

-Vivo del resto de mis bienes -dijo Morris Townsend.

-Gracias -repuso el doctor gravemente.

-Aun reconociendo que yo diese una importancia indebida a la fortuna de miss Sloper -continuó---, ¿no sería esa una seguridad de que iba a cuidar muy bien de ella?

-El que cuidase mucho de ella significaría tanto como el que cuidase poco. Catherine padecería tanto por su economía como por su prodigalidad.

-¡Es usted muy injusto! -El joven hizo esta declaración cortésmente, sin ninguna violencia.

-Piense como quiera. Realmente, no me halaga el complacerle.

-¿Y el complacer a su hija? ¿Le agrada la idea de hacerla infeliz?

-Estoy resignado a que durante doce meses piense que soy un tirano.

-¡Durante doce meses! -exclamó Morris, riendo.

-Entonces, durante toda la vida. Da igual que sea desgraciada de una manera que de otra.

Aquí Morris perdió los estribos.

-¡Ah, no es usted cortés! -exclamó.

-Usted me obliga... arguye demasiado.

-Tengo mucho que perder.

-Bien, sea lo que fuere -dijo el doctor-, ya lo ha perdido.

-¿Está seguro de ello? -preguntó Morris-. ¿Está seguro de que su hija va a renunciar a mí?

-Quiero decir, claro está, que lo ha perdido en lo que a mí se refiere. En cuanto a que Catherine renuncie a usted... no estoy seguro de ello. Pero como yo quiero aconsejárselo, y ella me tiene gran afecto y respeto, además de poseer en alto grado el sentimiento del deber, lo considero muy posible.

Morris comenzó nuevamente a acariciar su sombrero.

-Su hija también siente gran afecto por mí --observó finalmente.

Al llegar a este punto, el doctor mostró los primeros síntomas de irritación.

-¿Piensa usted desafiarme?

-Llámele como quiera. No voy a renunciar a su hija.

El médico movió la cabeza.

-No tengo miedo de que se muera usted de pena. Ha nacido para gozar de la vida.

Morris rió.

-Entonces su oposición a mi matrimonio es doblemente cruel. ¿Piensa prohibir a su hija que me vea?

-Catherine ha pasado ya de la edad en que se prohiben las cosas a la gente, y yo no soy un padre de folletín. Pero voy a recomendarle que rompa con usted.

-No creo que ella lo haga -dijo Morris Townsend.

-Quizás no; pero yo habré hecho lo posible.

-Catherine ha ido demasiado lejos... -prosiguió Morris-.

-¿Para retroceder? Entonces la dejaremos donde está.

-Quería decir demasiado lejos para detenerse.

El doctor le miró un momento; Morris tenía una mano en la puerta.

-Eso que usted dice es bastante impertinente.

-No pienso decir nada más -repuso Morris; y haciendo una reverencia, salió de la habitación.

13

"Puede pensarse que el doctor era excesivamente positivo, y Mrs. Almond lo dio a entender así. Pero, como dijo él, tenía su impresión formada; la consideraba suficiente y no sentía deseos de modificarla. Se había pasado la vida valorando a la gente - aquello formaba parte de su profesión-, y de veinte casos acertaba en diecinueve.

—Quizás Mr. Townsend es el veinte --dijo Mrs. Almond. -Quizás lo sea, aunque no me lo parece. Le concederé el beneficio de la duda, y para asegurarme iré a hablar con Mrs. Montgomery. Es casi seguro que ella me dirá que he hecho bien; pero es también posible que me pruebe que he cometido el mayor error de mi vida. Si lo hace, le pediré perdón a Mr. Townsend. No es necesario que la invites, como me ofreciste; le escribiré una carta franca, diciéndole lo que ocurre y pidiéndole permiso para visitarla.

-Mucho me temo que la franqueza esté principalmente de tu parte. Esa pobre mujer se pondrá de parte de su hermano, sea como sea.

-¡Sea como sea! Lo dudo. La gente no quiere tanto a los hermanos.

-Cuando se trata de una cuestión de treinta mil anuales .que entran en una familia... -dijo Mrs. Almond.

-Si ella le defiende -por el dinero, será una farsanta. Y si es una farsanta, yo me daré cuenta de ello, y entonces no perderé el tiempo con ella.

-No es una farsanta; es una mujer ejemplar. Pero no va a jugar una mala partida a su hermano, sólo por ser egoísta.

-Si merece la pena que yo le hable, preferirá jugarle una mala partida a su hermano que a Catherine. Y a propósito, ¿conoce a Catherine?

-Que yo sepa, no. Mr. Townsend no ha tenido interés en reunirlas.

-Si es una mujer ejemplar, me lo explico. Pero vamos a ver si en efecto responde a tu descripción.

-Tengo curiosidad de oír la tuya --dijo sonriendo Mrs. Almond-. Y entretanto, ¿cómo lo toma Catherine?

-Como toma todo con mucha calma. -¿No te ha hecho escenas?

-Ella no hace escenas.

-Yo creía que las muchachas enamoradas solían hacer escenas.

-Más suelen hacerlas las viudas ridículas. Lavinia me ha echado un sermón; me considera muy arbitrario.

-Lavinia tiene el don de errar --dijo Mrs. Almond-. Pero, de todas maneras, lo siento por Catherine.

-Yo también, pero ya se le pasará.

-¿Crees que va a renunciar a Morris?

-Cuento con ello. Catherine me respeta y admira.

-Ah, eso lo sabemos ya. Pero eso hace que mi lástima aumente. Hace el dilema doblemente penoso, y casi imposible el esfuerzo de elegir entre tú y su amor.

-Si no puede elegir, tanto mejor.

-Sí; pero Morris le rogará que se decida, y Lavinia se pondrá de su parte.

-Yo me alegro de que Lavinia no esté dé mi parte; es capaz de arruinar la mejor causa. El día que Lavinia entra en tu barca, naufraga. Pero le conviene andarse con cuidado -dijo el doctor-. No voy a consentir traiciones en mi casa.

-Sospecho que va a tener cuidado; pues, en el fondo, te tiene miedo.

-Las ojos me tienen miedo, a pesar de que soy inofensivo - repuso el doctor-. Y con eso cuento, con el saludable terror que inspiro.

14

El doctor escribió su franca carta a Mrs. Montgomery, que la contestó puntualmente, mencionando la hora en que podía presentarse en la Segunda Avenida. La viuda vivía en una primorosa casita de ladrillo rojo, que había sido pintada recientemente, dejando los bordes de los ladrillos claramente pintados de blanco. En la actualidad, esa casa, y sus compañeras, han desaparecido para dejar lugar a una fila de edificios más majestuosos. La casita teñía persianas verdes sin ranuras, sino con agujeritos, dispuestos en grupos; y delante de ella había un patio diminuto adornado con un arbusto de misterioso carácter, y rodeado de una empalizada baja, pintada del mismo color que las persianas. El edificio parecía una gran casa de muñecas, y podía haber sido sacado del estante de un bazar. El doctor Sloper, cuando fué a hacer su visita, se dijo, el mirar a los objetos enumerados, que Mrs. Montgomery era, evidentemente, una respetable y ahorrativa mujercita; las modestas proporciones de su casa parecían indicar que era de escasa estatura, qué hallaba una virtuosa satisfacción en mantenerse muy pulcra, y había resuelto que ya que no podía ser espléndida, al menos estaría inmaculada. Le recibió en un gabinetito, que era exactamente como el doctor habíase imaginado un pequeño cenador adornad con un follaje de papel de seda, con gotas de cristal entre las cuales, para continuar la analogía, la temperatura de la estación del follaje se mantenía por medio de una estufa de hierro, que lanzaba una llama azul y olía fuertemente a barniz. Los muros se hallaban embellecidos con grabados envueltos en una gasa rosa, y las mesitas, adornadas con volúmenes de poesías, generalmente encuadernados en negro, con brillantes dibujos dorados. El

doctor tuvo tiempo de fijarse en todos aquellos detalles; pues Mrs. Montgomery, cuya conducta le parecía inexcusable, en atención a las circunstancias, le tuvo esperando diez minutos. Finalmente apareció, arreglándose los pliegues de su traje de poplín, y ruborizadas de temor sus redondas mejillas.

Mrs. Montgomery era una mujer menuda, gruesa y rubia, con ojos muy claros y brillantes, y un extraordinario aire de limpieza y vivacidad. Pero todas aquellas cualidades se hallaban evidentemente combinadas con una humildad natural, y el doctor la estimó en cuanto la vio. Una valiente personita, de percepción aguda, pero que, sin embargo, desconfiaba de su talento social; tal fué el resumen mental que hizo el doctor de Mrs. Montgomery; la cual, como se vio, se hallaba muy halagada por el honor que significaba la visita del médico. Mrs. Montgomery consideraba al doctor como uno de los caballeros más distinguidos de Nueva York; y mientras fijaba en él sus agitados ojos, mientras cruzaba sobre su regazo las manos cubiertas con mitones, parecía decirse que su visitante respondía a la idea que ella se había formado de él. Se excusó por haber tardado; pero él la interrumpió:

-No importa -le dijo-, pues mientras he estado esperando he tenido tiempo de pensar cómo voy a comenzar.

-¡Hable, por favor! -murmuró Mrs. Montgomery.

-No es tan fácil -repuso el doctor, sonriendo-. Por mi carta habrá comprendido que yo deseo hacerle varias preguntas, y quizás no le sea fácil responderlas.

-Sí, ya lo he pensado; no va a ser fácil.

-Pero tiene que comprender mi situación, mi estado de espíritu. Su hermano desea casarse con mi hija, y yo deseo averiguar qué clase de hombre es. Lo más acertado, a mi juicio, es venir a preguntárselo a usted.

Mrs. Montgomery, evidentemente, tomaba muy en serio la situación: se hallaba en, un estado de extrema concentración moral. Mantenía sus lindos ojos, que estaban iluminados por una especie de brillante modestia, fijos en el rostro del doctor, y, sin duda, ponía una gran atención a sus palabras. La expresión de la mujer indicaba que consideraba un gran acierto la idea del doctor, pero que tenía miedo de expresar sus opiniones.

-Me alegro mucho de verle -dijo con un tono que parecía reconocer, al mismo tiempo, que aquello no tenía nada que ver con la pregunta.

El doctor sacó partido de aquella confesión:

-No he venido para darle un gusto; he venido a hacerle decir cosas desagradables, y a usted eso no le puede agradar. ¿Qué clase de caballero es su hermano?

La brillante mirada de Mrs. Montgomery se hizo vaga. Sonrió y estuvo un tiempo sin contestar, hasta que el doctor se impacientó. Y su respuesta, cuando se produjo, no fue satisfactoria:

-Es difícil hablar del propio hermano.

-No, cuando se le quiere, y se pueden decir de él muchas cosas buenas.

-Aun así— si de las palabras de uno dependen grandes cosas -dijo Mrs. Montgomery.

-De usted no depende nada.

-Me refiero a... -y vaciló.

-A su hermano; comprendo.

-No, a miss Sloper -dijo Mrs. Montgomery.

Al doctor le gustó aquello; tenía un acento de sinceridad.

-Exactamente; ésa es la cuestión. Si mi hija se casa con su hermano, todo lo referente a su felicidad depende de que su hermano sea un buen hombre. Catherine es la mejor criatura

del mundo, y no le causaría el menor pesar. El, por su parte, si no es lo que deseamos, puede hacerla muy desgraciada. Por eso yo deseo que usted arroje alguna luz sobre el carácter de su hermano. Claro que no está obligada a ello. Mi hija, a la cual no conoce, no representa nada para usted; y, posiblemente, yo sólo soy un viejo impertinente e indiscreto. Usted puede decirme que esta visita es de muy mal gusto, y que yo debería ocuparme de mis asuntos. Pero no creo que usted lo haga; creo que mi hija y yo vamos a. interesarle. Estoy seguro de que si usted viese a Catherine, le interesaría muchísimo. No quiero decir que porque ella sea interesante en el sentido usual de la palabra, sino porque le tendría lástima. ¡Es tan tierna, tan sencilla, se la convertiría en víctima con tanta facilidad! Un mal esposo tendría grandes facilidades para hacerla desgraciada, pues ella no tendría ni la inteligencia ni la resolución para poner de relieve lo mejor de él, y, sin embargo, tendría una exagerada capacidad de sufrimiento. Veo -añadió el doctor con su risa más insinuante, con su risa más profesional que usted está ya interesada.

-Lo estuve desde el momento que me dijo él que estaba comprometido --dijo Mrs. Montgomery.

-¡Ah, él le llama a eso un compromiso!

--Sí, él me ha dicho que a usted no le agrada.

-¿Y no le ha dicho que él no me agrada tampoco?

-Sí, también; yo repuse que no podía evitarlo -añadió mistress Montgomery. .

-- Claro que no. Pero sí puede decirme si estoy en lo cierto. -Y el doctor acompañó esta observación con otra sonrisa profesional.

Sin embargo, Mrs. Montgomery no sonrió; era evidente que no comprendía el aspecto humorístico de la apelación del médico.

-Eso es mucho pedir -dijo finalmente.

-Eso es indudable; y yo, en conciencia, debo recordarle las ventajas de que disfrutaría el joven que se casase con mi hija. Ella tiene de su madre una renta de diez mil dólares; y si se casa con un hombre de mi agrado, tendrá, entonces, cuando yo muera, dos veces más esa cantidad.

Mrs. Montgomery escuchó con atención aquella espléndida declaración financiera; no había oído nunca hablar de miles de dólares con tanta familiaridad. Enrojeció un poco de emoción.

-Su hija será inmensamente rica -dijo.

-Precisamente, eso es lo malo.

-Y si Morris se casa con ella, él... -vaciló tímidamente.

-¿El sería el dueño de todo ese dinero? Nada de eso. Sería el dueño de los diez mil dólares que Catherine tiene de su madre; pero yo dejarla toda mi fortuna, ganada en el ejercicio de mi profesión, a mis sobrinos.

Al oír aquello, Mrs. Montgomery bajó los ojos y se quedó mirando la esterilla que cubría el suelo.

-Supongo que le parecerá --erijo el doctor riendo- que, al hacer eso, le juego a su hermano una mala pasada.

-En absoluto. Es mucho dinero para conseguirlo con el matrimonio. No creo que fuera justo.

-Es justo lograr todo el dinero posible. Pero, en este caso, su hermano no podría. Si Catherine se casa sin mi consentimiento, no obtendrá de mi bolsillo un solo penique.

-¿Es eso verdad? -preguntó Mrs. Montgomery, alzando la vista.

-Tan cierto como que estoy aquí.

-¿Aunque se muera de amor? -

-Aunque se muera de amor, cosa que no considero probable.

-¿Sabe Morris eso?

-¡Tendré un gran placer en informarle! -exclamó el doctor..

Mrs. Montgomery siguió meditando; y su visitante, que venía dispuesto a conceder al asunto el tiempo necesario, se dijo si, a pesar de su aire concienzudo, ella no sería juguete de su hermano. Al mismo tiempo estaba un poco avergonzado de lo que le estaba haciendo pasar, y conmovido por la amabilidad con que lo soportaba. "Si fuese una farsanta -se dijo-, se encolerizaría, a menos que fuese profundamente profunda. Y no es probable que lo sea tanto."

-¿Y por qué le desagrada Morris de tal modo? -dijo ella al cabo de un rato.

No me desagrada como amigo, ni como compañero. Me parece un hombre encantador, y de un trato excelente. Me desagrada exclusivamente como yermo. Si el único oficio de un yerno fuese comer en la mesa paterna, yo estimaría grandemente a su hermano; es un espléndido comensal. Pero eso es una pequeña parte de su función, que consiste especialmente en cuidar y proteger a mi hija, que está especialmente mal preparada para cuidar de sí misma. En este aspecto es en el que no me satisface. Confieso, que me dejo guiar sólo por una impresión; pero tengo la costumbre de confiar en mis impresiones. Claro que usted puede muy bien contradecirme. Su hermano me parece egoísta y superficial.

Mrs. Montgomery abrió los ojos, y al doctor le pareció ver en ellos una luz de admiración.

-Me pregunto, ¿cómo habrá descubierto que Morris es egoísta? -exclamó.

-¿Usted cree que lo oculta tan bien?

-Muy bien, en efecto -dijo Mrs. Montgomery-. Y yo creo que todos somos bastante egoístas -añadió prontamente.

-Yo también lo creo; pero conozco seres que lo ocultan mejor que él. Como verá, yo tengo la costumbre de dividir a las gentes en clases y tipos. Yo podría fácilmente equivocarme respecto de su persona.

-Mi hermano es muy bien parecido -dijo Mrs. Montgomeryy. El doctor la miro, un momento.

-¡Todas las mujeres son iguales! Pero el tipo a que su hermano pertenece es la causa de vuestra ruina, y el que os hace víctimas suyas. La característica de este tipo es la decisión, a veces terrible en su intensidad, de no aceptar más que los placeres de la vida, y de conseguirlos mediante la ayuda del sexo débil. Los jóvenes que pertenecen a dicha clase no hacen nunca, para sí, algo que pueden lograr por intermedio de otros, y viven gracias al amor, a la devoción y a la superstición de los demás. Estos, pertenecen al sexo femenino en un noventa por ciento de los casos. Esos jóvenes insisten principalmente en que otros padezcan por ellos; y las mujeres, como usted sabe, hacen eso muy bien. -El doctor hizo una pausa, y luego añadió bruscamente-: ¡Usted ha sufrido mucho, por causa de su hermano!

La exclamación fue brusca, pero perfectamente calculada. El doctor había quedado un poco decepcionado al no hallar a su sólida anfitriona con huellas más visibles de los estragos causados por la inmoralidad de Morris Townsend; pero se dijo que aquello no se debía a que el joven no la hubiese herido, sino a que ella supo curarse sus heridas. Pero las heridas se hallaban detrás de la estufa barnizada, de los grabados, de su pecho, cubierto de poplín; y si él sabía dar con el punto sensible, ella haría- un movimiento que la vendería. Las palabras citadas eran una tentativa de colocar el dedo en la llaga, y la tentativa tuvo un poco del éxito

esperado. Los ojos de Mrs. Montgomery se llenaron de lágrimas, y ella se permitió un orgulloso movimiento de cabeza.

-¡No comprendo cómo ha averiguado eso! -exclamó. -Mediante una pequeña argucia filosófica, que llaman inducción. Ya sabe que tiene siempre la opción de contradecirme. Pero tenga la amabilidad de responder: ¿le da dinero a su hermano? Yo creo que debería' responder a esto.

-Sí, yo le he dado dinero -dijo Mrs. Montgomery.

-¿Y no tenía mucho que darle?

Ella quedó silenciosa un momento.

-Si lo que me pide es una confesión de pobreza, eso es muy fácil hacerlo: yo soy muy pobre.

-Uno no se lo espera, al ver su encantadora casita -dijo el doctor-. Pero mi hermana me dijo que su renta era moderada y su familia numerosa.

-Tengo cinco hijos -dijo Mrs. Montgomery-, pero me alegra poder decir que los crío decentemente.

-Sin duda, siendo abnegada y hábil. Me figuro que su hermano los ha tenido bien en consideración.

-¿En consideración?

-Quiero decir que se ha enterado bien de que son cinco. Me ha dicho que los educa.

Mrs. Montgomery se le quedó mirando un momento y luego añadió rápidamente

-¡Oh, sí, les enseña castellano! El doctor rió.

-¡Con eso le quita a usted muchas preocupaciones! ¿Su hermano sabe, claro está, que usted tiene muy poco dinero?

-Se lo he dicho muchas veces -exclamó Mrs. Montgomery con menos reserva que otras veces. Al parecer, se sentía aliviada por la clarividencia del doctor.

-Lo que significa que usted ha tenido - ocasión de decírselo y que él suele darle sablazos. Perdone la crudeza de la expresión; yo, simplemente, menciono un hecho. No le pregunto cuánto dinero le ha pedido; eso no es asunto mío. Me he enterado de lo que sospechaba. -Y el doctor se puso en pie, acariciando su sombrero-. Su hermano vive a costa suya -dijo, ya dispuesto a retirarse.

Mrs. Montgomery se levantó también, siguiendo los movimientos del doctor, como si estuviese fascinada.

-Yo no me quejo --dijo con cierta inconsecuencia.

-No tiene que hacer protestas; usted no le ha traicionado. Pero yo le aconsejo que no le dé más dinero.

-¿No ve, pues, que a mí me interesa que se case con una mujer rica? -preguntó ella-... Si como usted dice, vive a costa mía, yo he de desear librarme de él; y poner obstáculos a su matrimonio, significa aumentar mis dificultades.

-Yo deseo que usted me someta sus dificultades -dijo el doctor-. Si yo le dejo a su cargo, es natural que le ayude a soportar los gastos. Si me lo permite, pondré a su disposición una suma para el mantenimiento de su hermano.

Mrs. Montgomery se le quedó mirando; evidentemente, pensó que se chanceaba; pero luego vio que no era así, y la complicación de sus sentimientos se hizo bastante penosa.

-Creo que debía ofenderme con usted -murmuró Mrs. Montgomery.

-¿Porque le he ofrecido dinero? Eso es una superstición-dijo el doctor-. Tiene que permitirme que vuelva para hablar de estos asuntos. Me figuro que algunos de sus hijos serán niñas.

-Sí, tengo dos niñas -dijo Mrs. Montgomery.

-Bien, cuando crezcan y comiencen a pensar en casarse, ya verá usted cómo se preocupará por el carácter moral de sus futuros esposos. Entonces comprenderá bien mi visita.

-Pero no debe pensar que Morris tiene un mal carácter en lo que a moral se refiere.

El doctor se la quedó mirando, con los brazos cruzados. -Hay algo que me gustaría mucho, como satisfacción moral. Me gustaría oírla decir: "Mi hermano es muy egoísta."

Aquellas palabras pronunciadas con tono grave, parecieron crear momentáneamente una imagen material, ante los turbados ojos de Mrs. Montgomery. Ella lo comprendió durante un instante, y luego se desvió.

-¡Usted me angustia! -exclamó-. Después de todo, es mi hermano; y sus talentos... sus talentos... -Al llegar aquí se había echado a llorar.

-Sus talentos son de primera -dijo el médico-. Tenemos que hallar el campo adecuado para ellos. -Y le aseguró, con todo respeto, la pena que le había causado el haberla trastornado así-.

-Lo he hecho por mi pobre Catherine -continuó--. Tiene que conocerla y entonces verá.

Mrs. Montgomery se limpió las lágrimas, y enrojeció por haberlas derramado.

-Me gustaría mucho conocer a su hija -repuso; y luego, en un instante-: ¡No consienta que se case con él!

El doctor Sloper salió sintiendo que en sus oídos resonaban las palabras: "¡No consienta que se case con él!" Le proporcionaban la satisfacción moral de que había hablado, y las valoraba tanto más, porque evidentemente le habían costado mucho al orgullo familiar de la pobre Mrs. Montgomery.

15

El doctor estaba intrigado por el proceder de Catherine; su actitud en aquella crisis sentimental le parecía extraordinariamente pasiva. No le había vuelto a hablar, después de la escena de la biblioteca, el día anterior a su entrevista con Morris; y pasó una semana sin que se produjese ningún cambio en su actitud. En ella no había ninguna invocación a la piedad, y el doctor quedó un poco decepcionado al ver que Catherine no le daba una oportunidad de borrar su dureza pasada, con alguna manifestación de liberalidad, que operase como compensación. Estuvo pensando en ofrecerle hacer un viaje por Europa; pero decidió hacerlo únicamente en el caso en que ella pareciese hacerle mudos reproches. Creía que su hija mostraría una habilidad para los reproches mudos, y se sorprendió al no verse expuesto a aquellas baterías silenciosas. Su hija no decía nada, ni tácita ni explícitamente, y como generalmente hablaba poco, en su reserva no había una reserva especial. Y la pobre Catherine no tenía mal humor, para ello le faltaba talento histriónico; tenía, sencillamente, una gran paciencia. Estaba pensando en su situación, y lo hacía de un modo deliberado y desapasionado, con el fin de sacar el mejor partido de ella.

"Ella hará lo que yo le he dicho", se dijo el doctor; y luego hizo la reflexión de que su hija no era una mujer de gran espíritu. No sé si el doctor esperaba una mayor resistencia que le proporcionase mayor diversión; pero se dijo, como había hecho antes, que, a pesar de sus momentáneas alarmas, la paternidad no era una vocación emocionante.

Entretanto, Catherine había hecho un descubrimiento muy diferente; había descubierto que era muy emocionante el tratar de ser una buena hija. Tenía una sensación enteramente nueva, que podía describirse como un estado de expectación ante sus propios actos. Se observaba como si hubiese observado a otra persona, y se preguntaba qué haría. Era como si aquella persona, que era a la vez ella y no ella, hubiese nacido de repente, inspirándole una curiosidad natural acerca de la realización de funciones no comprobadas.

-Me alegro de tener una hija tan buena -le dijo su padre, besándola, al cabo de varios días.

--Yo trato de ser buena -repuso ella, volviéndose, con la conciencia no del todo tranquila.

-Si deseas decirme alguna cosa, ya sabes que no debes vacilar. No está obligada a guardar silencio. No me importa que Mr. Townsend se convierta en tópico corriente de nuestra conversación, y cuando tengas algo que decirme acerca de él, tendré mucho gusto en oírte.

-Gracias -repuso Catherine-. Por ahora, no tengo nada que decirte.

El doctor no le preguntó si había visto de nuevo a Morris, pues estaba seguro que si lo hubiese hecho se lo habría contado. Realmente, Catherine no le había visto; sólo le había escrito una larga carta; al menos, la carta era larga para ella; y puede añadirse que para Morris lo fué también; consistía en cinco páginas, de letra notablemente clara y linda. Catherine tenía una letra preciosa, y hasta estaba un poco orgullosa de ella: le gustaba mucho copiar, y poseía volúmenes enteros de extractos que daban testimonio de su habilidad; volúmenes que había mostrado a su amado, una vez que sintió con mayor fuerza la felicidad de ser importante para él. Catherine le dijo a Morris, por escrito, que su padre le había manifestado su deseo vehemente de que no le viese más, y ella le rogaba que no volviese a la casa hasta que ella "tomase una decisión". Morris le contestó con una epístola apasionada, en la cual le preguntaba, en nombre del Cielo, qué era lo que tenía que decidir. ¿Acaso no se había decidido ya dos semanas antes, y es que era posible que acariciase la idea de romper con él? ¿Iba a flaquear al comienzo de la prueba, después de tantas promesas de fidelidad? Y le hacía una relación de la entrevista con su padre -relación no del todo de acuerdo con la dada en estas páginas-. "Estuvo muy violento --- escribe Morris—, pero ya conoces el dominio que tengo de mí. Tengo qué echar mano de todo él, cuando recuerdo que dispongo de él, para terminar con tu cruel cautividad." En respuesta a esto, Catherine le envió una nota de tres. líneas: "Estoy en una situación difícil; no dudes de mi cariño, pero déjame tiempo para pensar." La idea de una lucha con su padre, de oponer su voluntad a la de él, le oprimía el alma, y le hacía guardar silencio, como un gran peso nos mantiene inmóviles. En su espíritu no había entrado la idea de terminar. con su amado; pero quería asegurarse de que había algún medio pacífico de solucionar la dificultad. La seguridad era vaga, pues no contenía ningún elemento de convicción positiva de que su padre mudase de opinión. Sólo tenía la idea de que si ella era buena, la situación mejoraría, de modo misterioso. Para ser buena, tenía que ser paciente, exteriormente sumisa, evitar hacer algún juicio duro contra su padre, y 'no cometer ningún acto de franco desafío. Después de todo, él tenía razón, quiz4g, para pensar* así; para ello Catherine no necesitaba creer que el juicio del, doctor acerca de los motivos de Morris para casarse con ella era justo, sino que era natural que los padres concienzudas fuesen recelosos e incluso injustos. Probablemente, en el mundo había, personas

tan malas como su padre sospechaba que era Morris, y si hubiese la menor probabilidad de que Morris fuese uno de aquellos siniestros seres, el doctor tenía razón en tomarlo en cuenta. El no podía saber lo que sabía ella, que en los ojos del joven se leía el amor más puro; pero, con el tiempo, el Cielo proporcionaría algún medio de que se enterase. Catherine confiaba mucho en el Cielo, y esperaba que la ayuda divina la sacase de aquel dilema. Ella no se creía capaz de comunicarle tal conocimiento a su padre; incluso en sus errores e injusticias había algo superior. Pero, al menos; ella podía ser buena, y si era buena, el Cielo hallaría algún medio de reconciliar todo aquello: la dignidad de los errores de su padre, y la dulzura de su propia confianza, el estricto cumplimiento de sus deberes filiales, y el disfrute del afecto de Morris Townsend.

A Catherine le habría agradado considerar a Mrs. Penniman como un agente que la iluminase, papel que la dama estaba en muy malas condiciones de representar. Mrs. Penniman hallaba demasiada satisfacción en las sombras sentimentales de aquel pequeño drama para tener, por el momento, gran interés en disiparlas. Deseaba que la trama se complicase, y los consejos que daba a su sobrina tendían, en su imaginación, a producir tal resultado. Sus consejos eran contradictorios, y de un día a otro se contradecían; pero en todos ellos había el vehemente deseo de que Catherine hiciese algo extraordinario. "Tienes que actuar, querida; en tu situación, la gran cosa es actuar" --dijo Mrs. Penniman, hallando a su sobrina muy por debajo de sus oportunidades. La esperanza de Mrs. Penniman era que la joven hiciese un matrimonio secreto, en el cual ella oficiase de dama de-honor o dueña. Se imaginaba la ceremonia realizada en alguna capilla subterránea; en Nueva York no eran frecuentes las capillas subterráneas, pero la imaginación de Mrs. Penniman no se enfriaba por...tan poca cosa; y la pareja culpable =1e gustaba llamar así a Catherine y a su cortejo- era conducida en un rápido vehículo a algún oscuro edificio de las afueras, dónde ella les haría, cubierta con un espeso velo, visitas clandestinas; donde sufrirían un período de romántica privación; y cuando, últimamente, después que ella hubiera sido su providencia terrenal, su intercesor, su abogado y su medio de comunicación con el mundo, se reconciliarían con su hermano en un artístico cuadro, en el cual ella sería la figura principal. Vacilaba aún en recomendar tal medida a Catherine, pero intentó hacer una atractiva pintura de ella a Morris Townsend. Se mantenía en comunicación diaria con el joven; al cual informaba por carta del estado de los asuntos en Washington Square. Como, según ella, le habían desterrado de la casa, no lo veía ya; pero terminó escribiéndole que deseaba entrevistarse con él. La entrevista sólo pedía tener lugar en terreno neutral, y Mrs. Peuniman estuvo meditando mucho antes de elegir el sitio. Le hubiese gustado que fuese el Ce menterio de Greenwood, pero desechó la idea, por hallarse aquel lugar demasiado lejos; no podía estar ausente mucho tiempo, se dijo, sin atraer sospechas. Luego pensó en la Battery, pero allí hacía demasiado frío y demasiado viento, y se hallaba uno expuesto a la intrusión de los emigrantes irlandeses que desembarcaban, con grandes apetitos, en aquel punto; al fin, se decidió por un establecimiento donde vendían ostras, situado en la Séptima Avenida y servido por un negro, establecimiento que sólo conocía de pasada. Hizo la cita con Morris, para encontrarse allí con él, y al anochecer se dirigió allí, cubierta con un velo impenetrable. Ella le estuvo aguardando media hora; tenía que atravesar media ciudad, pero a ella le agradó la espera, que hacía aún más intensa la situación. Pidió una taza de té, que resultó excesivamente malo, pero aquello le dio la sensación de sufrir por una causa romántica. Cuando Morris llegó, finalmente, se sentaron juntos en el rincón más oscuro del salón de atrás, durante media hora; y no es exagerado decir que aquella media hora fué la más feliz que había tenido mistress Penniman desde hacía muchos años. La situación era realmente emocionante, y apenas se fijó en que su -compañero daba una nota falsa pidiendo un estofado de ostras y consumiéndolo delante de ella. Morris necesitaba la

satisfacción que las ostras podían producirle, pues podemos decir al lector que consideraba a Mrs. Penniman, únicamente, como un instrumento. El joven se hallaba en el estado de irritación propio del caballero que se ha visto desdeñado al dirigirse a una joven de características inferiores, y la insinuante simpatía de aquella matrona seca no le ofrecía ningún alivio práctico.

La consideraba una farsanta, y Morris juzgaba - a los farsantes con gran cantidad de desconfianza. La había escuchado y había tratado de hacerse agradable a ella en un principio, con el fin de introducirse en Washington Square; pero entonces necesitaba de todo su dominio de sí, para mantenerse cortés. Le habría gustado decirle que era una vieja fantástica, y después meterla en un ómnibus y enviarla a su casa. Sin embargo, sabemos que Morris poseía la virtud de saber dominarse y que, además tenía la costumbre de querer hacerse agradable; por lo tanto, aunque el porte de Mrs. Penniman sólo exasperaba sus nervios, ya irritados, la escuchó con una sombría deferencia, que a ella le pareció admirable.

16

Inmediatamente hablaron, claro está, dé Catherine.

-¿Me ha enviado un mensaje, o algo? -preguntó Morris. Daba la impresión de esperar que le enviase una chuchería o un mechón de cabello.

Mrs. Penniman se turbó un poco, pues no había hablado a su sobrina de aquella expedición.

-Exactamente un mensaje, no -dijo-. Yo tuve miedo de pedírselo, podía excitarse.

-Yo no la considero muy excitable. -Y Morris sonrió con amargura.

-Es mejor que eso, es constante y sincera.

-¿Entonces cree que resistirá?

-¡Hasta la muerte!

-¡Oh, espero que no llegaremos a tanto! -dijo Morris.

-Debemos ponernos en lo peor, y para eso he venido a hablarle.

-¿Qué llama lo peor?

-La naturaleza dura e intelectual de mi hermano -dijo Mrs. Penniman.

-¡Demonios!

-Mi hermano es insensible a la piedad -añadió Mrs. Penniman por vía de explicación.

-¿Quiere decir que no se avendrá?

-No podremos vencerle mediante la discusión. Lo tengo bien estudiado. Sólo se le puede vencer por un hecho consumado.

-¿Hecho consumado?

-Entonces cederá -dijo Mrs. Penniman, con acento significativo-. A mi hermano sólo le importan los hechos, y hay que oponerse a él con hechos.

-Bien -repuso Morris-, es un hecho mi deseo de casarme con su hija. Yo se lo hice saber el otro día, pero él no se dejó vencer.

Mrs. Penniman quedó silenciosa un momento, y su sonrisa bajo la sombra de su gran capote, al borde del cual llevaba un velo negro dispuesto a modo de cortina, se fijó en el rostro de Morris, con mayor brillantez afín.

_ ¡Cásese primero con Catherine, y luego vaya a hablar con mi hermano! --exclamó.

-¿Me recomienda eso? -preguntó el joven, frunciendo el entrecejo. '

Ella estaba un poco asustada, pero prosiguió audazmente:

-Yo veo así el problema: un matrimonio secreto, un matrimonio secreto -repetía la frase porque-le gustaba.

-¿Quiere decir que yo debo escaparme con Catherine? ¿Que debo raptarla?

-No es ningún crimen, cuando uno se ve impulsado a ello - dijo Mrs. Penniman-. Mi esposo, como le he dicho ya, era un sacerdote distinguido, uno de los hombres más elocuentes de esa época. Una vez casó a una joven pareja que había huido de la casa del padre de la novia; mi esposo se interesó por la historia: No vaciló en casarlos y todo salió a pedir de boca. El padre de ella se conformó al fin y tuvo una gran idea del joven. Mr. Penniman los casó a las siete de la tarde. La iglesia se hallaba tan oscura que apenas se veía, y Mr. Penniman estaba muy agitado; simpatizaba con la pareja. Yo creo que no hubiera podido hacer aquello otra vez.

-Desgraciadamente, ni Catherine ni yo tenemos un Mr. Penniman que nos case -dijo Morris.

-¡No, pero me tienen a mí! -repuso Mrs. Penniman expresivamente-. ¡Yo no puedo realizar la, ceremonia, pero puedo ayudarles; puedo vigilar! ..

"¡Esta mujer es una. idiota!", pensó Morris, pero tuvo que decir algo muy diferente. Sin embargo, no fue del todo amable. -¿Ha sido para decirme eso para lo que me citó aquí? Mrs. Penniman se daba cuenta de que su misión era un poco vaga, y que no podía ofrecerle ninguna compensación tangible del largo paseo.

-Creí que usted tendría interés en ver a una persona que vive con Catherine _-observó con considerable majestad, y además, añadió-: que aprovecharía esta oportunidad para enviarle algo. .

Morris Townsend extendió las manos vacías con una sonrisa melancólica.

-Le estoy muy agradecido, pero no tengo nada que enviar.

-¿Ni siquiera una palabra? -le preguntó su compañera, con sugestiva sonrisa.

Morris volvió a fruncir el ceño.

--Dígale que se mantenga firme -dijo con cierta sequedad.

-Esa es una buena frase, una frase noble: le hará feliz durante muchos días. Catherine es muy tierna, muy valiente -prosiguió Mrs. Penniman, arreglándose el abrigo y disponiéndose a partir. Mientras hacía aquello, tuvo una inspiración: halló la frase, que consideraba como justificación del paso que había dado. -Si se casa con Catherine a toda costa -dijo-, dará a mi hermanó una prueba de que no es lo que él se figura.

-¿Y qué se figura?

--¿No lo sabe usted? -preguntó Mrs. Penniman.

-No tengo por qué saberlo -dijo Morris con nobleza.

-Ya sé que lo encolerizará.

-Yo desprecio eso -declaró él.

-¡Ah, entonces lo sabe! -dijo Mrs. Penniman, agitando el dedo-. Mi hermano se figura que usted quiere el dinero. Morris vaciló un instante, y luego dijo:

-Ya lo creo que quiero el dinero.

-Ah, no; pero él no piensa eso. ¿Usted no quiere el dinero más que a Catherine, verdad?

El apoyó los codos en la mesa, y ocultó el rostro entre las manos.

-Usted me tortura -murmuró. Y, ciertamente, aquél era el efecto del inoportuno interés que la dama se tomaba por el asueto. Pero ella insistió:

-Si se casa con ella, en contra de la voluntad de su padre, él dará por sentado que usted no espera nada de él, que está dispuesto a pasarse sin ello; y así, verá que no es un interesado. Morris levantó la cabeza.

. -¿Y qué ganaré con ello?

-Que mi hermano verá que estaba equivocado al creer que usted venía por el dinero.

-¿Y entonces se lo dejará a un hospital? ¿Es eso lo que quiere decir? -preguntó Morris.

-No, no quiero decir eso; aunque eso sería muy hermoso añadió prontamente Mrs. Penniman-. Quiero decir, que al ver que había sido injusto con usted, querría darle una compensación.

Morris movió la cabeza, aunque debemos confesar que la idea le había impresionado un poco.

-¿Le cree usted tan sentimental?

-No, no es sentimental -dijo Mrs. Penniman-, pero, para ser justa con él, diré que tiene, en su estrecho criterio, un cierto sentido del deber.

Morris examinó brevemente aquella contingencia, y la descartó por absurda.

-Su hermano no tiene ningún deber para conmigo -dijo al cabo de un momento--. Ni yo para con él.

-Sí, pero aun así, mi hermano tiene deberes para con Catherine.

Mrs. Penimann se levantó, lanzando un suspiro, como para dar a entender que consideraba a Morris falto de imaginación.

-Sí, pero en ese caso, Catherine también los tiene para con él.

-Catherine siempre ha cumplido con sus deberes; ¿y ahora cree que no los tiene para con usted?

-Sonaría mal que yo lo dijese. Le estoy muy agradecido por su amor -añadió Morris.

-Le contaré a usted lo que me ha dicho. Y ahora recuerde que si me necesita, me tiene a su disposición allí. -Y Mrs. Penniman, a quien no se le ocurría otra cosa, hizo con la cabeza un movimiento en dirección a Washington Square.

Morris contempló durante unos momentos la arena que cubría el suelo del establecimiento; parecía dispuesto a quedarse allí un poco más.

-¿Cree usted que si Catherine se casa conmigo, su padre la desheredará? -preguntó, alzando la vista y con cierta brusquedad. Mrs. Penniman se le quedó mirando, sonriente.

-Ya le he explicado lo que sucederá, y, a fin de cuentas, será lo mejor.

-¿Quiere decir que, ocurra lo que ocurra, Catherine recibirá el dinero?

-Eso no depende de ella, sino de usted. Trate de aparecer tan desinteresado como es realmente -dijo Mrs. Penniman. Morris volvió a mirar al suelo, y ella prosiguió-: Mr. Penniman y yo no teníamos nada, y fuimos muy felices. Catherine tiene la fortuna de su madre, que, en la época en que se casó mi cuñada, se consideraba muy apetecible.

-¡Oh, no hable de eso! -dijo Morris; y realmente era superfluo, pues él había mirado el asunto desde todos los puntos de vista.

-Austin se casó con una mujer rica, ¿por, qué no ha de hacerlo usted?

-¡Ah, pero su hermano era médico! --objetó Morris.

-Bien, todos los jóvenes no pueden ser médicos.

-Yo consideré esa profesión muy desagradable -dijo Morris con un gran aire de independencia intelectual; y, al cabo de un momento, dijo con cierta inconsecuencia-: ¿Cree usted que hay un testamento a favor de Catherine?

-Creo que sí... incluso los médicos mueren; y quizás hay un poco también en mi testamento -añadió francamente mistress Penniman.

-¿Y cree que lo alterará en lo que respecta a. Catherine?

-Sí, para rectificarlo luego.

-Ah, pero uno no puede contar con eso -dijo Morris.

-¿Es que desea contar con eso? -preguntó Mrs. Penniman. Morris enrojeció un poco.

-No quisiera que, por mi causa, Catherine sufriera ninguna pérdida.

-No tenga miedo. No tema nada y todo saldrá perfectamente.

Y entonces, Mrs. Penniman pagó su taza de té. Morris sus ostras, y juntos salieron al mal iluminado desierto de la Séptima Avenida. Había anochecido ya, y los faroles se hallaban separados grandemente por un pavimento en el cual los huecos y las hendiduras tenían un papel desproporcionado. Un ómnibus, adornado con extraños dibujos, pasó balanceándose sobre el empedrado dislocado.

-¿Cómo va a ir a su casa? --preguntó Morris, contemplando el vehículo con aire de interés. Mrs. Penniman se había colgado de su brazo.

Ella vaciló un momento.

-Yo creo que así vamos bien -dijo, dejándole sentir el valor de su apoyo.

Por lo tanto, Morris atravesó con ella las tortuosas calles, y dejando atrás las calles populosas del centro, llegaron al silencio de Washington Square. Se detuvieron un momento al pie de la escalera de mármol del doctor Sloper, al fin de la cual una puerta blanca con una brillante placa, le pareció a Morris el portal de la felicidad; y luego, el compañero de Mrs. Penniman lanzó una mirada melancólica a una ventana iluminada que había en el piso superior.

-¡Amigo mío, ésa es mi habitación! -observó Mrs. Penniman.

Morris se estremeció.

-Entonces, no había necesitado venir hasta aquí para contemplarla.

-Eso, como quiera. Pero la habitación de Catherine está detrás. Son dos ventanas del segundo piso. Desde la otra salida se ven.

-Yo no quiero verlas -dijo Morris, volviéndose de espaldas a la casa.

-De todas maneras, yo le diré que ha estado aquí -dijo Mrs. Penniman, señalando al lugar donde había estado-, y le daré su mensaje de que se mantenga firme.

-Sí, claro; pero ya sabe que yo le escribo todas esas cosas.

-Cuando se dicen de palabra, parecen tener mayor significado.

Y recuerde que si me necesita, me tiene allí -y Mrs. Pennima lanzó una mirada a la ventana de su cuarto.

Después se separaron, y Morris, al quedar solo, contempló la casa un momento; luego se volvió y recorrió la plaza, pegado a la empalizada. En seguida regresó y se detuvo un momento frente a la residencia del doctor Sloper. Sus ojos la recorrieron; su mirada llegó a detenerse en las ventanas del cuarto de Mrs. Penniman. A su entender, aquella casa era endiabladamente cómoda.

17

Mrs. Penniman le dijo a Catherine aquella noche -ambas damas se hallaban sentadas en el salón de atrás- que había tenido una entrevista con Morris Townsend; y al recibir la noticia,

la muchacha sintió pena. Durante un momento se, encolerizó; era, quizás, la primera vez que se encolerizaba. Le parecía que su tía era muy entrometida; y tuvo el vago recelo de que lo echase todo a perder.

.-No comprendo por qué has ido a verle. No creo que esté bien -dijo Catherine.

-Sentía lástima de él; creía que alguien debía verle.

-Nadie más que yo -dijo Catherine, pensando que aquel era el discurso más presuntuoso de toda su vida, y, sin embargo, sintiendo que tenía algún derecho a pronunciarlo.

-Pero tú no podías, querida -repuso su tía-. Y yo no sabía lo que podía ocurrirle.

-Yo no le he visto, porque mi padre me lo ha prohibido - dijo Catherine con sencillez.

Pero aquella sencillez irritó a Mrs. Penniman.

-¡Supongo que si tu padre te prohíbe que duermas, te vas a quedar en vela! -comentó.

Catherine se la quedó mirando.

-No te comprendo. Te encuentro muy rara.

-¡Bien, querida, algún día me comprenderás! -Y Mrs. Penniman, que leía el periódico de la noche, al que examinaba de cabo a rabo, prosiguió tal operación. Se envolvió en silencio; estaba decidida a que Catherine le preguntase algo acerca de su entrevista con Morris. Pero Catherine estaba tan silenciosa, que su tía perdió la paciencia; y estaba a punto de decir a la muchacha que no tenía corazón, cuando la muchacha habló finalmente.

-¿Qué te dijo? -preguntó.

-Me dijo que estaba dispuesto a casarse contigo, a pesar de todo.

Catherine no respondió, y Mrs. Penniman perdió de nuevo la paciencia; debido a esto, dijo finalmente que Morris estaba muy guapo, pero extraordinariamente demacrado.

-¿Parecía triste? -preguntó su sobrina.

-Tenía unas ojeras muy negras -dijo Mrs. Penniman-. Estaba muy distinto de la primera vez que le vi; aunque si le hubiese visto así, la primera vez, me habría llamado más la atención. Incluso en su desgracia tiene brillantez.

Para Catherine aquello era una viva pintura que, a pesar de todo, no podía menos de contemplar.

-¿Dónde le viste? -preguntó al poco rato.

-En Bowery, en una confitería -dijo Mrs. Penniman, creyendo que debía fingir un poco.

-¿Dónde está eso? -volvió a preguntar Catherine, al cabo de una pausa.

-¿Quieres ir allí, querida? -dijo su tía.

-¡Oh, no! -Y Catherine se puso en pie, y acercándose a la chimenea, se dedicó a contemplar los carbones encendidos.

-¿Por qué eres tan seca, Catherine? -dijo, al fin, Mrs. Penniman.

-¿Tan seca?

-Tan fría, tan poco impresionable. La muchacha se volvió rápidamente.

-¿Dijo eso él?

Mrs. Penniman vaciló un instante.

-Te diré lo que él me dijo. Dijo que él sólo temía una cosa: que tú tuvieses miedo.

-¿Miedo de qué?

-De tu padre.

Catherine miró de nuevo el fuego, y al cabo de un instante dijo:

-Yo tengo miedo de mi padre.

Mrs. Penniman se levantó de su asiento y se acercó a su sobrina.

-¿Entonces piensas renunciar a Morris?

Catherine permaneció inmóvil un momento, con los ojos fijos en las brasas. Por fin, levantó la cabeza y miró a su tía.

-¿Por qué me persigues así?

-No te persigo. ¿Te he hablado antes alguna vez?

-Creo que me has hablado varias veces.

-Entonces, mucho me temo que sea necesario, Catherine - dijo solemnemente Mrs. Penniman--... Siento que no te des cuenta de la importancia -hizo una pausa; Catherine la miraba-, de la importancia de no decepcionar a ese joven y generoso corazón.

Y Mrs. Penniman volvió a ocupar su asiento junto a la lámpara y se puso a leer el periódico.

Catherine contin6 junto al fuego, con las manos a la espalda, mirando a su tía, que no había visto jamás aquella fijeza en la mirada de la muchacha.

-Creo que no me conoces ni me comprendes -dijo Catherine.

-Si es así, no me extraña; te confías tan poco en mí. Catherine no trató de negar aquello, y durante algún tiempo reinó el silencio. Pero Mrs. Penniman estaba inquieta, y el periódico de la noche no consiguió encadenar su imaginación.

-Si sucumbes al miedo de la cólera de tu padre -dijo-, no sé lo que va a ser de nosotras.

-¿Te dijo él que me dijeses esas cosas?

-Me dijo que emplease mi influencia.

-Estás equivocada -dijo Catherine-. Morris confía en mí.

-¡Espero que él nunca se arrepienta de ello! -Y Mrs. Penniman dio un brusco golpecito en el periódico. No sabía qué hacer con su sobrina, que, de repente, se había puesto severa y contradictoria.

Al poco tiempo, aquella tendencia por, parte de Catherine se hizo aún más aparente.

-No debes citarte más con Morris Townsend -dijo-. No me parece bien.

Mrs. Penniman se puso en pie con gran majestad.

-Mi pobre niña, ¿estás celosa de mí? -preguntó.

-¡Tía Lavinia! -exclamó Catherine, enrojeciendo.

-No creo que seas tú la que debe decirme lo que está bien.

Catherine no hizo concesiones en aquel punto.

-El engañar no puede estar bien.

-¡Yo no te he engañado a ti!

-Sí, pero yo le he prometido a mi padre...

-No dudo de que tú le hayas prometido a tu padre; pero yo no le he prometido nada.

Catherine reconoció aquello, y lo hizo silenciosamente.

-No creo que le guste a Mr. Townsend -dijo al fin. -¿El citarse conmigo?

-En secreto.

-No era en secreto; el local estaba lleno de gente.

-Pero en un sitio alejado, en Bowery.'

Mrs. Penniman vaciló un poco.

-A los caballeros les gustan esas cosas -observó al poco rato-. Yo conozco bien a los hombres.

-Si mi padre lo supiese, no le gustaría.

-¿Piensas informarle de ello?

-No, tía Lavinia. Pero, por favor, no vuelvas a hacerlo.

-¿Si lo hago de nuevo, se lo contarás, es eso lo que quieres decir? Yo no comparto tu miedo; siempre he sabido defender mi posición. Pero no pienso dar un nuevo paso en favor tuyo; eres muy ingrata. Ya sabía yo que no tenías un temperamento espontáneo, pero te creía firme, y así se lo dije a tu padre. Estoy decepcionada, pero tu padre, no. -Y con estas palabras, Mrs. Penniman se despidió secamente de su sobrina y se retiró a su habitación.

18

Catherine quedó sola, sentada junto a la chimenea del salón. Estuvo sentada allí una hora, perdida en sus meditaciones. Su tía le había parecido necia y agresiva; y el verbo con tanta claridad, el juzgar a Mrs. Penniman tan positivamente, le hacía sentirse vieja y grave. No le molestaba que la acusasen de debilidad; no le hacían impresión, pues no tenía sensación de debilidad, ni la hería el que no la apreciasen. Sentía un inmenso respeto por su padre, y le parecía que el causarle algún pesar era semejante a la profanación de un gran templo; pero su propósito había madurado lentamente, y creía que sus oraciones le habían purificado de su violencia. Se hizo de noche, y la lámpara se fué consumiendo sin que ella lo advirtiese; tenía fijos los ojos en su terrible plan.

Sabía que su padre se hallaba en su despacho, que había estado allí toda la tarde; de vez en cuando, esperaba oírle moverse. Pensaba que quizás vendría al salón, como hacía en ocasiones. Finalmente, el reloj dio las once, y la casa quedó envuelta en el silencio; los criados se habían acostado. Catherine se puso en pie y lentamente se dirigió a la puerta de la biblioteca, ante cuyo umbral se detuvo un momento. Luego llamó y esperó de nuevo. Su padre le había contestado, pero ella no tuvo el valor de hacer girar el pestillo. Lo que le había dicho su tía era verdad: tenía miedo de su padre; y al decir que no tenía sensación de debilidad, quería significar que no tenía miedo de sí misma. Catherine oyó que su padre se movía y venía directamente a abrir la puerta.

-¿Qué pasa? -preguntó el doctor-. ¿Qué haces ahí de pie, como un fantasma?

Ella entró en la habitación, pero pasó largo tiempo antes de lograse exponer el motivo de su visita. Su padre, en bata y zapatillas, se hallaba escribiendo ante su mesa, y después de mirarla unos instantes, aguardando a que hablase, volvió a sus papeles. Se hallaba vuelto de espaldas a Catherine, y ella oía el rasgueo de la pluma. La joven permaneció junto a la puerta, con el corazón latiéndole violentamente, y se alegraba de que...su padre estuviese -de espaldas, pues le era más fácil dirigirse a aquella parte de su persona que al rostro. Al final, comenzó, con los ojos fijos en él, mientras hablaba:

-Me dijiste que te alegrarías de escucharme, si tenía que hablarte algo acerca de Mr. Towensend.

-Exacto, querida -dijo el doctor sin volverse, pero dejando de escribir.

Catherine hubiese querido que continuase, pero ella fué quien lo hizo.

-Quería decirte que no le he visto de nuevo, pero que me gustaría verle.

-¿Para decirle adiós? -preguntó el doctor. La muchacha vaciló un momento.

-No se marcha de viaje.

El doctor hizo girar su silla, con una sonrisa que parecía acusar de un epigrama a Catherine; pero los extremos se tocan, y Catherine no había pretendido aquello.

-¿No es para decirle adiós? -repitió él.

-No, papá; al menos, no para siempre. No le he vuelto a ver, pero me gustaría verle.

El doctor se rascó lentamente el labio con la pluma.

-¿Le has escrito?

-Sí, cuatro veces.

-Entonces, no le has despedido. Con una carta hubiera bastado para eso.

-No -dijo Catherine-. Le he pedido que aguarde.

Su padre siguió mirándola, y ella sintió miedo de ver nacer la cólera en aquellos ojos hermosos y fríos.

-Eres una hija fiel -dijo lentamente el doctor-. Ven con tu padre. -Y se levantó, extendiendo los brazos hacia ella. Aquellas palabras fueron una sorpresa que le proporcionó exquisita alegría. Se acercó a su padre, y él la abrazó tiernamente y la besó. Luego dijo:

-¿Quieres hacerme muy feliz?

-Querría, pero mucho me temo no poder -repuso Catherine.

-Si quieres, podrás. Todo depende de tu voluntad.

-¿Quieres que renuncie a él? -dijo Catherine.

-Sí, eso quiero.

El doctor la tenía entre sus brazos, con la misma ternura, fijando sus ojos en los de su hija. Hubo un largo silencio; Catherine deseaba que él la hubiese, soltado.

-Papá, tú eres más feliz que yo -dijo al fin.

-No dudo que ahora seas desdichada. Pero es mejor ser desdichada tres meses, y reponerse luego, que serlo durante muchos años y no reponerse nunca.

-Sí, si así fuese -dijo Catherine.

-Sería así, estoy seguro de ello. -Ella no respondió nada, y él prosiguió-: ¿No tienes fe en mi juicio, en mi ternura, en mi interés por tu porvenir?

-¡Papá! -murmuró la muchacha.

-¿No crees que yo ¯conozco a los hombres, sus vicios, sus locuras, sus falsedades?

Ella se desprendió de sus brazos y se volvió hacia él:

-Morris no es vicioso ni falso.

Su padre la siguió mirando con sus ojos claros y sagaces.

-¿Entonces tú no fías en mi juicio?

-¡No puedo creer eso!

-No te pregunto que lo creas, sino que confíes en mí. Catherine se hallaba muy lejos de confesarse que aquello era un ingenioso sofisma; pero, de todas maneras, hizo frente a la llamada con igual valor.

-¿Qué ha hecho Morris, que tú sepas?

-Nunca ha hecho nada; es un holgazán egoísta.

-¡No le insultes! -rogó ella.

-No pienso insultarlo; eso sería una gran equivocación. Puedes hacer lo que quieras -añadió, desviándose.

-¿Puedo verlo de nuevo?

-¡Como tú quieras!

-¿Me perdonarás?

-De ninguna manera. -So1o será una vez.

-No sé lo que quieres decir con eso.

-Tienes que renunciar a él o continuar las relaciones.

-Quiero explicarle, pedirle que espere.

-¿Esperar el qué?

-Que tú le conozcas mejor, que tú consientas.

-No le digas esa estupidez. Le conozco lo bastante y no consentiré nunca.

-Pero podemos esperar mucho tiempo -dijo Catherine en un tono humildísimo, pero que a su padre le produjo el efecto de una falta de tacto.

-Claro que podéis esperar a que yo muera -repuso el doctor con calma.

Catherine lanzó un grito de horror.

-Tu compromiso ejerce un maravilloso efecto sobre ti; te hace esperar impaciente ese acontecimiento.

Catherine se le quedó mirando, y el doctor gozó del efecto producido. Catherine pensó que aquello era un axioma lógico que no estaba en su poder contradecir; y aunque era una verdad científica, no se sentía capaz de aceptarla.

-Si eso fuese cierto, preferiría no casarme -dijo.

-Entonces, dame una prueba de ello; pues es indudable que comprometiéndote con Morris Townsend esperas mi muerte. Ella se apart6, sintiéndose enferma y vacilante; y el doctor continuó

-Y si tú aguardas mi muerte con impaciencia, considera el interés que tendrá él.

Catherine se volvió; las palabras de su padre tenían tal autoridad para ella, que hasta sus mismos pensamientos eran capaces de obedecerle. Había una espantosa fealdad en aquello que parecía mirarla, a través del medio de su débil corazón. Sin embargo, tuvo una inspiración:

-Si yo no me caso antes de tu muerte, no me casaré después -dijo.

Hay que decir que a su padre le pareció aquello otro epigrama; y como la obstinación en las mentes inferiores no suele elegir tal modo de expresión, quedó más sorprendido ante aquel desordenado juego de una idea fija.

-Eso es una impertinencia, ¿verdad? -preguntó; pero inmediatamente se dio cuenta de lo torpe de su pregunta.

-¿Impertinencia? ¡Oh, papá, qué cosas más horribles dices!

-Si no esperas mi muerte, podéis casaros en seguida; no hay nada más que esperar.

Catherine quedó silenciosa un momento; al fin, dijo:

-Yo creo que Morris puede persuadirte, poco a poco.

-No pienso darle ocasión de que me hable de nuevo. Me desagrada demasiado.

Catherine exhaló un largo suspiro; trató de ahogarlo, pues había decidido que no debía hacer exhibición de sus desgracias ni tratar de influir sobre su padre con la ayuda de su natural emoción. En realidad le parecía mal, tomándolo por falta de consideración, el tratar de influir sobre los sentimientos de su padre; ella debía tratar de provocar un cambio suave y gradual en la percepción intelectual del doctor respecto del carácter del pobre Morris. Pero por el presente, el medio de efectuar aquel cambio se hallaba envuelto en el misterio, y se sentía indefensa y desesperada. Había agotado todos los argumentos, todas las réplicas. Su padre podía haberla compadecido, y realmente lo hacía; pero se hallaba convencido de su razón.

-Cuando veas de nuevo a Mr. Townsend, puedes decirle que si te casas sin mi permiso, no te dejaré ni un penique. Eso le interesará más que todo lo que tú puedas decirle.

-Me parece bien -repuso Catherine- En tal caso, yo no debería obtener ningún dinero tuyo.

-Mi querida niña -dijo el doctor riendo-, tu sencillez es conmovedora. Hazle esa observación, y con esa cara, a mister Townsend, y toma nota de su respuesta. No va a ser cortés; va a expresar irritación; y yo me alegraré de ello, ya que probará que tengo razón; a menos que, cosa perfectamente posible, que le quieras más por ser rudo contigo.

-El no va a ser nunca rudo conmigo -dijo Catherine con suavidad.

-Dile lo que yo he dicho, de todos modos.

La muchacha miró a su padre y sus ojos se llenaron de lágrimas.

-Entonces debo verlo -murmuró Catherine tímidamente.

-Como tú quieras -repitió su padre con la mano en el pestillo-. Ya te he dicho lo que pienso. Si le ves, serás una hija mala e ingrata; darás a tu anciano padre el mayor disgusto de su vida.

Aquello era más de lo que la pobre muchacha podía soportar; sus ojos se llenaron de lágrimas y avanzó hacia su severo padre, lanzando un grito lastimero. Catherine había extendido las manos en señal de súplica, pero el doctor rechazó su apelación. En lugar de dejarla llorar su dolor sobre el hombro de él, la tomó del brazo y la hizo salir, cerrando la puerta detrás de ella. Después de aquello, permaneció escuchando. Durante un largo tiempo no hubo ningún ruido; él sabía muy bien que Catherine estaba de pie, al otro lado de la puerta. Como ya he dicho, le tenía lástima, pero se hallaba convencido de que él tenía razón. Por fin la oyó alejarse, y luego los pasos de su hija hicieron crujir débilmente las escaleras.

El doctor dio varias vueltas en torno de su despacho, con las manos metidas en los bolsillos; en sus ojos brillaba una chispa que podía ser de irritación, pero también de diversión. "¡Cielo santo -se dijo-, ya lo creo que resistirá!" Y la idea de que Catherine resistiese, tenía al parecer un lado cómico, y ofrecía posibilidades de distracción. El doctor decidió, según se dijo, llevarla hasta el fin.

19

Por razones relacionadas con aquella decisión, al día siguiente tuvo una conversación privada con Mrs. Penniman. La llamó a la biblioteca, y allí le informó que esperaba que en el asunto de Catherine, pusiera bien los puntos sobre las íes.

-No sé lo que quieres decir con esa expresión -díjole su hermana-. Hablas como si yo estuviese aprendiendo el alfabeto.

-El alfabeto del sentido común, que es algo que nunca vas a aprender -repuso el doctor.

-¿Me has llamado para insultarme? -preguntó Mrs. Penniman,

-Nada de eso. Simplemente quería avisarte. Tú has tomado bajo tu protección al joven Townsend; eso es asunto tuyo. Yo no tengo nada que ver con tus sentimientos, tus fantasías, tus afectos y tus ilusiones; lo que te ruego es que te guardes todo eso para ti. Yo ya le explicado mi punto de vista a Catherine; ella me ha entendido bien, y todo lo que haga para animar a Mr. Townsend será contradiciendo en absoluto mis deseos. Y todo lo que tú hagas para ayudarle a consolarla será, permíteme la expresión, una decidida traición. Y ya sabes que la alta traición es un delito máximo: cuida bien de no incurrir en él.

Mrs. Penniman echó atrás la cabeza y abrió los ojos, sorprendida.

-Me parece que hablas como un gran autócrata.

-Hablo cómo el padre de mi hija.

-Pero no como el hermano de su hermana -exclamó Lavinia.

-Mi querida Lavinia -dijo el doctor-, a veces me pregunto si seremos hermanos; somos tan extraordinariamente distintos. Sin embargo, a pesar de estas diferencias creo, que en alguna oportunidad, podemos entendernos; y ahora eso es lo esencial. Anda muy derecha en lo relativo a Mr. Townsend; eso es todo lo que te pido. Es muy probable que hayas mantenido correspondencia con él durante las tres últimas semanas, incluso que le hayas visto. Yo no te lo pregunto, no necesito decirlo. -El doctor tenía la convicción moral de que su hermana le contaría una mentira que le desagradaba escuchar-. Deja de hacer lo que has estado haciendo; eso es todo lo que deseo.

-¿Y también deseas matar a tu hija? -preguntó Mrs. Penniman.

-Al contrario, yo deseo que viva y sea feliz.

-La, matarás; ha posado una noche horrorosa.

-No se morirá por pasar una mala noche; ni una docena de malas noches. Recuerda que yo soy un médico distinguido.

Mrs. Penniman vaciló un instante y luego se arriesgó a replicar

-El que seas un médico distinguido no te ha impedido el perder a dos miembros de tu familia.

Se había arriesgado, pero su hermano le lanzó una mirada terrible, incisiva como una lanceta de un cirujano, que la dejó helada de espanto. Y el doctor le contestó con palabras que estaban de acuerdo con la mirada.

-Tampoco me importa perder la sociedad del otro miembro aún.

Mrs. Penniman se retiró con aire de mérito despreciado. Y entró en el cuarto de Catherine. Ella sabía lo de la terrible noche, pues las dos se habían reunido, la noche anterior, después que Catherine se hubo separado de su padre. Mrs. Penníman se hallaba en el descansillo del segundo piso, cuando su sobrina subió la escalera; no es de extrañar que una persona tan sutil hubiese adivinado que Catherine había estado encerrada con su padre. Menos asombroso afín es que sintiese curiosidad de saber el resultado de la entrevista, y que dicho sentimiento, combinado con su gran amabilidad y generosidad, le hiciese lamentar las palabras amargas cambiadas entre ella y su sobrina. En cuanto la desdichada joven apareció en el oscuro pasillo, le hizo una viva demostración de simpatía. Catherine se hallaba igualmente deseosa de olvidar lo ocurrido; sólo vio que su tía la estrechaba en sus brazos. Mrs. Penniman llevó a la joven a su cuarto, y allí estuvieron reunidas hasta la madrugada, la joven con la cabeza apoyada en el regazo de la tía, primero sollozando silenciosamente y luego completamente inmóvil. Mrs. Penniman se alegraba de que aquella escena suprimiera virtualmente la prohibición de Catherine, de que tuviese nuevas comunicaciones con Mr. Townsend. Sin embargo, no se alegró cuando al volver al cuarto de su sobrina, antes de desayunar, vio que Cathrerine se había levantado y se preparaba para bajar.

-No debes ir a desayunarte -le dijo-. No estás bien, después de esa terrible noche.

-Sí, estoy bien y sólo temo llegar tarde.

-¡No te entiendo! -exclamó Mrs. Penniman-. Deberías quedarte tres días en cama.

-No, no podría -dijo Catherine, para quien la idea no ofrecía atractivos.

Mrs. Penniman quedó desesperada; y advirtió, con enojo, que las huellas del llanto de la noche anterior habían desaparecido de los ojos de Catherine. Esta presentaba un semblante irreprochable.

-¿Qué efecto esperas causar sobre tu padre -le preguntó su tía- si bajas, como si nada te hubiese ocurrido?

-A mi padre no le agradaría que me quedase en la cama - dijo Catherine sencillamente.

-Tanto mayor motivo para quedarte en ella. ¿Cómo vas a conmoverle?

Catherine meditó un momento.

-No lo sé; pero de ese modo no. Quiero estar como siempre.

Terminó de vestirse, y bajó, según la expresión de su tía, como si nada le hubiese ocurrido. En realidad era demasiado modesta para un sentimentalismo consecuente Y sin embargo, era completamente cierto que había pasado una noche horrible. Incluso después que se hubo ido Mrs. Penniman, no logró conciliar el sueño; permaneció mirando la desconsoladora oscuridad, con los ojos y los oídos llenos del movimiento con que su padre la había echado de la habitación y las palabras con que le había dicho que era una hija ingrata. El corazón se le partía. Había momentos en que pensaba que su padre tenía razón y que al hacer lo que hacía era una hija mala. Era mala, pero no podía evitarlo. Trataría de parecer buena, aunque tuviera pervertido el corazón; y de vez en cuando creía, que podría conseguir algo mediante ingeniosas concesiones a la forma, aunque siguiese queriendo a Morris. Los proyectos de Catherine eran indefinidos, y no debemos descubrir su debilidad. El mejor de todos, quizás, se mostraba en aquella frescura que enfurecía á Mrs. Penniman, asombrada ante la ausencia de demacración en una joven que se había pasado la noche temblando por la maldición paterna. La pobre Catherine también se daba cuenta de su frescura; aquello le hacía pensar en el porvenir de un modo que aumentaba sus preocupaciones. Le parecía una prueba de su fortaleza, de que viviría muchos años, quizás más de lo conveniente; y aquella idea le abrumaba, pues al. parecer le daba una pretensión más, en el momento en que cualquier pretensión se oponía a su buen proceder. Aquel día escribió a Morris Townsend pidiéndole que viniera a verla al día siguiente, usando muy pocas palabras y no dando explicaciones. Quería decírselo todo, personalmente.

20

Al día siguiente, por la tarde, Catherine oyó la voz de Morris en la puerta, y sus pasos en el hall. Le recibió en el gran salón delantero dando instrucciones al criado de que si alguien venía, dijese que estaba muy ocupada. No temía que su padre entrase, pues a aquellas horas estaba fuera. Al ver a Morris de pie ante ella, lo primero que advirtió fué que era aún mejor de lo que ella le recordaba; luego, que él la estrechaba entre sus brazos. Al verse libre de ellos, Catherine creyó que se había lanzado al camino del desafío, y que, por un instante, estaba casada con Morris.

El le dijo que había sido muy cruel y le había hecho muy desgraciado; y Catherine comprendió la crueldad de su destino, que le hacía causar dolor a personas tan diferentes. Pero deseaba que en lugar de haberle hecho reproches, por tiernos que fueran, le prestase ayuda; él seguramente sabría encontrar algún modo de salir de aquella situación. Catherine expresó aquella creencia, y Morris la halló natural; pero la interrogó -cosa natural también- antes de indicarle camino alguno.

-No debías haberme hecho esperar tanto —le dijo-. No sé cómo he podido vivir; las horas me parecían años. Debías haberte decidido antes.

-¿Decidido? -preguntó Catherine.

-Sí, entre tomarme o dejarme.

-¡Oh, Morris! -exclamó Catherine en un tierno murmullo-. Yo no he pensado nunca en dejarte.

-¿Entonces, qué esperas? -el joven era ardientemente 1ógico.

-Pensé que mi padre podría... podría... -Y ella vaciló.

-¿Ver lo desgraciada que eras?

-¡Oh, no! Mirar el asunto de modo diferente.

-¿Y me has llamado para decirme que ha sucedido eso? Aquel hipotético optimismo le produjo a la joven una congoja.

-No, Morris, sigue pensando igual -dijo solemnemente.

-¿Entonces para qué me has llamado?

--Porque tenía deseos de verte -exclamó Catherine.

-Esa es sin duda una excelente razón. ¿Pero sólo querías verme? ¿No tienes nada que decirme?

Los ojos bellos y persuasivos de Morris, estaban fijos en Catherine y ella se preguntó si habría respuesta comparable a aquella mirada. Durante un instante sus ojos se encontraron con los de Morris, y dijo:

-Porque tenía grandes deseos de verte. -Y después de aquella inconsecuencia, ocultó el rostro.

Morris¯ la contempló atentamente.

-¿Quieres casarte conmigo, mañana? -preguntó de pronto.

-¿Mañana?

-La semana que viene, entonces... o dentro de un mes.

-¿No es mejor esperar? -dijo Catherine.

-¿Esperar el qué?

Ella no lo sabía, pero ese tremendo paso la alarmaba.

-Hasta que lo hayamos pensado mejor.

El movió la cabeza tristemente.

-Yo creía que lo habías estado pensando estas tres semanas. ¿Quieres meditar cinco años acerca del asunto? Has tenido más tiempo del suficiente. Tú no eres sincera -añadió al cabo de un momento.

Catherine enrojeció y sus ojos se llenaron de lágrimas.

-¿Cómo puedes pensar eso? -murmuró.

-Entonces tienes que tomarme o dejarme -dijo Morris razonablemente-. No puedes complacer a tu padre y a mí; tienes que elegir entre ambos.

-Ya te he elegido a ti -dijo ella apasionadamente. Ella se le quedó mirando.

-¡Entonces cásate conmigo la semana que viene! -le dijo él, decididamente.

-¿No hay ninguna otra manera?

-Ninguna que yo sepa para llegar al mismo resultado. Si existe, me gustaría mucho saberlo.

-A Catherine no se le ocurría nada, y la clarividencia de Morris le parecía despiadada. Lo único que ella pensaba era que al fin su padre se aviniera; y con el sentimiento de su propia incapacidad, expresó su deseo de que sucediese aquel milagro.

-¿Lo crees posible? -preguntó Morris.

-Lo sería, si él te conociera.

-Puede hacerlo, si quiere. Nadie sé lo prohíbe.

-Sí, sus ideas, sus razones -dijo Catherine-. Son tan terriblemente fuertes. -Y tembló al recordarlas.

-¡Fuertes! -exclamó Morris-. Yo creí que tú ibas a considerarlas débiles.

-En mi padre no hay nada débil -dijo la muchacha.

Morris se apartó de ella y acercándose a la chimenea se puso a mirar la calle.

-Tienes miedo de tu padre -observo finalmente.

Ella no sintió deseo de negarlo, porque aquello no la avergonzaba; pues, si no era un honor para ella, el menos era un honor para él.

-Sí, creo que es así -dijo sencillamente

-Entonces tú no me amas, al menos como te amo yo. Si temes a tu padre, más de lo que me amas a mí, tu amor no es lo que yo esperaba.

-¡Amigo mío! --dijo Catherine acercándose a él.

-¿Temo algo yo? -le preguntó él, volviéndose-. ¿Qué no estoy dispuesto a afrontar por causa tuya?

-¡Tú eres muy noble... muy valiente! -dijo ella, deteniéndose a una distancia, casi respetuosa.

-¡De poco me sirve, si tú eres tan tímida!

-Yo no creo que lo soy... realmente -dijo Catherine.

-No sé lo que quieres decir realmente. Es lo bastante para que seamos desdichados.

-Yo tendré la fuerza suficiente para aguardar, para aguardar mucho tiempo.

-Me figuro que para entonces tu padre me odiará más aún. -No importa...

-¿Quiere decir que le va a conmover mi fidelidad? Si se conmueve tan fácilmente, ¿por qué tienes miedo de él?

Aquello era muy acertado, y Catherine quedó impresionada.

-Trataré de no asustarme -dijo. Y quedó allí en pie, sumisa, imagen de una esposa responsable y obediente. Aquella imagen no podía por menos que atraer a Morris, que continuó dándole pruebas de la alta estima en que la tenía. Y al expresarle aquel sentimiento, mencionó que Mrs. Penniman le había recomendado una misión inmediata, sin cuidarse de las consecuencias.

-Sí, a mi tía le gustaría eso -dijo sencillamente Catherine, y, sinceramente, con cierta sagacidad. Sin embargo, posiblemente con toda sencillez y por motivos completamente libres de sarcasmo, pasó a darle el mensaje de su padre. Para ella era un asunto de conciencia el dar tal mensaje, y si su misión hubiese sido diez veces más penosa, la habría cumplido con igual escrupulosidad-. Mi padre me encargó que te dijese directamente de su parte, que si me caso sin su consentimiento no heredaré un solo penique de su fortuna. Hizo gran hincapié en ello. Parecía pensar... parecía pensar...

Morris enrojeció, como cualquier, joven de espíritu habría enrojecido ante la imputación de una bajeza.

-¿Qué piensa?

-Que eso producirá una diferencia.

-La producirá... en muchas cosas. Seremos mucho más pobres; y eso es una gran diferencia. Pero, en mi afecto, no producirá ninguna.

-No necesitaremos ese dinero --dijo Catherine-, pues tú sabes ya que yo tengo una buena cantidad.

-Sí, ya sé que tienes algo. Y que él no puede tocar esa cantidad.

-No, nunca -dijo Catherine-. Mi madre me lo legó. Morris quedó silencioso algún tiempo.

-¿Tu padre fué muy positivo respecto de eso? -preguntó al fin-. ¿Creyó que ese mensaje me iba a enojar terriblemente y a hacerme arrojar la máscara?

-No lo sé -dijo Catherine tristemente.

-¡Por favor, dile que a mí su mensaje me importa tanto como esto! -Y Morris hizo sonar sus dedos.

-No creo que pueda decirle eso.

-A veces, me decepcionas -dijo Morris.

-No me extraña. Yo decepciono a todos: a mi padre y a la tía Penniman.

-Bien, a mí no me importa, porque té quiero más que ellos.

-Sí, Morris -dijo la joven con la imaginación arrebatada por aquella dichosa verdad, que, después de todo, no tenía que envidiar a ninguna.

-¿Tú crees que él no se apartará nunca de la idea, de la idea de desheredarte, que tu bondad y paciencia no vencerán su crueldad?

-Lo malo es que si yo me caso contigo, él pensará que no soy buena. Que eso es una prueba de ello.

-¡Ah, entonces nunca te perdonará!

Aquella idea, secamente expresada por los hermosos labios de Morris, resucitó los temores de la pobre muchacha.

-¡Oh, tienes que amarme mucho! -exclamó Catherine.

-De eso no hay duda, querida-repuso su amado-. No te gusta la palabra desheredada -añadió al cabo de un momento.

-No es por el dinero; es porque él piense así de mí -le contestó ella.

-¿Te parece una especie de maldición, verdad? -dijo Morris-. Tiene que ser muy triste. ¿Pero no crees -continuó luego que si tú tratas de ingeniártelas puedes, al final convencerle? ¿No crees -prosiguió en tono de especulación- que, en tu lugar, una mujer realmente inteligente lograría convencerle? ¿No crees...? Aquí Morris se interrumpió bruscamente; aquellas ingeniosas preguntas no habían llegado a oídos de Catherine. La terrible palabra, desheredada, con su imponente reprobación moral, seguía sonando en sus oídos y ganando mayor fuerza cada vez. El frío mortal de la situación hirió profundamente su corazón infantil, y se sintió abrumada por un sentimiento de soledad y peligro. Pero su refugio estaba allí, junto a ella, y Catherine extendió las manos para asirlo fuertemente.

-¡Ah, Morris! -dijo estremeciéndose-. ¡Me casaré contigo en cuanto quieras! -y, entregándose, dejó caer la cabeza sobre el hombro del joven.

-¡Amada mía! -exclamó él, mirándola. Y luego alzó los ojos y miró en torno suyo vagamente, con los labios entreabiertos y las cejas levantadas.

21

El doctor Sloper, muy pronto comunicó su convicción a Mrs. Almond en los mismos términos con que se la había anunciado a sí mismo.

-¡Va a resistir, ya lo creo que resistirá!

-¿Quieres decir que va a casarse con él? -le preguntó mistress Almond.

-Eso no lo sé; pero no piensa ceder. Piensa prolongar su compromiso, con la esperanza de que yo ceda.

-¿Y no vas a ceder?

-¿Cede una proposición geométrica? No soy tan superficial.

-¿Acaso la geometría no trata de superficies? -preguntó sonriendo Mrs. Almond, que, como sabemos, era inteligente.

-Sí, pero trata de ellas con profundidad. Catherine y su joven son mis superficies; yo les he tomado la medida.

-Hablas como si te hubiera sorprendido.

-Es inmensa; hay gran cantidad que observar.

-¡Tienes una escandalosa sangre fría! -dijo Mrs. Almond.

-La necesito, con tanta sangre ardiente en tomo mío. Pero Townsend es fresco de veras; tengo que concedérselo.

-No puedo juzgarle -dijo Mrs. Almond-, pero en Catherine no me sorprende.

-Yo confieso que lo estoy un poco; ella tiene que sentirse tan desgarrada...

-Di que te divierte. No sé que tiene de chistoso el que tu hija te adore.

-A mí lo que me interesa es el punto donde termina la adoración.

-Termina donde nace el otro sentimiento.

-Nada de eso. Así sería demasiado simple. Ambas cosas están muy mezcladas, y la mezcla es extraordinariamente rara., Va a producir un tercer elemento, que es lo que yo estoy aguardando a ver. Espero con emoción, con interés positivo; y es una clase de emoción que no creía que Catherine iba a proporcionarme. Realmente, le estoy muy agradecido.

-Catherine no cederá, estoy segura -dijo Mrs. Almond.

-Sí, ya te dije que resistiría.

-No ceder es más bonito. Eso es lo que hacen esas naturalezas sencillas, y nadie más sencilla que Catherine. No percibe muchas impresiones; pero cuando recibe una, la conserva. Es como una marmita de cobre que recibe un golpe; se la puede pulir, pero el golpe no se borra.

-Pues trataremos de pulir a Catherine -dijo el doctor-. ¡Me la llevaré a Europa!

-No le olvidará en Europa.

-Entonces, la olvidará él. Mrs. Almond se puso grave.

-¿Te gustaría eso?

-Muchísimo -dijo el doctor.

Entretanto, Mrs. Penniman no había perdido tiempo en ponerse en contacto con Morris Townsend. Le rogó que le concediese una nueva entrevista, pero no eligió como lugar de ella donde habían estado anteriormente. Le propuso que se reuniese con ella un domingo, a la puerta de determinada iglesia, después del servicio de la tarde; y tuvo buen cuidado de no ir al templo que visitaba generalmente, donde, según dijo, la espiaría toda la congregación: Eligió una iglesia menos elegante, y al salir de ella a la hora fijada, vio al joven parado aparte de los demás. Ella no hizo ninguna señal de reconocimiento hasta que cruzó la calle y él la siguió a cierta distancia. Entonces ella sonrió.

-Perdone mi aparente falta de cordialidad -dijo-. Sabe muy bien lo que pensar de ella. La prudencia ante todo. -Y cuando él le preguntó qué dirección debían tomar, murmuró-: Donde nos observen menos.

Morris no estaba de muy buen humor, y su respuesta no fue del todo galante.

-No creo que nos observen mucho en ninguna parte. -Luego se dirigió audazmente al centro de la ciudad-. Espero que haya venido a decirme que cede -continuó.

-Me temo mucho no ser heraldo de buenas noticias; y, sin embargo, soy, hasta cierto punto, un mensajero de paz. He estado pensando mucho, Mr. Townsend -dijo Mrs. Penniman.

-Usted piensa demasiado.

-Creo que sí, pero no puedo evitarlo; tengo una mente muy activa. Cuando me entrego, me entrego realmente. Pago mi culpa con mis jaquecas, mis famosas jaquecas: un círculo doloroso. Pero yo lo llevo como una reina su corona. ¿Creería usted que ahora tengo una? Sin embargo, no habría faltado por nada del mundo a la cita. Tengo que decirle algo muy importante.

-Oigámoslo -dijo Morris.

-El otro día fui, quizás, un poco precipitada al aconsejarle que se case inmediatamente. He estado meditando acerca del asunto, y ahora lo veo de manera distinta.

-Al parecer, usted tiene muchos modos de ver un mismo objeto.

-¡Un número infinito! -dijo Mrs. Penniman con un tono que parecía indicar que aquella facultad era uno de sus más bellos atributos.

-Yo le recomiendo adoptar un punto de vista y seguirlo fielmente -replicó Morris.

-

-¡Ah, pero no es tan fácil elegir! Mi imaginación no está nunca en paz, nunca satisfecha. Me hace una mala consejera quizá, pero también una amiga estupenda.

-¡Una buena amiga que da malos consejos! -dijo Morris.

-Intencionadamente, no, y que se apresura a presentar las: excusas más humildes.

-Bien, ¿y entonces, qué me aconseja ahora? -Tener paciencia; vigilar y esperar.

-¿Y ése es un consejo malo o bueno?

-Eso no puedo decirlo yo -repuso Mrs. Penniman con cierta dignidad-. Yo sólo afirmo que soy sincera.

-¿Y va a venir a verme la próxima semana para recomendarme algo diferente e igualmente sincero?

-La semana que viene, puedo venir a decirle que estoy en la calle.

-¿En la calle?

-He tenido una terrible escena con mi hermano, que me ha amenazado, si algo sucede, con arrojarme de su casa. Usted ya sabe que soy una mujer pobre.

Morris creyó que ella tenía una pequeña fortuna; pero, naturalmente, no insistió acerca de ello.

-Sentiría mucho que sufriera el martirio por mí -dijo-. Pero de ese modo usted pinta muy mal a su hermano.

Ella vaciló.

-Desde luego, no considero a Austin como una persona muy cristiana.

-¿Entonces, Mrs. Penniman, debo aguardar a que le hayan convertido?

-De todos modos, espere a que esté menos violento. Tenga calma, Mr. Townsend; recuerde que el premio es grande.

Morris anduvo largo rato en silencio, golpeando las verjas con su bastón.

-Indudablemente, usted tiene una gran falta de consecuencia -dijo al fin-. Yo he logrado ya que Catherine consienta en casarse secretamente.

Mrs. Penniman era inconsecuente en realidad, pues al oír aquello tuvo una sacudida de alegría.

-¿Cuándo y dónde? -exclamó.-Y luego se detuvo en seco. Morris pareció tener una idea un poco vaga acerca de aquello.

-No se ha fijado aún; pero ella consiente. Ahora resulta muy difícil retroceder.

Como he dicho, Mrs. Penniman se había detenido en seco; y con los ojos muy brillantes miraba a su compañero.

-Mr. Townsend -prosiguió-, ¿quiere que le diga una cosa? Catherine le ama tanto, que puede hacer usted lo que quiera. Aquella declaración era un poco ambigua, y Morris abrió los ojos.

-Me alegro mucho en saberlo. ¿Qué quiere decir con "lo que quiera"?

-Que puede posponer la boda, que puede cambiar de opinión; ella no va a pensar por eso mal de usted.

Morris permaneció inmóvil, con las cejas levantadas; luego dijo simplemente y con cierta sequedad:

-¡Ah! -Y después le dijo a Mrs. Penniman que si andaba tan despacio iba a llamar la atención, y de este modo logró llevarla rápidamente al domicilio cuya tenencia se había hecho tan insegura.

22

Morris no había estado del todo en lo cierto cuando dijo que Catherine había consentido en dar aquel paso decisivo. Dejamos a la joven en el momento en que declaraba que quemaría todas sus naves; pero Morris, después de haber arrancado tal declaración, se dio cuenta de la existencia de buenas razones para no tomarla en cuenta. Evitó, con bastante gracia, el fijar día, aunque bajo la impresión de que ya lo tenía pensado. Catherine tendría sus dificultades, pero las de su circunspecto -pretendiente eran también considerables. Su premio era grande en verdad; pero sólo podía conseguirlo mediante algún procedimiento libre por igual de prudencia y precipitación. Habría que dar un paso arriesgado y ponerse en manos de la Providencia; la Providencia siempre protegía a los seres inteligentes, y éstos se distinguían por su resistencia a arriesgar el pellejo.

El premio de la unión con una mujer que era a la vez fea y pobre, debía estar relacionado con inmediatas desventajas, por medio de alguna. cadena palpable. Entre el miedo de perder a Catherine y su posible fortuna, y el miedo de tomarla demasiado pronto, y hallar qué su fortuna estaba tan carente de realidad como una serie de botellas vacías, Morris se sentía vacilar, hecho que deberían tener en cuenta- los lectores, dispuestos a juzgar con dureza a un joven que, al parecer, hacía un indiferente uso de sus buenas dotes naturales. Morris no había olvidado que, en todo caso, Catherine disponía de diez mil dólares anuales; había dedicado a aquella circunstancia gran parte de sus meditaciones. Pero el joven se valoraba en mucho, y se consideraba muy superior a la suma mencionada. Pero al mismo tiempo se recordaba que aquélla era una suma considerable, que todo es relativo, y que si una modesta renta es menos deseable que una renta grande, la completa ausencia de rentas no constituye una ventaja.

Aquellas reflexiones le tuvieron muy preocupado y le obligaron a recoger velas. La oposición del doctor Sloper era la incógnita del problema que tenía que resolver. El modo natural de resolverlo era casarse con Catherine; pero en matemáticas hay muchos métodos de abreviar, y Morris no perdía las esperanzas de dar con uno de ellos. Cuando Catherine le creyó y consintió en renunciar a la tentativa de convencer a su padre, Morris retrocedió hábilmente, como ya he dicho, y dejó sin fijar el día de la boda. Catherine tenía tal fe en su sinceridad, que no sospechó que estaba jugando con ella; sus problemas eran de otra clase. La pobre *muchacha* poseía un admirable sentido del honor, y desde el momento que había decidido no tener en cuenta los deseos de su padre, le parecía que no tenía derecho a disfrutar de su protección. Creía que sólo debía vivir bajo su techo mientras estuviese sometida a su voluntad. Aquélla era una posición gloriosa, pero Catherine pensaba que había perdido sus derechos a ella. Había unido su suerte con la del joven que su padre le había prohibido, rompiendo de este modo el contrato mediante el cual él le había proporcionado un hogar feliz. Desde el momento en que no podía renunciar al joven, debía rehusar a su hogar; y cuanto más pronto el objeto de su preferencia le ofreciese otro, más pronto se normalizaría la situación en que ella se hallaba. Aquello era pura lógica; pero se hallaba mezclada con una cantidad infinita de penitencia meramente instintiva. Por entonces, los días de Catherine eran tristes, y el peso, de algunas de sus horas, insoportables. Su padre no la miraba ni le hablaba nunca. El doctor sabía perfectamente lo que hacía, y aquello formaba parte de un plan. Su hija le miraba todo lo que se atrevía -pues tenía miedo de ofrecerse como objeto de las observaciones de su padre- y le compadecía por el dolor que ella le había causado. Mantenía la cabeza alta y las manos ocupadas, y continuaba sus quehaceres diarios; y cuando el estado de cosas en Washington Square le resultaba intolerable, cerraba los ojos y se consolaba con la visión intelectual del hombre por cuya causa había roto una ley sagrada.

De las tres personas de Washington Square, Mrs. Penniman era la que más tenía el aspecto propio de las grandes crisis. Si Catherine estaba silenciosa, ella lo estaba más aún, y sus efectos patéticas, en los que nadie se fijaba, eran completamente naturales. Si el doctor estaba frío, seco y absolutamente indiferente a la presencia de sus compañeras, lo hacía tan discretamente que había que conocerle muy bien para darse cuenta de que le divertía ponerse tan desagradable. Pero Mrs. Penniman estaba completamente resignada, y significativamente silenciosa; sus calculados movimientos tenían un rumor muy trivial, lo hacía con el aire de querer decir algo más profundo. Entre Catherine y su padre no había pasado nada desde la noche en que ella fue a hablarle a su despacho. Ella tenía algo que decirle, creía que era su deber, pero se contenía por miedo de irritarle. El doctor también tenía que decirle algo a ella; pero había decidido no ser él quien hablase primero. Tenía interés, como sabemos, en ver el modo en que Catherine "resistía". Por fin, su hija le dijo que había visto de nuevo a Morris Townsend y que sus relaciones seguían siendo las mismas.

-Creo que nos casaremos dentro de poco. Y entretanto, probablemente, le veré con frecuencia: una vez por semana, nada más.

El doctor la miró fríamente de pies a cabeza, como si fuese una extraña. Era la primera vez, en una semana, que sus ojos se posaban en ella, lo cual era una suerte si había de hacerlo con aquella expresión.

-¿Por qué no tres veces por día? -preguntó-. ¿Qué te impide verle todo lo que quieras?

Ella se volvió un momento; tenía los ojos llenos de lágrimas. Luego dijo:

-Es mejor una vez por semana.

-No veo por qué es mejor. Es todo, lo malo posible. Si piensas que me interesan esas pequeñas modificaciones, te equivocas grandemente. Tan malo es que lo veas una vez por

semana como el que lo veas todo el día. Claro que nada de eso es asunto mío. Catherine trató de seguir aquellas palabras, pero parecían encerrar un vago horror ante el cual ella retrocedía.

-Creo que nos casaremos pronto -repitió, por fin.

Su padre le lanzó de nuevo aquella mirada aterradora, como si ella fuese otra persona.

-¿Por qué me dices eso? No es asunto mío.

-¡Papá! -exclamó ella-, ¿de veras no te importa, aunque lo tomes así?

-No me importa nada. Desde el momento que te casas, me da igual cuándo y cómo; y si crees que con esas cosas me contentas, puedes ahorrarte el trabajo.

Con estas palabras se alejó. Pero al día siguiente le habló espontáneamente, y su actitud había cambiado un poco.

-¿Vas a casarte dentro de cuatro o cinco semanas? -le preguntó.

-No lo sé, papá -repuso Catherine-. No es fácil para nosotros decidirnos.

-Entonces, aplaza tu boda seis meses, y entretanto te llevaré a Europa. Me gustaría mucho llevarte.

Después de las palabras del día anterior, a Catherine le dio tanta alegría que a él le "gustase" que ella hiciese algo, y que conservase aún alguna ternura en su corazón, que lanzó una pequeña exclamación de gozo. Pero luego se dio cuenta de que Morris no estaba incluido en la proposición y de que a ella le gustaría más quedarse a su lado. Pero enrojeció y dijo, pensando que la idea no era original y que su tono dejaba mucho que desear.

-Me encantaría ir a Europa.

--Bien, entonces iremos. Haz tu equipaje.

-Tengo que hablar antes con Mr. Townsend --dijo Catherine. Su padre fijó en ella sus fríos ojos.

--Si quieres decir que tienes que pedirle permiso, sólo me resta el esperar que te lo dé.

La muchacha quedó conmovida por el sonido patético de aquellas palabras; era el discurso más calculado y dramático que el doctor había pronunciado. Catherine comprendió que, dadas las circunstancias, aquella era una oportunidad que se le presentaba de demostrar respeto hacia su padre; pero, a la vez; sentía otra cosa, y al poco tiempo la expresó

-A veces pienso que si hago una cosa que tanto te desagrada, no debía vivir a tu lado.

-¿Vivir a mi lado?

-Sí, si vivo contigo, debo obedecerte.

-Si esa es tu teoría, es la mía también -dijo el doctor, riendo secamente.

-Pero si no te obedezco, no debo vivir contigo, ni disfrutar de tu bondad y protección.

Aquel argumento, sorprendente dio al doctor la brusca impresión de haber subestimado a su hija, le parecía superior a una mujer que hasta entonces sólo había demostrado una obstinación pacífica. Pero le desagradó profundamente, y así se lo dio a entender:

-Es una idea de muy mal gusto. ¿Te la ha prestado míster Townsend?

-No; es mía -dijo Catherine con vehemencia.

-Entonces, guárdatela -repuso su padre, más decidido que nunca a llevársela a Europa.

23

Si Morris Townsend no iba a ser incluido en el viaje, tampoco lo fue Mrs. Penniman, a quien le hubiera gustado mucho la invitación, pero quien -para hacerle justicia- soportó su decepción con gran señorío.

-Me hubiera encantado ver las obras de Rafael, y las ruinas del Panteón -le dijo a Mrs. Almond-, pero, por otra parte, me alegro de estar sola y en paz durante varios meses en Washington Square. Necesito descansar; he sufrido tanto en los últimos cuatro meses. ..

Mrs. Almond consideró que era una crueldad de su hermano no llevar de viaje a la pobre Lavinia, pero comprendió perfectamente que si el fin de la expedición era que Catherine olvidase a su amado, el doctor no debía llevar con su hija, a la mejor amiga del joven. "Si Lavinia no hubiese sido tan tonta, habría podido ver las ruinas del Panteón", se dijo; y continuó lamentando la locura de su hermana, aunque le aseguró que había oído hablar mucho de las ruinas en cuestión, satisfactoriamente descritas por Mr. Penniman. Mrs. Penniman se hallaba convencida de que el motivo de su hermano para realizar el viaje, era tender una trampa a la fidelidad de Catherine; y, francamente, comunicó a su sobrina aquella convicción.

-Tu padre espera que olvides a Morris -le dijo (ahora siempre llamaba "Morris" al joven)-; piensa: "ojos que no ven, corazón que no siente". Cree que todas las cosas que vas a ver te van a borrar su imagen.

Catherine pareció grandemente alarmada.

-Si piensa eso, yo debería hablarle de antemano. Mrs. Penniman movió la cabeza.

-Díselo después, querida, cuando se haya tomado el trabajo y realizado todo el gasto. Eso es lo que él se merece.

Y añadió, ya más endulzada, que sería maravilloso pensar en las personas amadas entre las ruinas del Panteón.

El disgusto de su padre había costado, como ya sabemos, gran pesar a la muchacha, pesar del más puro y generoso, sin el menor atisbo de rencor ni resentimiento; pero, por primera vez, después que el doctor desechó tan secamente sus excusas por ser una carga para él, en la pena de la muchacha hubo un chispazo de cólera. Había sentido el desdén de su padre y ello le había quemado; las palabras acerca de su mal gusto le calentaron los oídos durante tres días. Durante aquel periodo, fue menos considerada; tenía una idea, una idea vaga, pero de acuerdo con su sentido de la ofensa; creía que ahora quedaba absuelta de culpa y podía obrar a su antojo. Escribió a Morris diciéndole que la esperase en la plaza para dar un paseo por la ciudad. Ya que se iba a Europa por el respeto que sentía hacia su padre, bien podía darse antes aquella satisfacción. Entonces se sentía más libre y resuelta; había una fuerza que la impulsaba- Por fin, su pasión la poseía totalmente.

Morris se reunió con ella al fin, y juntos dieron un largo paseo. Ella le dijo inmediatamente lo que había sucedido; que su padre deseaba llevársela a Europa, durante unos seis meses; ella haría lo que Morris estimase mejor. Interiormente esperaba que él estimase que lo mejor era quedarse. Pas6 algún tiempo antes de que el joven expresase su opinión; mientras caminaban, le hizo una serie de preguntas. Una de ellas le chocó especialmente, por su incongruencia

-¿Te gustaría ver todas las maravillas que hay allí? --le preguntó Morris.

-¡Oh, no, Morris! -dijo Catherine en tono de disculpa. "¡Cielo santo, qué mujer más tonta!", pensó Morris .Townsend. .

-Mi padre espera que yo te olvide -dijo. Catherine-, que todas esas cosas te aparten de mi mente.

-Y quizás sea así, querida.

-Por favor, no digas eso -repuso Catherine mientras andaban-. Mi padre va a sufrir una decepción.

Morris rió.

-Sí, yo espero que se decepcione. Pero tú habrás visto Europa -añadió humorísticamente-. ¡Qué chasco!

-A mí no me interesa ver Europa -dijo Catherine con cierta convicción.

-'Pues debía interesarte, querida; y quizá tu padre se ablande allí. .

Catherine, consciente de su obstinación, no esperaba aquello, y no podía librarse de la idea de que yendo al extranjero y permaneciendo fiel a Morris, le jugaba a su padre una mala pasada. -¿No te parece que eso sería un engaño? -preguntó ella.

-¿No quería él engañarte? --exclamó Morris-. Le está bien empleado. Yo creo que debes ir.

-¿Y retrasar tanto nuestro matrimonio?

-Nos casaremos cuando vuelvas. Puedes comprar el trousseau en París.

Y luego Morris, con un tono muy amable, explicó su punto de vista. A Catherine le convenía el viaje; así, los dos quedaban muy bien. Demostrarían que eran razonables y sabían aguardar.

Estando tan seguros el uno, del otro, podían esperar. ¿Qué podían temer? Aquélla era una nueva oportunidad de que el doctor mudase de opinión pues, después de todo, Morris se resistía ante la idea de verla desheredada. No lo hacía por él, sino por ella y por sus hijos. El estaba dispuesto a aguardar; le costaría trabajo, pero lo haría. Y en Europa, entre tantas cosas bellas y tantos notables monumentos, quizás el anciano se conmoviese; las obras de arte tenían una influencia humanizadora. El doctor podía conmoverse mediante la paciencia de Catherine, y su buena voluntad para hacer cualquier cosa que le complaciese; si ella supiese hablarle en algún lugar famoso -en Italia, una noche; en Venecia, en una góndola iluminada por la luna-, si ella era lista y sabía tocarle la cuerda sensible, quizás su padre le abriese los brazos y le dijese que le perdonaba. Catherine quedó muy sorprendida por aquella concepción del asunto, que consideró digna del brillante intelecto de su amado, a pesar de que miraba con recelo que gran parte de ella dependía de su poder de persuasión. La idea de "ser lista" en una góndola le parecía muy superior a su capacidad. Pero quedó resuelto entre ellos que Catherine le diría a su padre que estaba dispuesta a seguirle a donde él quisiera, haciendo la reserva mental de que amaba a Morris más que nunca.

Ella le informó al doctor que estaba pronta a embarcarse, y él hizo rápidamente todos los preparativos ˙del viaje. Catherine tenía que despedirse de mucha gente, pero a nosotros sólo nos interesan dos de sus despedidas. Mrs. Penniman consideró el viaje de su sobrina de un modo muy elevado; le parecía bien que la futura esposa de Mr. Townsend embelleciera su mente mediante un viaje por el extranjero.

-Le dejas en buenas manos -dijo, besando la frente de Catherine (pues era aficionada a besar la frente de la gente); medio involuntario de expresar su simpatía por la parte intelectual-: Yo le veré con frecuencia; me consideraré como una antigua vestal cuidando del fuego sagrado.

-Te portas muy bien no viniendo con nosotros -repuso Catherine, sin pararse a examinar aquella. analogía.

-Mi orgullo me sostiene --dijo Mrs. Penniman, golpeando el corpiño de su vestido, que siempre producía un ruido metálico. Catherine se despidió brevemente de Morris y cambió con él muy pocas palabras.

-¿Cuando vuelvas te encontraré lo mismo? -preguntó, aunque su pregunta no era fruto del escepticismo.

-Igual, sólo mi amor habrá aumentado -dijo Morris sonriendo.

En nuestro plan no figura narrar detalladamente el viaje del doctor Sloper por el hemisferio oriental. Recorrió Europa con considerable esplendor, y -como era de esperar en un hombre de su cultura halló tantas antigüedades y objetos artísticos interesantes, que el viaje no duró seis meses, sino un año entero. En Washington Square, Mrs. Penniman se acomodó en la ausencia de su hermano. Disfrutaba del entero dominio de la casa vacía, que se enorgullecía de hacer más atractiva para sus amigos que cuando el doctor estaba en ella. Por lo menos para Morris Townsend, la casa era singularmente atractiva. Era el visitante más frecuente que tenía Mrs. Penniman, la cual había tomado la costumbre de invitarle a tomar el té. Morris tenía reservado un asiento muy cómodo junto a la chimenea de la sala de atrás -cuando las grandes puertas de corredera, de caoba con herrajes de plata, que dividían este aposento del vecino, se hallaban cerradas- y solía fumar cigarros en el despacho del doctor, donde con frecuencia pasaba una hora entera examinando las colecciones del propietario ausente. El joven desdeñaba, como sabemos, a Mrs. Penniman, pero como él no era tonto, y tenía gustos caros y escasos medios, consideraba la casa como el perfecto castillo de la holganza. Para él se había convertido en un club de un solo miembro. Mrs. Penniman vio mucho menos a su hermana que cuando el doctor estaba en casa; pues Mrs. Aimond se había atrevido a decirle que no le parecían bien las relaciones que mantenía con Mr. Townsend. Ella no debía ser tan amable con un joven de quien su hermano pensaba tan mal, y a Mrs. Almond le sorprendía que tratase de proteger el deplorable compromiso de Catherine.

-¡Deplorable! -exclamó Lavinia-. Morris será un magnifíco esposo.

-No creo en esposos magníficos -dijo Mrs. Almond; sólo creo en esposos buenos. Si Catherine se casa con él, y Austin le lega su fortuna, menos mal. El será un esposo egoísta, holgazán y amable. Pero si Catherine no hereda y él se siente atado a ella, ¡que Dios la proteja! El la culpará de su decepción y se lo hará pagar; será implacable y cruel. ¡Desdichada Catherine Te recomiendo que hables con la hermana de Morris; ¡es una lástima que Catherine no pueda casarse con ella!

Mrs. Penniman no tenía ningún deseo de hablar con mistress Montgomery, cuya amistad no quiso 'cultivar; y aquellos tristes pronósticos del destino de su sobrina, sólo le hicieron lamentar que la generosa naturaleza de Mr. Townsend se amargase con las circunstancias. Para él, su elemento eran los placeres, y ¿cómo iba a sentirse bien donde no había nada agradable? Mrs. Penniman tuvo la idea fija de que Morris debía disfrutar de la fortuna del doctor, a la cual comprendía que ella tenía muy poco derecho.

"¡Si no se la deja a Catherine, a mí no me la va a dejar!", se dijo.

24

El doctor, durante los primeros seis meses del viaje, no habló a su hija de -la pequeña diferencia que existía entre ellos, en parte por sistema y en parte porque tenía otras muchas cosas en qué pensar. Era inútil tratar de adivinar el estado de los afectos de Catherine sin preguntarle directamente, porque si en Nueva York no era nada expresiva, las montañas de Suiza y los monumentos de Italia no le dieron ninguna animación. Era siempre un dócil y razonable instrumento de su padre, acompañándolo en. sus recorridos con respetuoso silencio, no quejándose jamás de fatiga, siempre dispuesta a salir a la hora que él había convenido la noche anterior, y no haciendo críticas necias, ni apreciaciones refinadas.

"Es tan inteligente como un lío de ropas", pensaba el doctor, aunque Catherine tenía la superioridad sobre el lío de ropas, en que éste se caía o se perdía, y ella estaba siempre firme en su puesto. Pero su padre había esperado aquello, y no quiso atribuir a una sentimental depresión las limitaciones intelectuales que, como turista, tenía Catherine. Esta había perdido del todo las características de víctima, y durante todo el tiempo que estuvieron de viaje ni profirió un suspiro audible. El doctor sé figuraba que mantendría correspondencia con Morris Townsend, pero como nunca veía las cartas del joven, no decía nada, y Catherine siempre entregaba sus misivas al correo de posta. La muchacha recibía noticias de su amado con bastante regularidad, pero las cartas de su amado Morris venían dentro de las de Mrs. Penniman; por lo tanto, cuando el doctor entregaba a su hija una carta escrita con letra de su hermana, era involuntario instrumento de la pasión que condenaba. Catherine lo pensó así, y seis meses antes se lo había advertido; pero entonces se consideraba absuelta. En el corazón de la muchacha había una herida abierta por las palabras de su padre, cuando ella le habló siguiendo un impulso que le dictaba su honor; trataría de complacerle en todo lo posible, pero no volvería a hablarle de aquella forma, y, secretamente, leía las cartas de Morris.

Un día de fines de verano, los dos viajeros se hallaban solos en un solitario valle de los Alpes. Cruzaban uno de los pasos, y durante la larga ascensión habían bajado del coche y se habían adelantado. Entonces, el doctor descubrió un sendero que, atravesando el valle, conducía a un punto mucho más alto. Siguieron aquel camino y, finalmente, perdieron el sendero: el valle era muy abrupto y el avance resultaba difícil. Sin embargo, ambos eran buenos andarines y tomaron bien la aventura; de vez en cuando se detenían para que Catherine descansase; y entonces ella se sentaba sobre una piedra y contemplaba las toscas rocas y el cielo encendido. Era al caer de una tarde de fines de agosto; la noche se acercaba, y al llegar a una altura el aire se hizo muy frío. Por el oeste, la fría luz rojiza hacía aún más oscuras y escarpadas las laderas del valle. Durante una de dichas pausas, el padre de Catherine se apartó de ella para subir a una altura desde la cual se disfrutaba una hermosa vista. Catherine quedó sola, sentada en medio de un silencio únicamente interrumpido por el rumor de un arroyo lejano. Pensaba en Morris Townsend, y el lugar era tan desolado y solitario que le parecía que su amado se hallaba muy lejano. Su padre estuvo ausente mucho tiempo. Pero al final apareció, dirigiéndose hacia ella en medio del crepúsculo, y Catherine se puso en pie para continuar la marcha. Sin embargo, cuando llegó junto a ella, el doctor no hizo ningún ademán de seguir adelante, como si tuviese algo que decirle. Se detuvo frente a ella y se le quedó mirando con ojos que parecían haber conservado la luz de las nevadas cumbres que acababan de contemplar. Luego, bruscamente, en tono bajo, le hizo una pregunta inesperada:

-¿Has renunciado a él?

La pregunta era tan inesperada, que Catherine estaba mal preparada para ella.

-leo, papá -respondió.

El la miró un momento, sin decir palabra.

-¿Te escribe? -preguntó.

-Sí, dos veces por mes.

El doctor recorrió el valle con la mirada, y luego, moviendo su bastón, le dijo a Catherine, en el mismo tono bajo:

-Estoy muy enfadado.

Ella se preguntó qué quería decir, si pretendía asustarla. Si así era; el lugar estaba muy bien elegido: aquella cañada solitaria, abandonada por la luz del sol, hacía sentir a la joven la

Librodot

soledad en que se hallaba. Miró en torno suyo, y tuvo frío en el corazón; durante un momento experimentó un gran miedo. Pero sólo pudo murmurar suavemente

-Lo siento.

- Tú pones a prueba mi paciencia -prosiguió su padre-, y debías saber quién soy. No soy bueno. Aunque soy exteriormente tranquilo, en mi interior soy apasionado; y te aseguro que sé ser muy severo.

Catherine no comprendió por qué le decía aquellas cosas. ¿La habría traído allí a propósito? ¿Sería aquél su plan?, se preguntó Catherine. ¿Lo haría para asustarla y sacar partido de su miedo?

¿Miedo de qué? El lugar era imponente y solitario, pero no podía causarle daño. En las palabras de su padre había una fría intensidad que daba miedo, pero aún así no hizo pensar a Catherine que quizás formase -parte de su plan, poner su mano -la mano fina y ágil de un médico famoso- en la garganta de su hija. Sin embargo, la joven retrocedió un paso.

-Estoy segura de que puedes ser lo que quieras -dijo; y aquélla era su sencilla creencia.

-Estoy muy enfadado --replicó él, muy bruscamente. -¿Qué, te ha ocurrido tan de repente?

-Tan de repente, no. He estado interiormente furioso estos seis meses. Pero ahora me ha parecido un buen momento para exteriorizar mi cólera. Estamos solos y hay un gran silencio.

--Sí, lo hay --dijo Catherine, mirando vagamente en torno suyo---. ¿Por qué no volvemos al coche?

-Dentro de un momento. ¿Quieres decir que durante todo este tiempo no has cedido nada?

--Si pudiese, lo haría; pero no puedo.

El doctor miró en torno suyo.

-¿Te gustaría que te dejasen en un lugar así, para que te murieras de hambre?

-¿Qué quieres decir? -exclamó la muchacha. -Ese va a ser tu destino; así es cómo él te dejará.

El no la había tocado a ella, había tocado a Morris. Catherine sintió que el calor volvía a su corazón.

-No es cierto, padre -dijo-. Tú no debías decir eso. No es cierto, y no está bien que tú lo digas.

El movió la cabeza lentamente.

--No, no está bien, porque tú no vas a creerme. Pero es cierto. Volvamos al coche.

Se apartó de ella, y Catherine le siguió; el doctor andaba de prisa, y al poco tiempo se había alejado. Pero de vez en cuando se detenía para que ella le diese alcance, y Catherine avanzaba penosamente, con el corazón latiéndole por la pena que le había causado haberle hablado con violencia por primera vez. Por entonces se había hecho de noche, y la joven terminó perdiéndose de vista. Pero siguió avanzando, y Catherine se encontró en la carretera, donde el coche aguardaba. En el mismo estaba su padre, rígido y silencioso; también silenciosa, la muchacha ocupó su lugar junto a él.

Más tarde, al pensar en aquello, le pareció a Catherine que durante muchos días no se había cambiado una palabra entre ellos. La escena había sido muy extraña, pero no afectó de modo permanente los sentimientos de la joven hacia su padre, pues, después de todo, era natural que le hiciese una escena, ya que había guardado silencio durante seis meses. Catherine estuvo pensando qué quería dar á entender - con aquello. La joven no pudo dar crédito a la declaración,

ni ésta satisfizo su resentimiento. Incluso en sus momentos de mayor amargura, Catherine no se consolaba pensando que su padre era menos perfecto. Lo dicho por el doctor formaba parte de su gran sutileza; los hombres tan inteligentes como su padre podían hacer y decir lo que quisiesen; y el ser severo era, seguramente, una virtud masculina.

El doctor dejó en paz a Catherine otros seis meses, durante los cuales ella se avino sin protesta a la prolongación del viaje. Pero al final de ellos le volvió a hablar: lo hizo en un hotel de Liverpool, la misma noche antes de embarcar para Nueva York. Habían estado cenando juntos, en un comedor oscuro; y en cuanto hubieron levantado los manteles, el doctor se levantó y se puso a pasear de un lado a otro. Catherine, por fin, tomó su vela para irse a acostar, pero su padre le hizo señas para que se quedase.

-¿Qué piensas hacer cuando lleguemos a casa? -le preguntó, mientras ella permanecía con la vela en la mano.

-¿Te refieres a Mr. Townsend? -Sí, a Mr. Townsend.

-Probablemente, nos casaremos. El doctor dio varias vueltas, mientras ella aguardaba.

-¿Sigues recibiendo noticias suyas?

-dos veces por mes --dijo Catherine prontamente.

-¿Y siempre te habla de matrimonio?

--Sí; me habla también de otras cosas, pero siempre alude al matrimonio.

-Me alegro de saber que varía de temas; por el contrario, sus cartas serían muy monótonas.

-Escribe muy bien -dijo Catherine, alegre de la oportunidad de decir aquello.

-Esos tipos siempre escriben bien. Sin embargo, en un caso dado, eso no disminuye su mérito. ¿Luego, en cuanto llegues, te vas con él?

Aquella era una forma un poco ruda de expresión, y Catherine sintió su dignidad herida.

-No puedo decirte lo que sucederá cuando llegue -dijo.

-Eso es bastante razonable -repuso su padre-. Lo finito que te pido es que me avises con tiempo. Cuando un hombre va a perder a su única hija, le gusta saberlo de antemano.

-¡Papá, tú no me perderás! --exclamó Catherine, derramando la cera.

-Tres días me bastan --continuó él-, si entonces estás en condiciones de decírmelo con seguridad. Morris debe estarme muy agradecido. Yo le he hecho un gran favor llevándote al extranjero. Con todos los conocimientos adquiridos, tu valor es doble. Hace un año eras, quizás, un poco limitada, un poco rústica; pero ahora has visto todo, has apreciado todo, y serás una compañera muy divertida. Hemos engordado la oveja para que él la mate.

Catherine se apartó y. quedó juntó a la puerta, con los ojos fijos en ella.

-Vete a la cama, Catherine -dijo su padre-, y como no vamos a subir a bordo hasta el medio día, puedes levantarte tarde. Probablemente tendremos un viaje muy malo.

25

El viajé fué realmente malo, ¯y Catherine, al llegar a Nueva York, no tuvo la compensación de, como su padre había dicho, "irse" con Morris Townsend. Sin embargo, le, vio al día siguiente de desembarcar; y entretanto, el joven se convirtió en el sujeto natural de las conversaciones entre nuestra heroína y su tía Lavinia, con lo cual la misma noche de su

Librodot

llegada la joven estuvo encerrada largo tiempo antes de que ambas damas se retirasen a descansar.

-Yo le he visto mucho -dijo Mrs. Penniman-. No es fácil de conocer. Yo supongo que tú crees que le conoces; pero no es así, querida. Algún día le conocerás, pero será cuando hayas vivido con él. Yo casi puedo decir que he vivido con él -prosiguió Mrs. Penniman, mientras Catherine se la quedaba mirando-. Yo creo que ahora le conozco; he tenido tan estupendas oportunidades. Tú también las tendrás, mejor dicho, las tendrás mejores. --Y la tía Lavinia sonrió-. Entonces comprenderás lo que te digo. Morris es un joven magnífico, lleno de pasión, de energía y de sinceridad.

Catherine escuchaba con una mezcla de interés y de recelo. La tía Lavinia era persona simpatizante, y Catherine, durante el último año, mientras recorría las galerías y templos extranjeros, y mientras cruzaba los caminos de posta, entregada a pensamientos que jamás expresaba, frecuentemente había echado de menos la compañía de una persona de su sexo. Creía que al contarle su historia a cualquier mujer la consolaría, y había momentos en que se sentía inclinada a franquearse con la dueña del hotel, o la modista. Si hubiese tenido una mujer junto a ella; habría llorado sobre su pecho; y pensaba que, a su regreso, esa sería su respuesta al primer abrazo de su tía Lavinia. Pero cuando las dos mujeres se encontraron en Washington Square, no hubo lágrimas; y cuando se hallaron a solas, se produjo una cierta -sequedad en las emociones de Catherine. Comprendió de pronto que su tía había gozado un año entero de la sociedad de su amado, y que no le causaba placer oír hablar a Mrs. Penniman del joven, como si tuviera con él un conocimiento completo. No es que Catherine fuese celosa, pero le atormentaba el sentimiento de la inocente falsedad de Mrs. Penniman y Se alegraba de haber regresado. Sin embargo, a pesar de todo ello, era una bendición poder hablar de Morris, pronunciar su nombre, estar con una persona que no fuese injusta con él.

-Has sido muy amable con Morris --dijo Catherine-. El me lo ha escrito frecuentemente. Nunca lo olvidaré, tía Lavinia.

-Yo he hecho todo lo que he podido; ha sido bien poco. Dejarle que viniese a hablar conmigo y darle una taza de té, eso fué todo. Tu tía Almond pensó que era demasiado, y me regañó. mucho; pero, al menos, me prometi6 no traicionarme.

-¿Traicionarte?

—Sí, no decírselo a tu padre. Morris solía sentarse en el despacho de tu padre -dijo Mrs. Penniman, lanzando una risita. Catherine quedó un momento silenciosa. Aquella idea le desagradaba y le traía a la imaginación la afición que su tía sentía por los secretos. Debemos de informar al lector que Morris había tenido el tacto de no decirle que se había sentado en el despacho de su padre. El joven la conocía sólo unos meses, y su tía la conocía quince años; y, sin embargo, él no cometió la torpeza de creer que a Catherine le gustaría aquello.

-Siento mucho que le hicieses entrar en la habitación de mi padre --dijo la muchacha al cabo de un momento.

-Yo no le hice entrar; entró espontáneamente. Le gustaba mirar los libros y las cosas que hay en las vitrinas. El las conoce bien; él conoce todo.

Catherine quedó de nuevo silenciosa, y luego dijo:

-Me gustaría que hubiese encontrado algún empleo.

-Lo ha encontrado. Es una buena noticia, y él me encargó que te la dijese en cuanto llegases. Ha entrado en sociedad con un comisionista. Todo se ha arreglado en una semana.

Para Catherine aquello era realmente una buena noticia; tenía un aire de prosperidad.

-¡Cuánto me alegro! -dijo, y durante un instante estuvo tentada de arrojarse al cuello tía la tía Lavinia.

-Es mucho mejor que estar sometido a alguien; y él no está acostumbrado a eso -prosiguió Mrs. Penniman-. Está en condiciones de igualdad con su socio. ¡Ves qué bien hacía en aguardar!

-Me gustaría saber lo que tu padre dice ahora! Tienen una oficina en Duane Street y han impreso tarjetas; él me trajo una para mostrármela. La tengo en mi habitación, y mañana te la enseñaré. Eso fue lo que él me dijo la última vez que estuvo aquí:

-"¡Ve qué bien hice en esperar-!" Ahora tiene empleados a sus órdenes, en lugar de ser él un subordinado. El no ha nacido para eso; yo le he dicho muchas veces que no me lo imaginaba de subordinado.

Catherine convino en ello y se alegró de que Morrison tuviese una posición independiente; pero se vio privada del placer de darle aquella noticia a su padre. A su padre le daría igual que Morris se hubiese establecido o lo hubiesen desterrado. Los baúles de Catherine habían sido llevados a su habitación, y mientras los abría cesaron las referencias de Morris. Catherine había traído un regalo para todos; es decir, para todos menos para Morris, al cual sólo le trajo su corazón entero. Con Mrs.' Penniman fue muy generosa, y la tía Lavinia pasó media hora plegando y desplegando, mientras lanzaba exclamaciones de gratitud. Durante un rato tuvo puesto un espléndido chal de Cachemira, que Catherine le había rogado que aceptase, poniéndoselo sobre los hombros y ladeando la cabeza para, ver hasta dónde bajaba la punta.

-Lo considero como un préstamo -dijo-; cuando yo muera, te lo dejaré; o mejor -añadió, besando de nuevo a su sobrina-, se lo dejaré a tu hija mayor. -Y envuelta en el chal, permaneció en pie, sonriendo.

-Más vale que esperes a que llegue --dijo Catherine.

-No me gusta el modo en que dices eso -repuso Mrs. Penniman-. ¿Has cambiado?

-No, soy la misma.

-¿No has cedido en nada?

-Sigo igual que siempre, -repitió Catherine, deseando que su tía fuese un poco menos simpatizante.

-Bien, me alegro -y Mrs. Penniman se puso a examinar en el espejo el chal obsequiado-. ¿Cómo está tu padre? -añadió al. cabo de un momento, fijando los ojos en ˙su sobrina-. Sus cartas eran tan escuetas... yo no podía adivinar.

-Papá está muy bien.

-Ya sabes a lo que me refiero -dijo Mrs. Penniman-. ¿Sigue tan implacable?

-Sí.

-¿No ha variado?

-Está, si es posible, más firme aún.

Mrs. Penniman se quitó el chal y lo dobló cuidadosamente.

-Eso es terrible. ¿No has tenido éxito en tu proyecto?

-¿Qué proyecto?

-Morris me habló de él. La idea de cambiar a tu padre, en Europa; de aprovechar un momento en que estuviese impresionado por algún monumento (él pretende amar tanto el arte) para rogarle y conseguir su permiso.

-No lo he intentado. La idea fué de Morris; pero sí él hubiese estado en Europa, habría visto que papá no se impresionaba en ese estilo. Ama el arte, muchísimo; pero

cuantos más lugares hubiésemos visitado, y cuantos más monumentos admirase, más inútiles serían mis ruegos. Sólo conseguiría aumentar su decisión -dijo la pobre Catherine-. Nunca lograré convencerle, y ahora ya no espero nada de él.

-Bien, debo decir -repuso Mrs. Penniman- que yo no creí nunca que ibas a renunciar.

-No he renunciado; ahora ya no me importa.

-Te has hecho muy valiente -dijo Mrs. Penniman, con una risita-. Yo no te aconsejé que sacrifiques tus bienes.

-Soy más valiente de lo que era antes. Me has preguntado si he cambiado; he cambiado en ese aspecto -continu6 la muchacha-. En eso he cambiado mucho. Y no son mis bienes. ¿Si a él no le importan, por qué han de importarme a mí?

Mrs. Penniman vaciló.

-Quizás a él sí le importen.

-A él le importan por mi causa, porque no quiere perjudicarme. Pero ahora verá, ahora sabrá lo poco que a mí me importa eso. Además -dijo Catherine-, yo tengo bastante dinero. Tendremos lo suficiente, ¿y no tiene él ya un negocio? Estoy encantada de eso. -Y siguió adelante, hablando con gran animación. Su tía nunca la había visto así, y al observarlo lo atribuyó al efecto del viaje; que la había hecho más positiva, más madura. También pensó que Catherine había ganado en experiencia; estaba bastante linda. Mrs. Penniman se peguntó si a Morris le impresionaría aquello. Mientras pensaba en tales cosas, su sobrina le preguntó, con cierta brusquedad:

-¿Por qué eres tan contradictoria, tía Lavinia? Una vez piensas una cosa y otra vez, otra. Hace un año, antes de que me marchase, me pedías que no temiese enfadar a mi padre, y. ahora pareces opinar lo contrario. Cambias mucho.

Aquél era un ataque inesperado y Mrs. Penniman no estaba acostumbrada, en ninguna - discusión, a ver la guerra llevada a su propio campo; posiblemente porque el enemigo dudaba de hallar subsistencia allí. Para ella, los campos floridos de su razón no habían sido jamás devastados por una fuerza hostil. Quizás aquélla era la causa de que los defendiese con más majestad que agilidad.

. -No sé de lo que me acusas, como no sea de interesarme profundamente por tu felicidad. Es la primera vez que oigo que me llaman caprichosa. Generalmente no suelen reprocharme ese defecto.

-El año pasado te encolerizaste porque yo no me casé inmediatamente, y ahora hablas de que trate de ganarme a mi padre. Me dijiste que le estaría bien empleado que me llevase a Europa para nada. Bien, para nada me ha llevado, y tú deberías estar satisfecha. No he cambiado nada, excepto mis sentimientos hacia mi padre. Ahora ya no me importa tanto. He sido todo lo buena que podía, y a él no le ha importado. Ahora tampoco me importa a mí. No sé si me he hecho mala; positivamente lo soy. Pero eso tampoco me importa. He vuelto para casarme; eso es todo lo que sé. Eso debía complacerte, a menos que hayas cambiado de idea; eres muy rara. Puedes hacer lo que gustes, pero no me vuelvas e. decir que trate de convencer a mi padre. No volveré a pedirle nada; todo eso se ha acabado ya. Mi padre me ha apartado de él. Yo he vuelto para casarme.

Aquél era el discurso más autorizado que Mrs. Penniman había oído de labios de su sobrina, y le produjo la impresión adecuada. La viuda quedó un poco asustada, y el tono resuelto de la joven no dejaba lugar a la réplica. Mrs. Penniman se asustaba muy fácilmente, y siempre exteriorizaba su miedo mediante una concesión, concesión que iba frecuentemente acompañada, como en el caso presente, por una risita nerviosa.

26

Si Mrs. Penniman turbó el genio de Catherine -desde aquel momento la viuda comenzó a hablar del genio de su sobrina, cosa que hasta entonces no se había. mencionado con respecto a nuestra heroína-, al día siguiente la muchacha tuvo -oportunidad de recobrar su serenidad. Mts. Penniman le había entregado un mensaje de Morris, informándole que vendría a darle la bienvenida al día siguiente de su llegada. El joven se presentó por la tarde, pero, como se comprenderá, esta vez no invadió el despacho del doctor Sloper. El año anterior había entrado y salido con toda libertad, y le parecía que sus derechos quedaban limitados al recordar que tenía que circunscribirse al salón delantero, dominio particular de Catherine.

-Me alegro mucho de que hayas vuelto -dijo Morris-; soy muy feliz al verte de nuevo. -Y sonriendo, la miró de pies a cabeza, aunque al parecer no estaba de acuerdo con Mrs. Penniman (la cual, como mujer, se preocupaba más de los detalles) en considerar que la muchacha estaba embellecida.

Para Catherine, él estaba espléndido; tardó mucho antes de creer que aquel joven apuesto era de su exclusiva propiedad. Tuvieron una conversación muy propia de los enamorados, un suave intercambio de preguntas y seguridades. En tales asuntos Morris tenía una gracia excelente, que daba -un pintoresco interés a su relato acerca de su debut en el negocio de las comisiones, tema acerca del cual la joven le interrogó con vehemencia. De vez en cuando Morris se levantaba del sofá donde estaban sentados juntos, y se paseaba por la habitación; luego volvía, sonriente, pasándose las manos por los cabellos. Se hallaba inquieto, cosa natural en un joven que se acaba de reunir con una novia de la que llevaba separado tanto tiempo, y Catherine pensó que nunca le había visto tan excitado. Sin saber por qué, aquella observación le causó placer. Morris le hizo muchas preguntas acerca de sus viajes, a algunos de los cuales no pudo responder, pues había olvidado los nombres y el orden de los lugares recorridos. Pero por el momento estaba tan contenta de que sus contratiempos hubiesen terminado, que no se avergonzó de sus torpes respuestas. Le parecía que entonces podía casarse con él sin el menor escrúpulo, y sin un solo temblor, como no fuese de los pertenecientes a la alegría. Sin aguardar a que él se lo preguntase, le dijo que su padre había vuelto igual como se había ido, que no había cedido ni una sola pulgada.

-Ahora ya no debemos esperarlo -dijo Catherine- y tenemos que prescindir de él.

Morris se la quedó mirando, sonriente. -¡Mi pobre Catherine!-exclamó.

-No tienes que compadecerme --dijo ella-. A mí ya no me importa; me he acostumbrado a ello.

Morris continuó sonriendo, pero luego se levantó y se puso a pasear de nuevo.

Vale más que me dejes probar a mí de nuevo.

-¿Tratar de persuadirle? Sólo conseguirías empeorar las cosas --dijo Catherine con tono resuelto.

-Tú dices eso, porque antes fracasé. Pero ahora pienso emplear otro método... Soy más prudente; he tenido un año para meditar y tengo más tacto.

-¿Es eso lo que has estado pensando todo el año?

-Gran parte de él. Esa idea no me ha abandonado. No me gusta ser vencido.

-¿Dónde está el vencimiento si me caso contigo?

-Claro está que no me vencen en lo principal; pero en todo lo demás, sí; ¿no te das cuenta? En lo relativo a mi reputación, en mis relaciones con tu padre, en mis relaciones con mis hijos, si los tenemos.

-Tendremos bastante para nuestros hijos; tendremos bastante para todo. ¿No esperas, acaso, triunfar en tu negocio?

-Espero tener un triunfo brillante, y seguramente viviremos muy bien. Pero no me refiero al mero confort material; es a la satisfacción moral -dijo Morris-, a la satisfacción intelectual.

--Yo me siento ahora moralmente satisfecha -declaró sencillamente Catherine.

-Tú sí, ciertamente. Pero mi caso es distinto. Yo he puesto todo mi orgullo en probar a tu padre que está equivocado, y ahora estoy a la cabeza de un negocio floreciente, puedo tratar con él en condiciones de igualdad. Tengo un plan estupendo; ¡déjame que lo ponga en práctica!

Morris permanecía de pie, delante de Catherine, con el rostro animado, el aire lleno de confianza y las manos en los bolsillos; ella se puso en pie y le miró de frente.

-¡Por favor, Morris, no lo hagas! --dijo, y en su tono había una firmeza triste y suave que él oía por primera vez-. No tenemos que pedirle favores, no tenemos que pedirle nada., Mi padre no va a ceder, y de ello no saldrá nada bueno. Yo lo sé, tengo buenas razones para saberlo. .

-¿Y cuáles son?

Ella vaciló en exponerlas, pero al fin lo hizo:

-Mi padre no me quiere mucho.

-¡Diablos! -exclamó Morris, malhumorado.

-Yo no lo diría sin estar segura de ello. Lo vi., lo sentí, en Inglaterra, un poco antes de que nos fuésemos. Me habló una noche, la última noche, y entonces lo comprendí. Se puede decir cuando una persona siente eso.

-Yo no lo acusaría si no me hubiese hecho que sienta así

-No lo acuso; sólo te digo lo que ocurre. El no puede evitarlo; no se pueden dominar los afectos. ¿Domino acaso los míos? ¿Pudo él no decirme aquello? La causa es su amor por mi madre, a la cual perdió hace mucho tiempo. Ella era muy hermosa y muy brillante; mi padre piensa constantemente en ella. Yo no soy como mi madre; la tía Penniman me lo ha dicho. Claro que yo no tengo la culpa; pero mi padre tampoco la tiene. Todo lo que te digo es cierto, y ésta es una razón más fuerte para que no se avenga simplemente porque tú le desagrades.

-¿-Simplemente? -exclamó Morris, riendo-. Te estoy muy agradecido a eso.

Ahora ya no me importa que no le agrades: todo me importa menos; mis sentimientos han cambiado; yo me siento separada de mi padre.

-A fe mía que sois una familia rara -dijo sonriendo Morris.

-No digas eso, no digas nada desagradable -imploró ella-

Ahora tienes que ser muy bueno conmigo, porque --vaciló un momento-, porque he hecho mucho por ti.

-Ya lo sé, querida.

Catherine había hablado hasta entonces sin vehemencia ni signo exterior de emoción, con suavidad, tratando solamente de explicar. Pero su emoción había sido inútilmente ahogada, y al fin se dejó traslucir en el constante temblor de su voz.

-Es tremendo sentirse separada de su padre, cuando se le ha adorado antes. Yo he sufrido mucho; no habría sufrida si no te hubiese amado tanto. Cuando una persona te habla. . . te habla como si...

-¿Como si qué?

-¡Como si te despreciase! -exclamó Catherine apasionadamente-. Mi padre me habló así, la noche antes de embarcar... No fué mucho, pero sí lo suficiente, y yo estuve pensando en ello durante todo el viaje. Después me decidí. No le volveré a pedir nada, ni esperaré nada de él. Ahora ya no sería, natural. Tenemos que ser muy dichosos, juntos, y no depender de su perdón. ¡Y Morris, tú no debes despreciarme nunca!

Aquélla era una promesa fácil de hacer, y Morris la hizo graciosamente: Pero por el momento no se comprometió a más.

27

A su regreso, el doctor sostuvo largas conversaciones con sus hermanas. No se tomó el trabajo de narrar sus viajes ni de comunicar sus impresiones de tierras lejanas a Mrs. Penniman, a la cual se limitó a entregar un recuerdo de su envidiable experiencia bajo la forma de un vestido de terciopelo. Pero habló con ella de asuntos más domésticos, y no perdió el tiempo en comunicarle que seguía siendo un padre inflexible.

--No dudo de que habrás visto mucho a Mr. Townsend, y habrás hecho todo lo posible por consolarle de la ausencia de Catherine -le dijo-. No te lo pregunto y no tienes por qué negarlo. No te lo preguntaría por nada del mundo, ni te expondría a la molestia de que tuvieses que meditar una respuesta. Nadie te ha delatado, ni espiado lo que hacías. Elizabeth no me ha contado nada, y sólo me ha hablado de ti para ponderarme tú buen aspecto y tu buen ánimo. Esto es sencillamente una suposición mía, una inducción, como dicen los filósofos. Considero muy probable que hayas ofrecido un refugio a la interesante víctima. Mr. Townsend ha estado mucho en esta casa; hay en ella algo que me lo dice. Como sabes, los médicos terminamos por adquirir una percepción muy fina, y en mi sensorio existe la impresión de que se ha sentado cómodamente en estas sillas, y se ha calentado en este fuego. No le regateo estos placeres; son los únicos de que va a disfrutar a expensas mías. Parece probable que yo vaya a economizar a las suyas. No sé lo que le has dicha ya, ni lo que vas a decirle luego; pero quiero que sepas que si le has animado para que crea que va a ganar algo con su tenacidad, o que yo me he apartado una pulgada de la posición asumida hace un año, le has jugado una mala partida, por lo cual puede exigirte reparaciones. No estoy del todo seguro de que no entable un pleito contra ti. Claro que tú lo hiciste de buena fe; te hiciste la ilusión de que me rendiríais por el cansancio. Esa es la alucinación más infundada que ha visitado jamás el cerebro de una genial optimista. No estoy cansado en absoluto; estoy tan fresco como al empezar; voy a tirar otros cincuenta años. Catherine, al parecer, tampoco ha cambiado; está tan fresca como antes; por lo tanto, estamos como al principio. Tú sabes esto tan bien como yo. Lo que yo deseo es hacerte conocer lo que pienso. Medítalo bien, Lavinia. ¡Cuídate del justo resentimiento de un cazador de dotes decepcionado!

-No puedo decir que lo esperaba -dijo Mrs. Penniman-. Y tenía la estúpida esperanza de que regresases sin ese odioso tono irónico con que tratas los temas más sagrados.

-No subestimes la ironía; es, frecuentemente, de gran utilidad. Sin embargo, no es siempre necesaria, y voy a demostrarte con qué gracia prescindo de ella. Me gustaría saber si crees que Morris Townsend va a persistir.

-Voy a responderte con tus propias armas -dijo Mrs. Penniman--. Espera y observa.

--¿A eso llamas mis propias armas? Yo nunca he sido tan grosero.

--Entonces te diré que Morris persistirá más de lo que conviene a tu comodidad.

-Mi querida Lavinia -exclamó el doctor-, ¿a eso llamas ironía? Yo lo llamo pugilismo.

Sin embargo, Mrs. Penniman, a pesar de su pugilismo, estaba bastante asustada y tomó sus temores en consideración. Entretanto, su hermano consultó con Mrs. Almond, con la cual fué tan generoso como con Lavinia y mucho más comunicativo.

-Me figuro que le tuvo allí todo el tiempo -dijo-. Tengo que examinar el estado de mi bodega. No importa que me lo cuentes ahora; yo ya le he dicho a ella lo que tenía que decirle.

-Sí, creo que Morris estuvo mucho en la casa -repuso Mrs. Almond-. Pero tienes que reconocer que al dejar sola a Lavinia era natural que ella buscase la sociedad.

-Lo reconozco, y por eso no voy a armar ningún escándalo por lo del vino; lo consideraré como una reparación a Lavinia. Ella es capaz de decir que se lo ha bebido sola. Piensa en el mal gusto que significa el que ese hombre haya entrado y salido libremente de mi casa, o el que haya venido a ella. Si eso no le describe, es indescriptible.

-Su plan es sacar todo lo que pueda. Lavinia le habrá mantenido un año -dijo Mrs. Almond-. Eso ha ganado -Entonces Lavinia tendrá que- mantenerlo durante el resto de sus días -exclamó el doctor-, pero sin vino, como dicen en las tables d'hotel.

-Catherine me ha dicho que él ha puesto un negocio y gana mucho dinero.

-A mí no me lo ha dicho, ni Lavinia se ha dignado hacerlo. ¡Ah! -exclamó-. Catherine prescinde de mí. No es que eso importe, en lo que respecta al asunto.

-Pero no ha prescindido de Mr. Townsend -dijo Mrs. Almond-. Eso lo he visto en el primer momento. Ha vuelto igual como se fué.

-Exactamente la misma; ni una pizca más inteligente. Mientras estuvimos fuera, no se fijó en una piedra, ni en una estatua, en una vista o en una catedral.

-¿Cómo iba a fijarse? Tenía otras cosas en qué pensar; no ha estado ni un momento fuera de su mente. A mí me conmueve.

-A mí me conmovería si no me irritase tanto. Ahora ése es el efecto que me produce. Lo he probado todo con ella; he sido realmente despiadado. Pero todo inútil; es impermeable. Por lo tanto, he pasado a un estado de exasperación. Al principio tenía una gran curiosidad; quería ver si ella resistía. ¡Pero Dios del Cielo, mi curiosidad está ya satisfecha! Veo que es capaz de resistir, y ahora ya podía cejar.

-Catherine no cejará -dijo Mrs. Almond.

-Cuidado, si no quieres exasperarme también. Si Catherine no suelta su presa, se la arrancarán, y la harán morder el polvo.

-Esa es la posición para mi hija. No ve que cuando le van a empujar a uno es mejor saltar. Y luego vendrá quejándose de sus magulladuras.

-Catherine no se quejará nunca --dijo Mrs. Almond.

-Entonces mayor razón, para que me parezca mal. Pero lo terrible es que ya no puedo evitarlo.

-Si Catherine tiene que sufrir una caída --dijo Mrs. Almond, riendo con suavidad-, tenemos que extender la mayor cantidad posible de alfombras. -Y llevó a cabo su idea, mostrando hacia la muchacha una ternura maternal.

Mrs. Penniman escribió inmediatamente a Morris Townsend. La intimidad entre ambos era entonces consumada, pero yo tengo que contentarme con sólo tomar nota de algunos de sus aspectos. La parte de Mrs. Penniman era un sentimiento singular, que podía ser mal interpretado, pero que no significaba ninguna vergüenza para la pobre dama. Era un romántico interés por el atractivo y desdichado joven, pero, sin embargo, aquel interés no era para despertar los celos de Catherine. Mrs. Penniman no estaba en absoluto celosa de su sobrina. Se sentía como si fuese la hermana o la madre de Morris -una hermana o una madre de temperamento emocional- y tenía el deseo absorbente de verle cómodo y feliz. Había procurado hacerlo durante todo el año en que su hermano le dejó el campo libre, y sus esfuerzos tuvieron el éxito que ya hemos indicado. Mrs. Penniman no había tenido hijos, y Catherine, a la cual trató de dar la importancia que habría dado naturalmente a una joven Penniman, había recompensado parcialmente su celo. Catherine, como objeto de afecto y solicitud, no había tenido jamás el encanto pintoresco que, a entender de ella, hubiera sido el atributo natural de su progenie. Incluso la pasión maternal de Mrs. Penniman habría sido romántica y artificial, y Catherine no estaba constituida para inspirar una pasión romántica. Mrs. Penníman la quería igual que siempre, pero había llegado a creer que con Catherine ella no había tenido oportunidades. Por lo tanto, y sentimentalmente hablando aun sin desheredar a su sobrina, había adoptado a Morris Townsend, que le daba oportunidades en abundancia. Mrs. Penniman habría sido feliz teniendo un hijo apuesto y tiránico, y habría puesto un gran interés en sus asuntos amorosos. Bajo aquella luz había llegado a mirar a Morris Townsend, que al principio había tenido para con, ella una deferencia delicada y calculada, una especie de exhibición a la cual la viuda era especialmente sensible. Luego disminuyó su deferencia grandemente, pues economizaba sus recursos, pero la impresión estaba ya producida, y hasta la brutalidad del joven tenía una especie de valor filial. Si Mrs. Penniman hubiese tenido un' hijo, probablemente habría tenido miedo de él, y en ese punto de nuestra historia lo tenía seguramente de Morris Townsend. Aquel fué uno de los resultados de su domesticación en Washington Square. El joven la trató sin consideración, como si hubiese sido su propia madre.

28

La carta era una señal dé advertencia; en ella Mrs. Penniman advertía. á Morris que el doctor había regresado más inexorable que nunca. La viuda podía haber reflexionado que Catherine le habría dado ya aquella noticia; pero sabemos que las reflexiones de Mrs. Penniman eran raramente justas; y, además, ella creía que no debía depender de los actos de Catherine. Tenía que cumplir con su deber, sin cuidarse de lo que hiciese su sobrina. Ya hemos dicho que el joven la trataba sin consideración, y como ilustración del hecho, añadiremos que no contestó a la carta. Tomó ampliamente nota dé ella, y esperó, tranquilo y confiado, a recibir otra. "El estado de espíritu de mi hermano me hiela la sangre", había escrito Mrs. Penniman; y, al parecer, después de aquella declaración no le quedaría nada que añadir; Sin embargo, escribió de nuevo, empleando una figura diferente. "El odio que siente por usted arde con cárdena llama, la llama que nunca muere... Pero no ilumina su futuro. Si dependiese de mi afecto, todos los año, de su vida tendrían un eterno sol. No puedo arrancar nada a C. Es tan reservada como su

padre. Al parecer, espera casarse pronto y ha hecho ciertos preparativos en Europa. Ha comprado ropas, zapatos, etc. Pero mi querido amigo uno no puede casarse sólo con unos cuantos pares de zapatos, ¿verdad? Dígame lo que opina de esto. Tengo grandes deseos de verlo, y muchas cosas que decirle. Le echo mucho de menos; la casa parece vacía sin usted. ¿Qué nuevas hay por ahí? ¿Se ensanchan sus negocios? ¡Eso es una gran valentía, de su parte! ¿Podría ir a su oficina, sólo unos tres minutos? ¿Me haría pasar por una cliente, no es así como se llaman? Diría que venía a comprar algo, algunas acciones, o algo relativo al ferrocarril. Dígame lo que piensa de este plan. Llevaré una bolsita, como si fuera una mujer del pueblo."

A pesar de la sugerencia de la bolsita, Morris, al parecer, no consideró- bueno aquel plan, pues no animó a Mrs. Penniman a visitar su oficina, la cual le había descrito ya como un lugar muy difícil de encontrar. Pero como ella insistió en que tuviesen una entrevista, después de varios meses de coloquios íntimos -ella llamaba "entrevistas" a sus citas- él convino en que dieran juntos un paseo y hasta tuvo la bondad de abandonar su oficina en las horas en que los negocios tenían más importancia. Para Morris no fué ninguna sorpresa el descubrir, cuándo por fin' se reunieron en una esquina, situada en una región de solares vacíos y calles sin pavimentar-. Mrs. Penniman fué vestida lo más parecido posible a "una mujer del pueblo"- que, a pesar de su urgencia, lo principal que ella tenía que decirle era darle nuevas seguridades de su afecto. Sin embargo, el joven poseía ya una voluminosa colección de aquellas seguridades, y no habría merecido la pena venir a oírle decir a Mrs. Penniman que ella había hecho causa común con él. Morris, sin embargo, tenía también algo que decir. Pero el expresarlo no era fácil, -y dicha dificultad irritaba al joven.

-Sí, ya sé que en él se combinan las propiedades del bloque de hielo y el carbón, encendido -observó-. Catherine me lo ha dicho ya claramente, y usted me lo ha repetido.-hasta la saciedad: No tiene por qué insistir sobre ello; yo estoy ya satisfecho. El no nos dará un penique; yo lo considero eso como una prueba matemática.

Al llegar aquí, Mrs. Penniman tuvo una inspiración.

¿No podría entablar una acción judicial contra él? -dijo, maravillándose de que no se le hubiese ocurrido antes aquel sencillo expediente.

-La voy a entablar contra usted -dijo Morris- si sigue haciéndome esas preguntas. Un hombre tiene que saber cuando está vencido -añadió al cabo de un momento-.

-¡Tengo que renunciar a ella!-

Mrs. Penniman recibió aquella declaración en silencio, aunque el corazón le latió un poco. Estaba preparada para ella, pues se había acostumbrado a pensar que si Morris no lograba obtener el dinero de su hermano, no le convenía casarse con Catherine. El que "no le conviniese" era un modo muy vago de expresar; pero el natural afecto de Mrs. Penniman completaba la idea, que, aunque no había sido expresada con la crudeza con que Morris acababa de hacerlo, había sido implicada, durante las largas conversaciones, sostenidas mientras Morris se hallaba cómodamente sentado en los sillones del doctor, y la viuda había llegado a mirarle con una emoción que ella consideraba filosófica, y luego a sentir por ella una secreta ternura. El hecho de que mantuviese en secreto aquella ternura, prueba que estaba avergonzada de ella; pero lograba hacer la vista gorda, diciéndose que, después de todo, era la protectora oficial del matrimonio de su sobrina. La lógica de la viuda no le habría valido de nada con el doctor. En primer lugar, Morris tenía que procurarse aquel dinero, y ella le ayudaría a ello. En segundo lugar, era evidente que no lo conseguiría, y era una lástima que se casase sin él; un joven que con tanta facilidad podía hallar cosas mejores. Después que su hermano le hubo hablado, a su regreso de Europa, la causa de Morris le pareció tan

desesperada a Mrs. Penniman, que ella fijó su atención exclusivamente en la segunda parte de su argumento. Si Morris hubiera sido hijo suyo, indudablemente habría sacrificado a Catherine al superior concepto del futuro del joven; y el estar dispuesta a ello, tal como estaba el caso, era por lo tanto un grado más fino de devoción. Sin embargo, le cortaba el aliento ver que habían puesto tan bruscamente en su mano el cuchillo del sacrificio.

Morris anduvo un momento, y luego repitió ásperamente -¡Tengo que renunciar a ella!

-Creo que le comprendo --dijo suavemente Mrs. Penniman.

-Lo he dicho con claridad, con una claridad brutal.

El joven se hallaba avergonzado de sí, y su vergüenza le molestaba; y como era muy poco resistente a las molestias, se ponía maligno y cruel. Sentía deseos de insultar a alguien, y comenzó, cautamente -él era siempre cauto- por insultarse a sí mismo.

-¿No podría ir preparando el terreno? -preguntó. -¿Preparar el terreno?

-Sí, preparar a Catherine, que se vaya haciendo a la idea. Mrs. Penniman se detuvo y le miró solemnemente.

-Mi pobre Morris,' ¿sabe usted cuánto le ama?

-No, no lo sé. No quiero saberlo. Siempre he tratado de ignorarlo; habría, sido demasiado penoso.

-Va a sufrir mucho -dijo Mrs. Penniman.

-Usted tiene que consolarla. Si es usted tan buena amiga mía como pretende, lo logrará.

Mrs. Penniman movió la cabeza tristemente.

-Usted habla de que yo pretendo ser amiga suya; pero no puedo "pretender" que le odie. Yo sólo puedo hablarle bien de usted, y eso no la consolará de su pérdida.

--El doctor le ayudará. Le encantará la ruptura de nuestras relaciones; es hombre inteligente, e inventará algo para consolar a su hija.

-Inventará una nueva tortura -exclamó Mrs. Penniman-. ¡Que el Cielo libre a Catherine de los consuelos de su padre! Consistirían en decirle a todas horas:

-"Ya te lo dije yo."

-Morris se puso muy rojo.

- S i n o la consuela mejor de lo que me consuela a mí, indudablemente no va a servirle de mucho. Es una necesidad muy desagradable; yo me doy cuenta de ello, y usted debía facilitarme las cosas.

-¡Seré su amiga siempre! -declaró Mrs. Penniman. -¡Sea m i amiga ahora! -y Morris siguió andando. Ella le siguió, casi temblando.

-¿Quiere que se lo diga yo? -preguntó.

-No, usted no puede decírselo, pero puede, puede.,.. -Morris vaciló pensando en lo que Mrs. Penniman podía hacer-. Usted puede explicarle lo que ocurre. Que no me decido a interponerme entre ella y su padre, a darle el pretexto que espera con tanta ansia (¡qué espectáculo tan odioso!) para privarla de sus derechos. Mrs. Penniman comprendió, con prontitud notable, el encanto de aquella fórmula.

-Eso es tan digno de usted... un sentimiento tan noble. Morris blandió coléricamente su bastón.

-¡Maldición! -dijo con perversidad.

Sin embargo, Mrs. Penniman no se dejó acobardar.

-Puede resultar mejor de lo que usted cree. Catherine es, después de todo, muy peculiar. -Y pensó que era un deber suyo el asegurarle que, ocurriera lo que ocurriese, la

muchacha no armaría ningún escándalo. Prolongaron su paseo, y mientras tanto, Mrs. Penniman tomó a cargo suyo tantas cosas, que en conjunto formaban una carga considerable; como se imaginara, Morris se hallaba dispuesto a permitir que ella se encargase de todo. Pero no se dejó engañar un solo instante por los alegres desatinos de ella; sabía que sólo podría realizar una parte muy pequeña de lo que había prometido, y cuanto más le ofrecía, más necia la consideraba.

-¿Qué piensa hacer si no se casa con ella? -se aventuró a preguntar la viuda durante el curso de la conversación.

-Algo brillante -dijo Morris-. ¿No le gustaría que yo hiciese algo brillante?

La idea proporcionó un gran placer a Mrs. Penniman.

-Me sentiría defraudada si no lo hiciese.

-Tendré que hacerlo, para borrar esto. Este asunto no ha sido nada brillante.

Mrs. Penniman meditó un poco, tratando de descubrir algún medio de decir lo que era; pero no pudo dar con él, y para cubrir su fracaso hizo una nueva pregunta:

-¿Se refiere a un nuevo matrimonio?

Morris saludó la pregunta con una reflexión que no por ser inaudible era menos impúdica. ¡Las mujeres son mucho más rudas que los hombres!

Y en voz alta, repuso:

-¡Nunca ¡

Mrs. Penniman se sintió decepcionada, y se alivio lanzando una sarcástica risita. Morris era, indudablemente, perverso.

-Yo renuncio a Catherine, no por otra mujer, sino por una carrera más brillante -anunció Morris.

Aquello era muy noble; pero Mrs. Penniman, que se daba cuenta de su error, sentía un vago rencor.

-¿No piensa venir a verla más? -preguntó con cierta aspereza.

---Oh, no, iré de nuevo; ¿pero qué utilidad hay en prolongar eso? He estado allí cuatro veces desde que Catherine volvió, y me ha sido muy penoso. No puedo seguir así indefinidamente; tampoco debe esperarlo ella; Una mujer no debe tener a un hombre dando vueltas -añadió.

-¡Ah, pero -deben tener una última despedida! -le apremió su compañera, en cuya imaginación la idea de las últimas despedidas ocupaba un lugar sólo inferior en dignidad al de los primeros encuentros.

29

Morris vino de nuevo, sin lograr la despedida final; y repitió sus visitas dos veces, sin hallar que Mrs. Penniman hubiera hecho gran cosa para cubrir de flores su retirada. Aquello era muy torpe, y el joven se sentía lleno de animosidad contra la tía de Catherine, la cual, como él solía decirse, le había metido en el lío y estaba obligada a sacarle de él. Para decir la verdad, Mrs. Penniman, en el retiro de sus aposentos --y ante el espectáculo de Catherine, que por aquellos días tenía el aspecto de una joven exhibiendo su trousseau-, había medido sus responsabilidades, y se había asustado ante su magnitud. La tarea de preparar a Catherine, y de facilitar la retirada de Morris, presentaba dificultades, que aumentaban en la ejecución, e incluso llevaron a la impulsiva Lavinia a preguntarse si la modificación del proyecto original del joven había sido concebida por un espíritu feliz. Un porvenir brillante, una carrera mejor, una

conciencia libre del peso de haberse interpuesto entre una joven y sus derechos naturales. Aquellas cosas excelentes se lograban por medios poco fáciles. De Catherine, la viuda recibía escasa ayuda; al parecer, la pobre joven no sospechaba el peligro. Miraba los ojos de su amado con infinita confianza, y aunque tenía en su tía menos fe que en el joven a quien había hecho tantas promesas, no le daba ningún pretexto para que se explicase ni se confesase. Mrs. Penniman, vacilante, declaró que Catherine era muy estúpida, y pospuso la gran escena, como ella la llamaba, de día a día, vagando por la casa, con la bomba sin estallar entre las manos. Las escenas de Morris eran pequeñas hasta entonces; pero aun así le resultaban superiores a sus fuerzas. El joven hacía sus visitas lo más breves posibles, y cuando se sentaba con Catherine le costaba. trabajo mantener la conversación. Ella esperaba que Morris fijase el día de la boda; y mientras él no estuviese dispuesto a ser explícito acerca de aquel punto, parecía una burla el tratar de hablar de materias más abstractas., Catherine no sabía disimular, y no trataba de ocultar su expectación. Esperaba a que Morris se decidiese, esperaría modesta y pacientemente; y que él no hablase en aquel momento supremo, podría parecer extraño, pero indudablemente Morris tendría buenas razones para ello. Catherine hubiera sido una esposa chapada a la antigua, de las que consideran las razones como favores inesperados, y que no esperan recibirlos diariamente de igual modo que reciben un ramo de camelias. Sin embargo, durante el período de su compromiso, una joven, aún con las más modestas pretensiones, espera recibir más ramos de flores que en otras ocasiones; y entonces había tal carencia de perfume en el aire que por fin excitó la alarma de la muchacha.

-¿Estás enfermo? -le preguntó a Morris-. Pareces inquieto y estás pálido.

-No me siento nada bien --dijo Morris; y se le ocurrió que si lograba que Catherine le compadeciese, podría escapar.

-Me temo que trabajes demasiado, no debías trabajar así.

-Tengo que hacerlo. -Y luego añadió, con cierta brutalidad-: No quiero deberte todo.

-¿Cómo puedes decir eso?

--Soy demasiado orgulloso -dijo Morris.

-Sí, eres demasiado orgulloso.

-Bien, tienes que tomarme como soy --continuó él-: no vas a cambiarme.

-No quiero cambiarte -dijo ella con suavidad-. Te aceptaré tal cual eres. -Y permaneció en pie, mirándole.

-Ya sabes lo que la gente habla del hombre que se casa con una mujer rica -observó Morris-. Es muy desagradable.

-Pero yo no soy rica -dijo Catherine.

-Eres lo bastante rica como para que se hable de mí. -Claro que se habla de ti; pero eso es un honor. -Un honor del que prescindiría con mucho gusto.

Catherine estuvo a punto de preguntarle si no era una compensación de aquella modestia que la pobre muchacha que había tenido la desgracia de proporcionársela, le amase tanto y tuviese tanta confianza en él; pero vaciló pensando que, aquellas palabras quizás parecieran exigentes, y mientras ella vacilaba, Morris se marchó.

Sin embargo, la próxima vez que él vino, Catherine sacó de nuevo a relucir el tema, y le dijo que era demasiado orgulloso. El repitió que no podía cambiar; y entonces ella sintió el impulso de decir que mediante un pequeño esfuerzo lo lograría.

A veces Morris pensaba que una, pelea con ella le serviría a sus fines; pero la cuestión era pelear con una muchacha dispuesta a hacer todas aquellas concesiones.

-Me figuro qué tú crees que todos los esfuerzos son tuyos - comenzó-. ¿No crees que yo también tengo que hacer esfuerzos? -Ahora todos son tuyos -dijo ella-. Mis esfuerzos han terminado.

-Bien; los míos, no.

-Debemos soportar juntos los contratiempos -dijo Catherine-. Eso es lo que debemos hacer.

Morris ensayó una sonrisa natural.

-Hay algo que no vamos a poder soportar juntos; por ejemplo, la separación.

-¿Por qué hablas de separación?

-¡Ah, no te gusta!; ¡yo sabía que no había de gustarte!

-¿A dónde vas, Morris? -preguntó ella de repente. Morris la miró un instante y entonces ella sintió miedo de él.

-¿Vas a prometerme que no harás una escena?

-¡Una' escena! ¿Hago yo escenas?

-¡Todas las mujeres las hacen! -dijo Morris con un tono de gran experiencia.

-Yo no las hago. ¿A dónde vas?

-¿Si te dijese que me iba por asuntos de negocios, lo considerarías tan extraño?

Ella se le quedó mirando un momento.

-No. No, si tú me llevas contigo.

-¿Llevarte conmigo en viaje de negocios?

-¿Qué negocios son esos? Tu deber es estar conmigo.

-¡Yo no me gano la vida contigo! -dijo Morris-. ¡O, mejor dicho -exclamó con una repentina inspiración-, eso es lo que hago, o lo que dice la gente que hago!

Aquél era quizás un golpe maestro, pero no produjo efecto. -¿A dónde vas? -repitió simplemente Catherine.

-A Nueva Orleáns... a comprar algodón.

-Yo estoy dispuesta a ir a Nueva Orleáns -dijo Catherine.

-¿Crees que voy a llevarte a un nido de, fiebre amarilla? - exclamó Morris-. ¿Crees que voy a exponerte en esta época? -Si hay fiebre amarilla, tú no debes ir tampoco.

-Voy por ganar seis mil dólares -dijo Morris-. ¿Me quieres quitar esa satisfacción?

-No tenemos necesidad de esos seis mil dólares. Tú piensas demasiado en el dinero.

-Tú puedes proporcionarte el lujo de decir eso. Es una gran oportunidad; nos enteramos de ella la otra noche. -Y le explicó en lo que la oportunidad consistía; le contó una larga historia repitiendo varios de los detalles de la notable operación emprendida por él y su socio.

Pero la imaginación de Catherine, por razones que ella conocía mejor que nadie, no se dejó inflamar por el proyecto.

-Si tú puedes ir a Nueva Orleáns -dijo-, yo puedo ir también. La fiebre amarilla te dará con igual facilidad que a mí. Yo soy tan fuerte como tú, y no tengo ningún miedo de las fiebres. Cuando estuvimos en Europa, recorrimos muchos lugares insalubres; mi padre me hacía tomar píldoras. Nunca tuve nada ni sentí miedo. ¿De qué valen esos seis mil dólares si tú mueres de la fiebre? Cuando dos personas se van a casar, no deben pensar tanto en el dinero. No debías pensar en el algodón, debías pensar en mí. Puedes ir a Nueva Orleáns en otra ocasión. Este no es el momento oportuno; ya hemos esperado demasiado. -Catherine hablaba forzadamente y con las manos asía el brazo de Morris.

-Me dijiste que no harías una escena -dijo Morris-. Yo le llamo a esto una escena.

-Tú eres el que la hace. Yo nunca te he pedido nada antes. Ya hemos aguardado demasiado. -Y para ella era un consuelo el que hasta entonces hubiese pedido tan poco; le parecía que aquello le daba derecho para insistir sobre el punto capital. Morris meditó un momento.

-Está bien; no hablemos más de ello; haré el negocio por carta. -Y comenzó a acariciar su sombrero, como si fuera a marcharse.

--¿Té vas ya? --dijo ella poniéndose de pie y mirándolo a la cara.

Morris no renunciaba a la idea de provocar una pelea; era el medio más sencillo. Inclinó los ojos sobre el rostro levantado de Catherine y le dijo, frunciendo el ceño:

-No eres nada discreta; no deberías atropellarme. Pero, como de costumbre, ella lo concedió todo.

-No, no soy discreta. Ya sé que he estado muy exigente. ¿Pero no es natural? So1o ha sido un momento.

--En un momento se puede causar mucho daño. La próxima vez que venga trata de estar más tranquila.

-¿Cuándo vas a venir?

-¿Vas a ponerme condiciones? -preguntó Morris-. Vendré el sábado próximo.

-Ven mañana -rogó Catherine-. Quiero que vengas mañana. Estaré muy tranquila -añadió; y su agitación era entonces tan fuerte que aquella seguridad resultaba impropia. Un brusco miedo la había acometido; era semejante a la sólida conjunción de una docena de dudas independientes entre sí, y su imaginación, de un solo salto, había atravesado una enorme distancia. Por -el momento, todo su ser se hallaba concentrado en el deseo de mantener a Morris en la habitación. Morris inclinó la cabeza y la besó en la frente.

-Cuando estás tranquila, eres perfecta --dijo-; pero cuando te pones violenta, no estás en carácter.

Catherine deseaba que no hubiese violencias, excepto los latidos de su corazón, que no podía impedir, y prosiguió con la mayor suavidad posible:

-¿Me prometes que vas a venir mañana? 128

-¡He dicho que el sábado! -repuso Morris sonriendo. Una vez fruncía el ceño y otra sonreía. No sabía ya qué hacer.

-Sí, el sábado también -repuso ella, tratando de sonreír-. Pero antes, mañana.

El se dirigió hacia la puerta y ella le siguió rápidamente. Apoyó el hombro contra ella; le parecía que estaba dispuesta a cualquier cosa para mantenerle allí.

-Si mañana no puedo venir, dirás que te he engañado -dijo.

-¿Por qué no vas a poder? Si quieres, podrás.

-¡Yo soy un hombre ocupado, no un faldero! -exclamó Morris severamente.

La voz del joven era tan dura y poco natural, que Catherine, lanzándole una mirada de desolación, se apartó de él; entonces Morris puso la mano en el pestillo; le parecía que era indispensable que huyese de ella. Pero en seguida Catherine se acercó a él y le dijo en tono no menos penetrante por ser bajo:

-Morris, ¿vas a dejarme?

-Sí, durante un tiempo.

-¿Cuánto tiempo?

-Hasta que seas otra vez razonable.

-De ese modo no seré nunca razonable. -Y ella trató de mantenerlo allí un poco más. Era casi una lucha-. ¡Piensa en lo que yo he hecho! exclama la joven-. ¡Morris, yo he renunciado a todo!

-Volverás a tener todo eso.

-No hablarías así si no proyectases algo. ¿Qué es?... ¿qué ha sucedido?... ¿qué he hecho yo?... ¿por qué has cambiado?

-Te escribiré... así será mejor -tartamudeó Morris.

-¡No piensas volver! -gritó ella, rompiendo a llorar:

-Mi querida Catherine -dijo Morris-, no creas eso. Te prometo que me volverás a ver.

.

Y con estas palabras Morris logró escapar, cerrando la puerta tras él.

30

Fué casi el último estallido pasional de su vida; al menos no tuvo otro que el mundo conociese. Pero aquél fué largo y terrible. Catherine se arrojó sobre el sofá y se entregó a su dolor. Apenas sabía lo que había ocurrido; ostensiblemente sólo había tenido una diferencia con su prometido, como habían tenido antes tantas otras muchachas; pero aquello no sólo no era una ruptura, sino que no debía mirarlo como una amenaza. Sin embargo, Catherine sintió una herida; aunque no hubiera sido él quien se la había producido, a Catherine le hacía el efecto de que Morris había arrojado su máscara. Quería huir de ella; había sido violento y cruel, y dicho cosas muy extrañas. La muchacha estaba aturdida; hundió la cabeza en los almohadones sollozando y hablándose. Pero al fin se levantó por miedo de que su padre o Mrs. Penniman entrasen; y entonces se quedó sentada allí, con la vista fija, mientras la oscuridad invadía la habitación. Se dijo que quizás Morris volviera para decirle que no había hablado en serió; y agudizó el oído esperando oírle llamar, tratando de creer que -aquello era probable. Pasó largo tiempo, pero Morris siguió ausente; las sombras aumentaron; la noche se hizo sobre la mezquina elegancia del saloncito de colores claros; el fuego se exitinguió. Cuando hubo oscurecido, Catherine se acercó a la ventana y miró por ella; la muchacha permaneció allí una media hora, con la esperanza de ver que Morris subía las escaleras. Finalmente, la muchacha se apartó al ver llegar a su padre. El la había visto junto a la ventana y se detuvo un momento al pie de la escalera, quitándose el sombrero con aire de exagerada cortesía. El gesto estaba tan poco de acuerdo con la situación en que ella se hallaba; aquel majestuoso tributo de respeto a una pobre muchacha desdeñada y abandonada estaba tan fuera de lugar, que Catherine sintió horror y corrió a su cuarto. Le parecía que acababa de renunciar a Morris.

Media hora más tarde tuvo que presentarse, y en la mesa la sostuvo la inmensidad del deseo de que su padre no advirtiese lo sucedido. Aquello fué una gran ayuda para ella después, y le sirvió desde el principio, aunque nunca tanto como ella suponía. En aquella ocasión, el doctor Sloper estuvo muy locuaz. Contó muchas historias acerca de un maravilloso perro de aguas que había visto en la casa de una anciana a la cual había visitado profesionalmente. Catherine no sólo trataba de dar la impresión de que escuchaba las anécdotas del perro, sino que luchaba por interesarse por ellas para no pensar en su escena con Morris. Quizás aquello era una alucinación; él estaba equivocado; ella tenía celos; la gente no cambia así de uno a otro día. Entonces comprendió que ella había tenido dudas antes -extrañas sospechas que eran a la vez vagas y agudas- y que él había cambiado mucho desde su regreso de Europa. Después trató de escuchar

a su padre, que contaba las cosas muy bien. Luego se fué directamente a su cuarto; pasar la velada con su tía era superior a sus fuerzas. Durante toda la noche se estuvo interrogando a solas. Su situación era horrible; pero ¿era producto de su imaginación, engendrada por una excesiva sensibilidad, o representaba con toda claridad que había sucedido lo peor que podía suceder entonces? Mrs. Penniman, con un tacto que era tan poco corriente como digno de encomio, la dejó en paz. Lo cierto era que al despertarse sus sospechas tuvo él deseo, natural en una persona tímida, de que la explosión se localizase. Y mientras hubiese vibraciones en el aire, se mantenía alejada.

Durante la noche pasó varias veces ante la puerta del cuarto de Catherine, como si esperase oír una queja detrás de ella. Pero en la habitación reinaba un silencio completo; y, por lo tanto, antes de irse a la cama, pidió permiso para entrar. Catherine estaba levantada y tenía en las manos un libro que simulaba leer. No tenía ganas de acostarse, porque creía que no iba a dormir. Después que Mrs. Penniman se hubo ido, permaneció levantada la mitad de la noche y no ofreció a su visitante ningún aliciente para que se quedase. Su tía se acercó muy suavemente y le dijo con gran solemnidad:

-Mucho me temo que algo te sucede, querida. ¿Puedo hacer algo en tu ayuda?

-No me sucede nada ni necesito ayuda de nadie—dijo Catherine, mintiendo abiertamente, y probando con ello que no sólo nuestras faltas, sino nuestras desgracias más involuntarias, tienden a corromper la moral.

-¿No te ha ocurrido nada? -Nada.

-¿Estás segura, querida? -Completamente segura. -¿Y de veras no puedo hacer nada por ti?

-Nada, tía, haz el favor de dejarme en paz -dijo Catherine. Mrs. Penniman, aunque antes había tenido miedo de un recibimiento excesivamente caluroso, quedó decepcionada ante uno tan frío; y al relatar después, como hizo, a muchas personas, con considerables variaciones de detalle, la historia del fin del compromiso de su sobrina, tuvo buen cuidado de decir que la muchacha la había echado de su habitación. Era característico de Mrs. Penniman el relatar aquel hecho, no por malignidad hacia Catherine, a la cual compadecía, sino sencillamente por su natural disposición a embellecer todos los temas que tocaba.

Catherine, como ya he dicho, estuvo levantado media noche, como si aún esperase oír que Morris llamase a la puerta. Al día siguiente, su esperanza fué más razonable; pero no se vio compensada por la reaparición del joven. Tampoco escribió; no hubo una sola palabra de explicación o de disculpa. Afortunadamente para Catherine, hallaba alivio de su excitación, que por entonces era intensa, en su determinación de que su padre no, notase nada. Ya tendremos ocasión de saber lo bien que supo engañar a su padre; pero sus artes inocentes le valían de poco ante una persona de la perspicacia de Mrs. Penniman. La dama comprendió fácilmente que Catherine estaba agitada, y cuando había alguna agitación, mistress Penniman no era persona que renunciarse a su natural participación en ella. Volvió a la carga la velada siguiente, y le dijo a su sobrina que se confiase a ella, que le abriese su corazón. Quizás ella pudiese explicar algunas cosas que entonces parecían oscuras, y acerca de las cuales sabía más de lo que Catherine suponía. Si la noche anterior Catherine había estado fría, entonces estuvo desdeñosa.

-Estás completamente equivocada, y yo no tengo la menor idea de lo que quieres decir. No sé lo que tratas de insinuarme, y nunca he tenido la menor necesidad de las explicaciones de nadie.

De este modo, la joven se defendía y de hora en hora tenía a raya a su tía. Pero la curiosidad de Mrs. Penniman crecía de hora en hora. Habría dado su dedo meñique por saber lo

que Morris había hecho y dicho, qué tecla habla tocado, qué pretexto había encontrado. Le escribió, naturalmente, pidiéndole una entrevista; pero, naturalmente, tampoco recibió respuesta. Morris no tenía ganas de escribir; pues Catherine le había enviado dos breves notas que no tuvieron contestación... Las dos notas eran tan breves que puedo citarlas en toda su extensión: "¿No puedes darme ninguna prueba de que no querías ser tan cruel, como parecías, el martes?" Aquella fué la primera; otra era un poco más larga: "Si yo estuve el martes recelosa o poco razonable, si te molesté o inquieté de alguna manera, te pido perdón y te prometo no volver a ser tan necia. Estoy suficientemente castigada y no lo comprendo. ¡Morris querido, me estás matando!" Aquellas notas fueron enviadas el viernes y el sábado; pero el sábado y el domingo pasaron sin que la joven tuviese la satisfacción que deseaba. Su castigo crecía; sin embargo, continuó sufriéndolo con una gran cantidad de superficial entereza. El sábado por la mañana, el doctor, que había estado observando el silencio, le dijo a su hermana Lavinia:

-¡Ya ha sucedido! ¡Ese canalla la ha dejado!

-¡No! -exclamó Mrs. Penniman, que había estado pensando en lo que iba a decirle a Catherine, pero no se había proporcionado una línea de defensa contra su hermano, de forma que aquella indignada negativa era el único arma de que disponía.

-¡Si te parece mejor, te diré que le ha pedido que suspenda la sentencia temporalmente!

-Por lo visto, te complace que se hayan burlado de los afectos de tu hija.

-¡Cierto -dijo el doctor-, pues yo lo había previsto! Es muy agradable ver que uno ha acertado.

-¡Pues tus palabras me hacen estremecer! -exclamó su hermana.

Catherine hizo rígidamente sus quehaceres habituales; es decir, hasta ir con su tía a la iglesia el domingo por la mañana. Generalmente, iba también al servicio religioso de la tarde; pero en aquella ocasión le faltó el ánimo, y rogó a Mrs. Penniman que fuese sola.

Estoy segura de que tienes un secreto -dijo Mrs. Penniman significativamente, mirándola con gran seriedad y mucho interés.

-¡Si lo tengo, lo guardaré! -repuso Catherine, alejándose. Mrs. Penniman salió para la iglesia; pero antes de llegar se detuvo, dio media vuelta y antes de que hubiesen transcurrido veinte minutos, entraba de nuevo en su casa, miraba los salones vacíos, y luego subía la escalera, para llamar a la puerta del cuarto de Catherine. No obtuvo respuesta; Catherine no estaba dentro, y al poco Mrs. Penniman comprendió que no se hallaba en la` casa.

-¡Se ha ido con él! ¡Ha huido! -exclamó Lavinia entrelazando las manos con envidia, y admiración. Pero en seguida se dio cuenta de que Catherine no se había llevado nada, que en su cuarto estaban todos sus efectos personales, y entonces adoptó la hipótesis de que la muchacha había huido, no por amor, sino por resentimiento. "¡Le ha seguido hasta su casa! ¡Ha forzado sus puertas!" En aquellos términos, Mrs. Penniman describía la salida de su sobrina; la cual, vista á aquella luz, favorecía su sentido de lo pintoresco, sólo en grado inferior a la idea de un matrimonio clandestino. El ir a visitar á un prometido para llorarle y hacerle reproches, era una imagen tan agradable a la mente de Mrs. Penniman, que sintió una especie de decepción estética, al ver que en aquel caso faltaba el armonioso acompañamiento de la oscuridad y la tormenta. Una tranquila tarde de domingo no era el marco apropiado para ello. Y Mrs. Penniman no tenía un humor de acuerdo con la tarde, que transcurría muy lentamente, mientras con su capote y su chal esperaba, en el salón delantero, la vuelta de Catherine.

Este acontecimiento tuvo lugar al fin. Mrs. Penniman vio por la ventana a su sobrina que subía la escalera, y salió - a esperarla al hall, donde cayó sobre ella, en cuanto entró en la

casa, y la atrajo hacia el salón, cerrando la puerta con solemnidad. , Catherine tenía el rostro encendido y los ojos brillantes. Mrs. Penniman no sabía qué pensar.

-¿Puedo preguntarte dónde has estado? -le dijo.

-He dado un paseo -dijo Catherine-. Pensé que tú estabas en la iglesia.

-Estuve; pero el servicio fué más corto que de costumbre. Por favor, ¿dónde has estado?

-No lo sé -dijo Catherine.

-¡Tu ignorancia es extraordinaria! Querida Catherine, ¿no tienes confianza en mí?

-¿Y qué voy a confiarte?

-Tu secreto... tu pesar.

-No tengo ningún pesar -repuso Catherine indignada.

-¡Mi pobre niña! -insistió Mrs. Penniman-, no vas a engañarme. Lo sé todo. Me han rogado que conversase contigo.

-Yo no tengo ganas de conversar.

-Te aliviaría. ¿No conoces a Shakespeare? "El pesar mudo. . ." Mi querida, es mejor así.

-¿Qué es lo que es mejor?

Catherine era realmente perversa. Era, normal que una joven abandonada por su amado tuviera cierta cantidad de perversidad; pero no una cantidad que resultase inconveniente para sus apologistas.

-Que tú fueses razonable -dijo Mrs. Penniman con cierta severidad-; que te aconsejases de las gentes prudentes y de mundo; que té sometieses a consideraciones prácticas; que te avinieses a una separación.

Catherine había sido de hielo hasta entonces, pero ante aquellas palabras se inflamó.

-¿Separación? ¿Qué sabes tú de nuestra separación?

Mrs. Penniman movió la cabeza con una tristeza en la cual había un poco de ofensa.

-Tu orgullo es mi orgullo, y tus susceptibilidades, las mías. Yo comprendo perfectamente tu punto de vista, pero también. . . -aquí sonrió melancólicamente-. ¡Veo la situación en general!

Aquella sugestión no pasó desapercibida para Catherine, que repitió su violenta pregunta.

-¿Qué hablas de separación?, ¿Qué sabes de ella?

-Debemos aprender resignación -dijo Mrs. Penniman vacilando, pero con acento sentencioso.

-¿Resignación? ¿A qué?

-A un cambio de nuestros planes.

-¡Mis planes no han cambiado! -dijo Catherine, lanzando una risita.

-¡Ah, pero han cambiado los de Mr. Townsend! -repuso su tía con suavidad.

-¿Qué quieres decir?

Había una imperiosa brevedad en el tono de aquella pregunta, contra la cual Mrs. Penniman se sintió obligada a protestar; la información que pensaba proporcionar a su sobrina era un favor, después de todo. Había probado la sequedad, y había probado la severidad; pero ninguna de ellas servía; la escandalizaba la obstinación de la muchacha.

-¡Ah, bien!... -dijo-. Si él no te ha hablado...

-Y se apartó.

Catherine la contempló un momento en silencio; luego corrió hacia ella y le dio alcance antes de que llegase a la puerta.

-¿Decirme el qué? ¿Qué quieres decir? ¿Qué insinúas y con qué me amenazas?

-¿No está roto? -preguntó Mrs. Penniman.

-¿Mi compromiso? ¡Nada de eso!

-En tal caso te pido perdón. ¡He hablado demasiado pronto!

-¿Demasiado pronto? ¡Pronto o tarde --gritó Catherine-, hablas necia y cruelmente!

-¿Entonces, qué ha pasado entre vosotros? -preguntó su tía conmovida por la sinceridad de aquel grito-, porque algo ha sucedido, indudablemente.

-¡No ha sucedido más que yo le amo más cada vez! Mrs. Penniman quedó un momento silenciosa.

-Me figuro que ésa ha sido la razón de que hayas ido a verle esta tarde.

Catherine enrojeció como si hubiese recibido un golpe.

-¡Sí, he ido a verle! Pero ése es asunto mío.

-Muy bien; entonces, no se hable más de ello.

-Y mistress Penniman se dirigió hacia la puerta; pero se detuvo al oír un grito implorante de la joven.

-Tía Lavinia, ¿dónde ha ido?

-¡Ah, reconoces que se ha ido! ¿No lo sabían en su casa?

-Me dijeron que no estaba en la ciudad. Y no hice más preguntas; me daba vergüenza --dijo Catherine con sencillez.

-No necesitabas haber dado ese paso tan comprometedor si hubieses tenido un poco más de confianza en mí --observó con grandeza Mrs. Penniman.

-¿Ha ido a Nueva Orleáns? -prosiguió Catherine.

Aquélla era la primera vez que Mrs. Penniman había oído hablar de Nueva Orleáns con relación al viaje de Morris; pero no quiso que Catherine supiese su falta de noticias. Trató de buscar esclarecimiento en las instrucciones recibidas de Morris.

-Mi querida Catherine -dijo-, cuando se ha convenido una separación, cuanto más lejos se vaya él, mejor.

-¿Convenido? ¿Lo ha convenido contigo? -Durante los últimos cinco minutos había tenido una sensación consumada del entrometimiento de su tía, y quedó aterrada al pensar que mistress Penniman había estado jugando con su dicha.

-A veces, Morris me ha pedido consejos.

-¿Eres tú la que le has cambiado? -gritó Catherine-. ¿Eres tú la que le has aconsejado y apartado de mí? ¡Morris no es tuyo, y no veo por qué tienes que meterte en cosas que sólo son nuestras! ¿Has sido' tú la que has tramado esto y le has dicho que me deje? ¿Cómo has podido ser tan mala, tan cruel? ¿Qué te he hecho yo? ¿Por qué no puedes dejarme en paz? ¡Yo tenía miedo de que lo echases a perder, ¡pues echas a perder todo cuanto tocas! Lo temía mientras estuvimos fuero; no descansaba pensando que tú estabas a todas horas con él -continuó Catherine con creciente vehemencia, expresando, con la amargura y la clarividencia de su pasión que, bruscamente, saltando todos los procedimientos, la hacía juzgar a su tía finalmente y sin apelación la inquietud que durante muchos meses llevaba en el corazón.

Mrs. Penniman quedó aterrada y aturdida; no vio oportunidad de explicar los puros motivos de Morris.

-¡Eres una ingrata! -exclamó-. ¡Me culpas por hablar con él, cuando no hablábamos más que de ti!

-¡Sí, por eso, él se preocupó; le hiciste que se cansase hasta de mi nombre! ¡Yo hubiera querido que nunca le hubieses hablado de mí! ¡Nunca te pedí ayuda!

-Estoy segura que de no haber sido por mí, él no habría venido a la casa, y tú no hubieses sabido que pensaba en ti -repuso Mrs. Penniman con cierta justicia.

-¡Ojala no hubiera venido a esta casa, y ojala no la hubiera visto! ¡Sería mejor que lo que me ocurre! -dijo la pobre Catherine

-Eres una muchacha muy ingrata -repitió la tía Lavinia. El estallido de su cólera y la sensación de culpa le dieron a Catherine, mientras duraron, la satisfacción emanada de toda afirmación de fuerza; la arrebataron, y siempre existe un placer en hendir el aire. Pero, en el fondo, la muchacha odiaba la violencia y se daba cuenta de su falta de aptitudes para un resentimiento organizado. Se calmó, haciendo un gran esfuerzo, pero con gran rapidez, y se paseó por la habitación, tratando de decirse que su tía había hecho todo con buenas intenciones. No logró decirlo con gran convicción, pero al cabo de un rato pudo hablar con serenidad.

-No soy ingrata, pero sí muy desgraciada. Es muy duro sentir gratitud por esto -dijo-. ¿Quieres decirme dónde está?

-¡No tengo la menor idea! No mantengo correspondencia secreta con él. -Y Mrs. Penniman hubiera deseado que así fuese, para poderle contar a Morris que Catherine la había insultado, después de todo lo que ella había hecho.

-¿Entonces era un plan de él, para romper...? -dijo Catherine, que había logrado dominarse.

Mrs. Penniman vislumbró una oportunidad de dar explicaciones.

-¡No tuvo valor! -dijo-. ¡Le faltó el ánimo para perjudicarte! ¡No quería atraer sobre ti la maldición de tu padre! Catherine escuchó aquello con los ojos fijos en su tía, y durante un tiempo siguió así.

-¿Te dijo él que me dijeras esto?

-Me dijo que te dijese muchas cosas, todas ellas muy delicadas y sutiles; y me dijo también que esperaba que tú no le despreciases.

-No le desprecio -dijo Catherine; y luego añadió-: ¿Va a estar fuera, siempre?

-Siempre, es mucho tiempo. Tu padre quizás no viva siempre. . Quizás no.

-Estoy segura de que tú aprecias, de que tú comprendes, aun cuando te sangre el corazón -dijo Mrs. Penniman-. Indudablemente, le considerarás excesivamente escrupuloso. Yo también, pero respeto sus escrúpulos. Lo que él te pide es que tú hagas lo mismo. Catherine se hallaba aún mirando a su tía, pero, al fin, hablo como si no la hubiese oído ni entendido.

--Entonces, ha sido un plan regular. El ha roto el compromiso deliberadamente; me ha dejado.

-Por el presente, Catherine; no ha hecho más que aplazarlo.

-Me ha abandonado -prosiguió Catherine.

-¿No lo has hecho tú conmigo? -preguntó con cierta solemnidad Mrs. Penniman.

Catherine movió la cabeza lentamente.

-¡No lo creo! -dijo, y salió de la habitación.

31

Aunque Catherine logró mantenerse tranquila, prefería practicar esta virtud en privado, y se abstuvo de bajar al té, que los domingos, a las seis, hacía las veces de cena. El doctor Sloper y su hermana se sentaron frente a frente, pero Mrs. Penniman jamás miró a los ojos de su hermano. Más tarde, los dos hermanos fueron a casa de Mrs. Almond, donde ambas damas discutieron la desgraciada situación de Catherine, con una franqueza sólo condicionada por las misteriosas reticencias de Mrs. Penniman.

-Me encanta que no se case con ella --dijo Mrs. Almond-. Pero, de todas maneras, debían azotarlo.

Mrs. Penniman, escandalizada ante la rudeza de su hermana, replicó que- había actuado movido por los motivos más puros y nobles: el deseo de no empobrecer a Catherine.

-¡Me alegro mucho de que Catherine no se empobrezca, pero espero que él no tenga jamás un penique de sobra! ¿Y qué te ha dicho a ti la pobre muchacha? -preguntó Mrs. Almond.

-Me ha dicho que soy un genio del consuelo --dijo mistress Penniman.

Tal fue el relato del asunto que dio a su hermana, y quizás con la conciencia de aquel genio, a su regreso a Washington Square, fue a llamar a la puerta del cuarto de Catherine. La muchacha salió a abrirle; aparentemente, se hallaba muy tranquila.

--Sólo quiero darte un consejo -le dijo-. Si tu padre te hace alguna pregunta, dile que todo sigue igual.

Catherine permanecía de pie, con la mano en el pestillo, mirando a su tía, pero no invitándola a que entrase.

-¿Crees que me lo va a preguntar?

-Estoy segura de ello. Me lo ha preguntado a mí, cuando volvíamos de casa de tu tía Elizabeth. Yo le he explicado todo a tu tía. A tu padre le he dicho que no sabía nada.

-¿Crees que me preguntará cuando vea... cuando vea... ? -Aquí Catherine se detuvo.

-Cuanto más vea, más desagradable se pondrá -dijo su tía. -¡Va a ver lo menos posible! -declaró Catherine.

-Dile que vas a casarte.

-Y voy a hacerlo --dijo Catherine suavemente, cerrándole la puerta a su tía.

No podría haber dicho aquello dos días después, por ejemplo, el martes, cuando por fin recibió una carta de Morris Townsend. Era una epístola considerablemente larga, de cinco páginas grandes, y escrita en Filadelfia: Era un documento explicativo, y aclaraba muchas cosas, entre ellas, las consideraciones que habían llevado al autor a aprovechar una urgente ausencia "profesional" para tratar de borrar de su mente la imagen de aquella cuyo camino había atravesado sólo para sembrarlo de ruinas. El no esperaba tener más que un éxito parcial en su empresa, pero le prometía que, a pesar de su fracaso, no se interpondría jamás entre el generoso corazón de Catherine y sus brillantes perspectivas y deberes filiales. Terminaba insinuando que su profesión quizás le obligase a viajar durante algunos meses, y esperando que cuando ambos se hubiesen acomodado a sus respectivas posiciones -aunque tardasen en hacerlo varios años-, se reuniesen como amigos, y víctimas inocentes de una gran ley social. Que la vida de ella fuese tranquila y feliz era el mayor deseo del que aún se atrevía a firmar como su obediente servidor. La carta estaba muy bien escrita, y Catherine, que la conservó durante muchos años, pudo, cuando su amargura hubo disminuido, admirar su gracia de expresión. Por el presente, durante largo tiempo después de recibirla, la única: ayuda que tuvo, fué su decisión, más firme cada día, de no apelar a la compasión de su padre.

El doctor dejó pasar una semana, y luego, un día por la mañana, a una hora en que Catherine le veía raramente, entró en el salón de atrás. Había buscado el momento de hallarla a solas. Catherine estaba sentada, haciendo una labor, y el doctor quedó en pie, frente a ella. Iba a salir; tenía el, sombrero puesto y se estaba calzando los guantes.

-Me parece que no me estás tratando con la consideración que merezco -le dijo al cabo de un rato.

-No sé qué he hecho -repuso Catherine con los ojos fijos en su labor.

-Al parecer, has desterrado de tu mente el ruego que te hice en Liverpool, antes de nuestra partida; el ruego de que me notificases con anticipación cuándo te ibas a ir de mi casa.

-No me he ido de tu casa -dijo Catherine.

-Pero piensas irte, y por lo que me das a entender, tu partida está cercana. En realidad, estás presente de cuerpo, pero ausente de espíritu. Tu mente está con tu futuro esposo, y podías estar ya bajo el techo conyugal, a juzgar por el beneficio que extraemos de tu sociedad.

-Trataré de estar más animada -dijo Catherine. -indudablemente debías estarlo; si no lo estás, eres muy exigente. Al placer de casarte con un hombre encantador, se une el de salirte con la tuya; ¡eres una muchacha muy afortunada! Catherine se puso en pie; se ahogaba. Pero dobló cuidadosamente su labor, inclinando sobre ella su rostro ardoroso. Su padre seguía en el lugar donde se había detenido; la muchacha esperaba que se fuese, pero. él se abotonó los guantes y luego se puso las manos en las caderas.

-A mí me convendría saber cuándo voy a tener la casa desocupada -prosiguió-. Cuando tú te vayas, tu tía se irá también. Ella le miró, por fin, con una mirada larga y silenciosa, en la cual había, a pesar de su orgullo y su resolución, parte del ruego que trató dé hacer. Los fríos ojos grises de su padre se clavaron en los suyos, y el doctor insistió:

-¿Va a ser mañana? ¿La semana que viene, o la otra?

-¡No me iré! -dijo Catherine.

El doctor levantó las cejas.

-¿Te ha dejado?

-Yo he roto mi compromiso. -¿Roto el compromiso?

-Le he pedido que se fuese de Nueva York y él se ha ausentado por largo tiempo.

El doctor quedó a la vez intrigado y decepcionado, pero resolvió su. perplejidad diciéndose que su hija simplemente falseaba, justificadamente, si se quería, pero de todos modos falseaba los hechos; y consoló su decepción, que no era la del hombre que ha perdido la oportunidad de un pequeño triunfo con el que contaba, con unas pocas palabras que dijo en voz alta:

-¿Y cómo toma él tu despedida?

-¡No lo sé! -dijo Catherine, menos ingeniosamente de lo que hasta entonces había hablado.

-¿Quieres decir que no te importa? ¡Eres muy cruel, después de animarle y de jugar con él durante tanto tiempo!

El doctor se vengó después de todo.

32

Hasta ahora, nuestra historia ha avanzado muy lentamente, pero al aproximarse a su fin, tiene que dar un largo paso. Con el transcurso del tiempo, le pareció al doctor que el relato de su

hija, de la ruptura con Morris Townsend, que le había hecho el efecto de una pura bravata, quedó hasta cierto punto justificado por las consecuencias. Morris permaneció tan rígidamente ausente, como si hubiese muerto de amor, y aparentemente Catherine ocultó el recuerdo de aquel estéril episodio, como si hubiese terminado por la voluntad de ella. Sabemos que la joven había recibido una herida profunda e incurable, pero el doctor no tuvo medios de conocerla. Sentía curiosidad acerca de ello, y... habría dado gran cosa por averiguar la verdad; pero su castigo consistió en que jamás lo supo; digo su castigo, por el abuso del sarcasmo en las relaciones con su hija. Hubo una gran cantidad de sarcasmo en el silencio de Catherine y los demás ayudaban en su empresa a la muchacha. Mrs. Penniman no dijo nada a su hermano; en parte, porque él no le preguntaba; la desdeñaba. demasiado para ello, y en parte, porque ella pensaba que su atormentadora reserva y su serena profesión de ignorancia la vengaban de la teoría del doctor, de que ella se había entrometido en el asunto. El doctor había ido dos o tres veces a visitar a Mrs. Montgomery, pero ella no tenía nada que decirle. Sólo sabía que el compromiso de su hermano se había roto; y ahora que miss Sloper se hallaba fuera de peligro, prefería no declarar en contra de Morris. Antes lo había hecho contra su voluntad, porque le daba lástima de miss Sloper; pero ahora no tenía por qué compadecerla. Morris no le había dicho nada de sus relaciones con miss Sloper, antes ni después. Estaba siempre fuera y le escribía muy raramente. Ella pensaba que por entonces se hallaba en California. Desde la catástrofe, Mrs. Almond se había encargado de Catherine, pero aunque la muchacha estaba muy agradecida a su cariño, no reveló ningún secreto, y la buena mujer no pudo dar ninguna satisfacción al doctor. Incluso aunque hubiera podido narrar con todo detalle la historia del desdichado amor de Catherine, la dama habría sentido cierta satisfacción en mantener a su hermano en la ignorancia, pues por entonces. Mrs. Almond no estaba de acuerdo con el doctor. Había adivinado que Catherine había sido burlada cruelmente; no supo nada por Mrs. Penniman, que no se había atrevido a exponer los puros motivos de Morris a Mrs. Almond, a pesar de considerarlos suficientemente buenos para Catherine; y consideraba a su hermano demasiado indiferente a lo que la pobre muchacha había sufrido y estaría sufriendo aún. El doctor Sloper tenía su teoría y él alteraba sus teorías raramente. Aquel matrimonio habría sido abominable y la muchacha se había salvado por milagro. No había que compadecerla por aquello, y el tratar de condolerse sería hacer concesiones a la idea de que Catherine había tenido derecho a pensar en Morris.

-Desde el principio tuve esta idea, y me mantengo firme en ella -dijo el doctor-. No veo en ello ninguna crueldad.

Mrs. Almond replicó diciendo que si Catherine se había deshecho de su indigno Morris, merecía que se le reconociese aquel mérito, y el esfuerzo que había. hecho para adoptar el punto de vista de su padre tenía que haber sido muy grande, y el doctor debía apreciarlo.

-Yo no estoy seguro de que ella se haya deshecho de él - dijo el doctor-. No hay la menor probabilidad de que después de haberse resistido tercamente durante dos años, se aviniera a razones de repente. Es infinitamente más probable que él la haya dejado.

-Razón de más para ser cariñoso con ella.

-Yo soy cariñoso con ella. Pero no puedo ponerme patético; no puedo llorar la cosa más afortunada que podía haberle ocurrido.

-No-tienes compasión -dijo Mrs. Almond-. Eso no ha sido nunca tu punto fuerte. No tienes más que mirarla para ver que, con razón o sin ella, y fuese ella o él la causa de la ruptura, la pobre Catherine tiene el corazón destrozado.

-¡El derramar lágrimas sobre los corazones destrozados no los mejora! Mi misión es procurar que no reciba más golpes, y de eso voy a encargarme. Pero no reconozco la descripción que me haces de Catherine. No me hace el efecto de la joven que busca una cataplasma moral. En realidad, está mucho mejor que cuando él revoloteaba en torno suyo. Está muy bien; come, duerme, hace el ejercicio habitual y, como de costumbre, va recargada de adornos. Está siempre tejiendo algún bolsillo, o bordando algún pañuelo, y me parece que lo hace tan rápidamente como antes. No, tiene mucho que decir, ¿pero cuándo ha tenido mucho que decir? Ha tenido su tormenta, y ahora descansa. Sospecho que, en general, le gusta.

-Le gusta lo que le gusta a la gente que le cortan una pierna machacada. El estado de espíritu, después de una amputación, es indudablemente de relativo reposo.

-Si la pierna es la metáfora que empleas por el joven Townsend, puedo asegurarte que no ha sido machacada. ¡Nada de eso! Está vivo y completamente intacto; y eso es lo que no me satisface.

-¿Te habría gustado matarle? -preguntó Mrs. Almond.

-Sí, mucho. Pienso que todo esto puede ser una pantalla. ¿Una pantalla?

-Sí, un arreglo entre los dos. II fait le mort, como dicen los franceses; pero mira con el rabillo del ojo. Puedes estar segura de que no ha quemado sus naves; ha conservado una para regresar con ella. Cuando yo muera, él se hará a la vela y ella se casará con él.

-Es interesante ver que acusas a tu única hija de ser la más vil de las hipócritas -dijo Mrs. Almond.

No veo qué diferencia significa que sea mi única hija. Más vale acusar a una persona sola que a una docena. Pero yo no acuso a nadie. Catherine no es nada hipócrita, y yo niego que incluso simule ser desgraciada.

La idea del doctor de que todo aquello era "una pantalla' tenía sus intermitencias y recrudecimientos; pero hay que decir que fue aumentando con los años, juntamente con su impresión del floreciente estado de Catherine. Naturalmente, si durante los años que siguieron a la ruptura, el doctor no tuvo motivo de pensar que su hija sufría del mal de amor, menos lo halló cuando la muchacha hubo recobrado el dominio de sí. El doctor se vio obligado a reconocer que si la pareja esperaba a que él desapareciese de escena, al menos su espera era muy paciente. De vez en cuando sabía que Morris estaba en Nueva York; pero nunca permanecía mucho tiempo en la ciudad, ni tenía, a saber del doctor, comunicación con Catherine. El doctor estaba seguro de que no se veían, y sospechaba que Morris no le escribió nunca. Después de la carta mencionada, Catherine tuvo otras dos veces noticias de él, con intervalos considerables. Pero en ninguna de aquellas ocasiones contestó ella. Por otra parte, como el doctor advirtió, Catherine evitaba rígidamente, la idea de casarse con otros hombres. Sus oportunidades no fueron nunca numerosas, pero se produjeron con la frecuencia suficiente para poner a prueba su disposición. Catherine rechazó a un viudo, un hombre de buen carácter, gran fortuna y tres hijas pequeñas; había oído que a Catherine le gustaban mucho los niños, y habló de las suyas con cierta confianza; y no dio oídos a los ruegos de un abogado joven e inteligente, el cual, con la perspectiva de una gran clientela y la reputación de hombre agradable, había tenido la. agudeza, cuando se trató de buscar esposa, de pensar que Catherine le convenía más que otras muchachas más lindas y jóvenes... Mr. Macalister, el viudo, había querido hacer un matrimonio de conveniencia, y eligió a Catherine por ver en ella latentes cualidades matroniles; pero John Ludlow, el abogado, un año más joven que Catherine, estaba sinceramente enamorado de ella. Sin embargo, la. muchacha no le miró a la cara, y le dijo claramente que venía a verla con demasiada frecuencia. El se consoló después y se casó con una mujer muy distinta, la pequeña

miss Sturtevant, cuyos atractivos eran obvios aún para la mente más obtusa. Catherine, por aquella época, había cumplido ya los treinta años, y ocupaba un lugar entre las solteronas. Su padre habría preferido que se casase, y una vez le dijo que esperaba que no fuese demasiado exigente.

-Antes de morir, me gustaría verte casada con un hombre honrado -le dijo, después que John Ludlów fué rechazado, aunque el doctor le aconsejó que perseverase... El doctor no ejerció más presión, y tuvo el acierto de no preocuparse por la soltería de su hija; en realidad, se preocupaba más de lo que aparentaba, y había ocasiones en que creía que Morris Townsend estaba oculto detrás de alguna puerta. "Si no lo está, ¿por qué no se casa con ella? -se preguntaba-. Por limitada que sea su inteligencia, debe comprender que nació para hacer lo que hacen todos". Sin embargo, Catherine se convirtió en una solterona admirable. Adquirió hábitos y reguló sus días conforme a un sistema propio, se interesó por las sociedades de caridad, asilos, hospitales y sociedades de beneficencia; y prosiguió con paso igual y silencioso los rígidos quehaceres de su vida. Sin embargo, aquella vida tenía una historia secreta y una pública, si se puede hablar de la historia pública de una solterona madura y tímida, para la cual la publicidad había sido siempre una combinación de terrores. Desde el punto de vista de Catherine, los principales acontecimientos de su vida eran que Morris Townsend se había burlado de ella, y que su padre había secado la fuente de sus afectos. Nada podía alterar aquellos hechos; estaban siempre presentes, como su nombre, su edad, su rostro vulgar. Nada podía curar el daño que Morris le había infligido, y nada podía hacer que ella sintiese hacia su padre lo que había sentido por él en su juventud. En su vida había algo muerto, y su deber era tratar dé llenar aquel vacío. Catherine tenía en gran consideración aquel deber; reprobaba el abatimiento y la cavilación. No tenía, claro está, facultad de ahogar sus recuerdos en la disipación, pero se mezclaba libremente en las usuales diversiones de la ciudad, y por fin se convirtió en una figura inevitable en todas las fiestas respetables. Gozaba de grandes simpatías, y con el paso del tiempo se hizo una especie de benévola tía del elemento joven de la sociedad. Las muchachas le confiaban sus asuntos amorosos cosa que jamás hicieron con Mrs. Penniman-, y los muchachos le tomaban cariño, sin saber por qué: Adquirió unas cuantas inocentes excentricidades; sus costumbres, una vez formadas, eran rígidamente mantenidas; sus opiniones en materias sociales y morales, eran extremadamente conservadoras; y antes de que cumpliese los cuarenta años, era considerada como persona anticuada, y autoridad en costumbres ya pasadas. En comparación, Mrs. Penniman era una figura juvenil; al avanzar en la vida se iba rejuveneciendo. No perdió nada de su gusto por la belleza y el misterio, pero tuvo pocas ocasiones de ejercitarlo. Con los últimos pretendientes de Catherine no logró establecer relaciones tan íntimas como las que le habían proporcionado tantas horas interesantes en compañía de Morris Townsenci. Dichos caballeros tenían un indefinible recelo a sus buenos oficios, y jamás le hablaron de los encantos de Catherine. Sus rizos, sus hebillas y sus abalorios brillaban más a cada año que transcurría, y continuó siendo la misma oficiosa e imaginativa Mrs. Penniman, con la idéntica extraña mezcla de impetuosidad y circunspección que hemos conocido hasta ahora. Sin embargo, debemos decir que, respecto a un punto, la circunspección prevaleció. Durante diecisiete años no mencionó a su sobrina el nombre de Morris Townsend. Catherine se lo agradecía, pero aquel prolongado silencio, tan poco de acuerdo con el carácter de su tía, le producía cierta alarma, y jamás pudo librarse de la sospecha de que Mrs. Penniman recibía de vez en cuando noticias de él.

33

Poco a poco, el doctor Sloper se fué retirando de su profesión; visitaba sólo a los pacientes cuyos síntomas tenían una cierta originalidad. ¯Volvía a Europa, y permaneció dos años allí Catherine fué con él, y en aquella ocasión Mrs. Penniman formó parte del grupo. Al parecer, Europa ofrecía pocas sorpresas a Mrs. Penniman, que solía observar en los lugares más románticos.

-Para mí, todo es familiar --decía.

Debemos añadir que estas observaciones no iban dirigidas a su hermano ni a su sobrina, sino a sus compañeros turistas, al cicerone, o incluso al pastor del primer plano.

Un día, después de su regreso de Europa, el doctor dijo a, su hija algo que le sobresaltó; le parecía que venía muy del fondo de su pasado.

-Querría que me prometieses algo antes de morir.

-¿Por qué hablas de muerte? --dijo ella.

-Porque tengo sesenta y ocho años.

-Espero que vivas aún mucho tiempo -dijo Catherine.

-Yo también, pero un día pillaré un resfriado, y entonces mis esperanzas no valdrán de nada. Moriré así, y cuando ello suceda, recuerda que te lo avisé - Prométeme no casarte con Morris Townsend después de mi muerte.

Esto fué lo que sobresaltó a Catherine; pero su sobresalto fué silencioso y durante un momento no dijo nada.

-¿Por qué hablas de él? -preguntó al fin.

-Tú rebates todo lo que ¯digo. Hablo de él, porque es un tópico como otro cualquiera. Sigue vivo y anda aún buscando mujer. Tuvo una y se deshizo de ella. No sé por qué medios. Últimamente estaba en Nueva York, y tu tía Elizabeth le vio en casa de tu prima Marian.

-Ninguna de ellas me ha dicho nada.

-El mérito es de ellas, no tuyo. Morris está gordo, calvo, y no ha logrado hacer fortuna. Pero como no creo que esto baste para predisponerte en contra de él, quiero que me hagas esa promesa.

-¡Gordo y calvo! -aquellas palabras presentaban una imagen extraña en la mente de Catherine, de la cual no se había borrado nunca el recuerdo del joven mejor parecido del mundo-.

-Creo que no comprendes -dijo ella-. Yo pienso muy raramente en Mr. Townsend.

-En tal caso, te será muy fácil seguir adelante. Prométeme que, después de mi muerte, harás lo mismo.

De nuevo, durante un momento, Catherine quedó silenciosa; el ruego de su padre la sorprendía profundamente; abría una antigua herida, y renovaba su dolor. -

-No puedo prometer eso -repuso ella.

-Me darías una gran satisfacción. -dijo su padre. -Tú no comprendes; yo no puedo prometer eso. El doctor permaneció silencioso un instante.

-Te lo pregunto por una razón especial. Voy a modificar mi, testamento.

Aquella razón no convenció a Catherine; y en realidad, apenas la entendía. Todos sus sentimientos se confundían en que su padre quería tratarla como había hecho años antes. Entonces había sufrido mucho; y ahora, la tranquilidad y la rigidez que había adquirido, protestaban. Catherine había sido tan humilde en su juventud, que ahora podía permitirse, el lujo de tener un poco de orgullo, y la petición de su padre, y que él se creyese en libertad de hacerla, herían su dignidad. La dignidad de la pobre Catherine no era agresiva; jamás hacía ostentación; pero si se la buscaba; se la hallaba. Su padre la había buscado mucho.

-No puedo prometer -dijo Catherine simplemente. -Eres muy obstinada -dijo el doctor.

-Creo que no comprendes. -Entonces, explícame.

-No puedo explicar ni prometer -dijo Catherine.

-A fe mía -exclamó su padre-, ¡no tenía idea de lo obstinada que eres!

Catherine sabía que ella era obstinada, y ello le daba cierta alegría. Entonces, era una mujer madura.

Un año después de esto, ocurrió el accidente de que el doctor había hablado; pilló un fuerte resfriado. Un día de abril se dirigía en coche a Bloomingdale para visitar a un paciente de cerebro insano, que se hallaba en un manicomio particular, y cuyos familiares deseaban conocer la opinión de un médico famoso; le sorprendió un chaparrón, y como iba en un coche descubierto, quedó calado hasta los huesos. Volvió a su casa con escalofríos, y al día siguiente se hallaba gravemente enfermo.

-Es una congestión pulmonar -le dijo a Catherine-. Necesitaré muchos cuidados. Serán inútiles, porque no me restableceré.

Pero quiero que se haga todo como si fuese a curarme. No me gusta ver enfermos mal cuidados, y tú debes atenderme, como si creyeses que iba a ponerme bien. -Le dijo qué médico debía llamar y le dio una multitud de instrucciones detalladas; Catherine le atendió siguiendo aquella hipótesis optimista. Pero el doctor no se había equivocado en su vida, y en aquella ocasión tampoco lo hizo. Tenía cerca de setenta años, y aunque su naturaleza. era fuerte, no disponía ya de gran vitalidad. Murió a las tres semanas de enfermedad, durante las cuales Mrs. Penniman y Catherine estuvieron junto a su lecho.

Cuando se abrió su testamento, al cabo de un intervalo decoroso, se vio que constaba de dos partes. La primera, estaba hecha diez años antes, y consistía en una serie de disposiciones mediante las cuales dejaba una gran parte de sus bienes a su hija, e importantes legados a sus dos hermanas. La segunda era un codicilo de origen reciente, por el cual se mantenían las pensiones de Mrs. Penniman y Mrs. Almond, pero se reducía la herencia de Catherine a una quinta parte de la suma inicial. "Tiene una fortuna suficiente, por parte de su madre -decía el documento-, y nunca ha gastado más que una parte de dicha renta; por lo tanto, su fortuna es lo bastante grande para atraer a los aventureros sin escrúpulos, a los, cuales tengo motivos para creer que los sigue mirando como clase interesante." El grueso de la fortuna del doctor Sloper quedó dividido en siete partes, destinadas a diversos hospitales y escuelas de medicina de los Estados Unidos.

Mrs. Penniman consideraba monstruoso que un hombre jugase así con la fortuna de otros, pues, después de la muerte del doctor, su dinero ya no era de él.

-Claro que tú vas a impugnar el testamento -le dijo a Catherine.

-No -repuso su sobrina-. Lo encuentro muy bien. ¡Sólo deseaba que estuviese expresado de modo distinto!

34

Catherine tenía por costumbre quedarse en Nueva York hasta muy avanzado el verano; prefería la casa de Washington Square a cualquier otra habitación, y sólo mediante protestas se iba a la playa durante el mes de agosto. Entonces pasaba el mes en un hotel. El año que murió su padre, Catherine interrumpió aquella costumbre, por considerar que no estaba de acuerdo con el luto riguroso; y al siguiente año aplazó tanto su partida, que a mediados de agosto estaba aún en

la cálida soledad de Washington Square. Mrs. Penniman, que era aficionada a los cambios, generalmente sentía un vivo anhelo de ir al campo; pero, al parecer, aquel año se contentaba con las impresiones rurales que, pudiese obtener de los ailantos, vistos desde la ventana del salón. La peculiar fragancia de aquellos árboles solía difundirse en el aire de la noche, y Mrs. Penniman, en las cálidas noches de julio, solía sentarse junto a la abierta ventana para aspirarla. Aquél era un momento feliz para ella; después de la muerte de su hermano se sentía más en libertad de seguir sus impulsos. Una vaga opresión había desaparecido de su vida, y disfrutaba de una sensación de libertad que no había tenido desde hacía mucho tiempo, cuando el doctor se fué a Europa con Catherine y la dejó en casa para que, agasajase a Morris Townsend. El año que siguió a la muerte de su hermano le recordó aquella época feliz, porque, aunque Catherine con. los años se fué haciendo una persona con la que había que contar, su sociedad era muy diferente a la de un tanque de agua fría, según decía Mrs. Penniman. La anciana no sabía qué hacer con aquel amplio margen de su vida; -se sentaba y lo contemplaba largamente, como había hecho, aguja en mano, ante el tapiz que estaba haciendo. Tenía la esperanza, sin embargo, de que sus impulsos y su talento para el bordado hallasen aún su aplicación, y tal confianza quedó justificada antes de que pasasen muchos meses.

Catherine continuó viviendo en la casa de su padre, a pesar de que le habían dicho que para una mujer soltera y de costumbres sosegadas, era más conveniente vivir en una de las casitas con fachada de piedra oscura, que por entonces habían comenzado a adornar las avenidas transversales de la parte alta de la ciudad. Catherine amaba la primitiva construcción --que en aquella época se llamaba "vieja"-, y. se proponía terminar sus días en ella. si era demasiado grande para dos damas sin pretensiones, era mejor aquello que lo contrario; pues Catherine no tenía deseos de verse estrechamente encerrada con su tía. Esperaba pasar el resto de su vida en Washington Square, disfrutando de la sociedad de mistress. Penniman. Y tenía la convicción de que por mucho que ella viviese, su tía viviría lo mismo, conservando su brillantez y actividad. Mrs. Penniman le sugería la idea de una rica vitalidad.

Una de aquellas cálidas veladas de julio, de que ya he hecho mención, las dos damas estaban sentadas junto a una ventana, contemplando la plaza tranquila. Hacía demasiado calor para encender las lámparas, para leer o para trabajar; al parecer, debía hacer demasiado calor incluso para conversar, pues Mrs. Penniman permanecía muda mucho tiempo. Se hallaba en la terraza, canturreando una canción. Catherine permanecía dentro de la habitación, sentada en una mecedora, vestida de blanco y abanicándose con un abanico de palmito. En aquella época, la tía y la sobrina solían pasar así la velada, después de tomar el té.

-Catherine -dijo por fin Mrs. Penniman-. Voy a decirte algo que va a sorprenderte.

-Hazlo, por favor -repuso Catherine-, me gustan mucho las sorpresas. Y hacemos una vida tan quieta.

-Bien, entonces te diré que he visto a Morris.

Si Catherine se sorprendió, al menos contuvo la expresión de su. sorpresa; no se sobresaltó, ni profirió exclamación alguna. Durante un momento permaneció silenciosa, y aquello bien pudo ser un síntoma de emoción.

-Espero que se encuentre bien -dijo al fin.

-No lo sé, ha cambiado mucho. Le gustaría verte.

-Pero yo preferiría no verle -dijo Catherine.

-Me temía que dijeses eso. ¡Pero no pareces sorprendida!

-¡Lo estoy, y mucho!

-Le encontré en casa de Marian --dijo Mrs. Penniman-. El va allí y todos temen que se encuentre contigo. Yo creo que él va para encontrarte. Desea mucho verte. -Catherine no dijo nada, y Mrs. Penniman prosiguió-: Al principio no le conocí, de tan cambiado como estaba; pero él en seguida me reconoció; me dijo que yo no había cambiado. Ya sabes lo amable que ha sido siempre. Se iba cuando entraba yo, y anduvimos un poco juntos. Sigue siendo muy bien parecido, aunque, desde luego, está más viejo, y no está tan animado como solía estar. Había algo triste en él; pero también lo había antes de que se fuera. Me temo que no ha tenido éxito, que no ha logrado establecerse definitivamente. Creo que no ha tenido la tenacidad suficiente, y eso, después de todo, es lo que da el éxito en este mundo.

Mrs. Penniman no había hablado de Morris Townsend durante veinte años; pero ahora que el sortilegio estaba roto, parecía deseosa de recuperar el tiempo perdido, como si hallase cierto placer en escucharse hablando de él. Sin embargo, prosiguió con prudencia considerable, haciendo pausas de vez en cuando, para observar la reacción de Catherine. La única reacción de la muchacha fué dejar de mecerse y de abanicarse; permaneció sentada, inmóvil y silenciosa.

-Fué el último martes -dijo Mrs. Penniman-, y desde entonces he estado vacilando en decírtelo. No sabía si te iba a gustar. Pon fin, pensé que había pasado tanto tiempo, que tú ya no sentirías nada. -Le vi de nuevo, después del encuentro en casa de Marian. Le encontré en la calle y me acompañó un poco. Lo primero que hizo fué hablarme de ti; me hizo muchísimas preguntas. Marian no quería que te hablase; no quiere que tú sepas que le recibe. Yo le dije que, después de tantos años, tú no podías abrigar sentimiento alguno; ni podías regatearle la hospitalidad de casa de su primo. Le dije que si lo hacías, serías realmente rencorosa. Marian tiene unas ideas muy extraordinarias de lo que sucedió entre los dos; parece creer que él procedió de una manera muy extraña. Yo me tomé la libertad de recordarle los hechos reales, y poner todo en su verdadera luz. El no siente ningún rencor, Catherine, te lo puedo asegurar; y podía perdonársele, pues ha tenido poca suerte. Ha recorrido el mundo y ha tratado de establecerse en todas partes; pero su mala estrella estaba en contra de él. Es muy interesante oírle hablar de su mala estrella. Todo le falló; todo, menos (tú lo recordarás) su espíritu orgulloso. Creo que estuvo casado en Europa. Ya sabes del modo como se casan allí; lo llaman matrimonio de conveniencia. Ella murió en seguida; según me dijo él, sólo fué un accidente en su vida; Morris llevaba diez años ausente de Nueva York, y ha regresado hace unos días... Lo primero que hizo fué preguntarme por ti. Había sabido que no te habías casado; parecía muy interesado por esto. Me dijo que tú habías sido el verdadero amor de su vida.

Catherine había permitido que su compañera llegase hasta allí sin interrumpirla; la escuchaba con los ojos fijos en el suelo. Pero la última frase que he citado fué seguida de una pausa especialmente significativa, y entonces, por fin, Catherine habló. Hay que observar que antes de esto había recibido muchos informes acerca de Morris.

-Por favor, no digas nada más. Deja ese tema. .

-Temía que dijeras eso. ¿Pero no puedes hacerte a la idea? El tiene tantos deseos de verte...

-No sigas, tía Lavinia -dijo Catherine, levantándose de su asiento. Rápidamente se acercó a la otra ventana, abierta sobre la terraza; y allí, oculta de su tía por las cortinas' blancas, permaneció largo tiempo, contemplando la cálida penumbra. Había recibido una fuerte impresión; le hacía el efecto de que el abismo del pasado se hubiese abierto y salido de él una figura espectral. Había cosas que creía que había superado, y sentimientos que estimaba muertos; pero, al parecer, aún tenían cierta vitalidad. Mrs. Penniman los había hecho temblar.

Catherine se dijo que aquella agitación era sólo momentánea; que en seguida pasaría. Temblaba y e1 corazón le latía con tanta fuerza que sentía sus palpitaciones; pero aquello también se calmaría. Luego, bruscamente, mientras aguardaba para recobrar su tranquilidad, rompió a llorar. Pero sus lágrimas eran tan silenciosas, que Mrs. Penniman no se dio cuenta de ellas. Sin embargo, quizás por sospechar que Catherine había llorado, Mrs. Penniman no habló más de Morris Townsend el resto de la velada.

35

La atención qué Mrs. Penniman concedía al caballero no tenía los límites de Catherine, y que por el bien de ella, hubiera deseado conocer. Duró lo bastante para permitirle aguardar otra semana, sin hablar de él nuevamente. Y volvió a tratar el tema en iguales circunstancias. Mrs. Penniman estaba sentada, pasando la velada en compañía de su sobrina; pero en aquella ocasión no hacía tanto calor, la lámpara estaba encendida, y Catherine se había sentado junto a ella con una labor. Mrs. Penniman estuvo sentada en la terraza durante media hora; luego entró y se movió vagamente por la habitación. Finalmente, se dejó caer en una silla inmediata a Catherine, con las manos cruzadas y el aire excitado.

-¿Te vas a enfadar si te hablo nuevamente de él? -le preguntó.

Catherine levantó los ojos.

-¿Quién es él?

-El hombre que amaste.

-No me enfadaré, pero no me agradará.

-Te envió un mensaje -dijo Mrs. Penniman-. Yo le prometí entregarlo, y tengo que cumplir' mi promesa.

Durante todos aquellos años, Catherine había tenido tiempo de olvidar lo poco que había tenido que agradecer a su tía en sus épocas de desolación; hacía mucho que le había perdonado a Mrs. Penniman el tomar demasiado sobre si. Pero por un momento aquella actitud de interposición y desinterés, aquel traer de mensajes y aquel cumplimiento de promesas, le hizo recordar que su compañera era una mujer peligrosa. Había dicho que no se enfadaría y sintió haberlo dicho.

-¡A mí qué me importa el que cumplas o no tu promesas! -repuso.

Sin embargo, Mrs. Penniman, con su alto concepto de los compromisos sagrados, siguió adelante:

-He avanzado bastante para retroceder -dijo sin molestarse en explicar lo que significaba aquello-. Morris Townsend desea especialmente verte, Catherine; cree que si supieses cuánto y por qué desea verte, consentirías en ello.

-No puede haber razón para ello -dijo Catherine-. ninguna razón buena.

-Depende de ello su felicidad. ¿No es ésa. una buena razón?: -preguntó Mrs. Penniman con tono impresionante.

-Para mí, no. Mi felicidad no depende de eso.

-Yo creo, que te sentirás más feliz después de verle. Se marcha de viaje, va a continuar sus vagabundeos. Su vida es solitaria, inquieta y triste. Quiere hablarte antes de partir; su deseo se ha convertido en una idea fija; piensa en ello constantemente. Tiene que decirte algo muy importante. Cree que nunca le juzgaste bien, y esa creencia le oprime terriblemente.

Librodot

Desea justificarse; cree que con unas cuantas palabras podría hacerlo. Quiere encontrarse contigo como un amigo.

. Catherine escuchó aquel extraordinario discurso sin hacer, una pausa en su labor; había tenido varios días para 'hacerse a la idea de que Morris Townsend era algo de actualidad. Cuando su tía hubo terminado, dijo sencillamente:

-Por favor, dile a Mr. Townsend que yo deseo que me deje en paz.

Apenas acababa de hablar, cuando el timbre de la puerta vibró en la noche de verano. Catherine miró el reloj; eran las nueve menos cuarto; muy tarde para visitas, especialmente en el verano, cuando la ciudad estaba vacía. En aquel mismo momento, mistress Penniman se sobresaltó y entonces los ojos de Catherine se volvieron hacia su tía. Se encontraron con los de Mrs. Penniman, y durante un momento los sondearon. La tía Lavinia se ruborizó; su mirada parecía querer confesar algo. Catherine interpretó bien su significado y se levantó prontamente.

-Tía Penniman -dijo con un tono que asustó s su compañera-, ¿te has tomado la libertad...?

-¡Mi querida Catherine -tartamudeó Mrs. Penniman-, espera a que le hayas visto!

Catherine había asustado a su tía, pero ella también estaba asustada; sentía ganas de salir para decir al criado que no quería recibir a nadie; pero el miedo de encontrarse con su visitante, la contuvo.

-Mr. Morris Townsend.

Esto fué lo que oyó decir al criado, vaga, pero distintamente, mientras vacilaba. Estaba vuelta de espaldas a la puerta del salón, y durante un momento permaneció así, dándose cuenta de que su visitante había entrado. Sin embargo, el no hablaba, y finalmente ella se volvió. Entonces vio a un caballero de pie en el centro de la habitación, de la cual se había retirado discretamente.

Catherine no le había reconocido. Morris tenía cuarenta y cinco años, y su figura no era la del joven esbelto que ella había conocido. Pero seguía teniendo buena presencia, y una barba rubia y lustrosa, extendida sobre un pecho bien configurado, contribuía a su efecto. Al cabo de un momento, Catherine reconoció la parte superior del rostro, la cual, a pesar de que los rizos de su visitante se habían hecho muy claros, seguía siendo extraordinariamente seductor. Morris permanecía en una actitud muy deferente, con los ojos fijos en Catherine.

-Me he atrevido... me he atrevido -dijo, y luego hizo una pausa y miró en torno suyo, como si esperase que ella le invitase a tomar asiento. Era su antigua voz; pero no tenía el antiguo encanto. Durante un minuto, Catherine se dio cuenta de su clara decisión de no invitarle a que se sentase. ¿Por qué había venido? Había hecho mal viniendo. Morris estaba turbado, pero Catherine no le ayudaba en nada. No era que se alegrase de su turbación; por el contrario, excitaba todas sus probabilidades de aquella índole y le producía gran pena. ¿Pero cómo iba a darle la bienvenida, cuando sentía tanto que él no debía haber venido?

-Lo deseaba tanto, estaba decidido -continuó Morris. Pero de nuevo se detuvo. No era fácil. Catherine no decía nada y él podía haber recordado, con recelo, la capacidad que ella tenía para el silencio. Sin embargo, ella proseguía mirándolo y al hacerlo observó algo muy extraño. Parecía Morris y, sin embargo, no era él; era el hombre que había sido todo, y sin, embargo, aquella persona no significaba nada. ¡Cuánto tiempo había pasado y cuánto había envejecido ella; cuánto había vivido! Había vivido de algo relacionado con él, y al hacerlo lo había consumido. Aquel hombre no parecía desgraciado. Estaba bien conservado, bien vestido, maduro y completo. .

Mientras, Catherine le miraba, la historia de la vida de Morris se definió en sus ojos; había vivido cómodamente, sin dejarse atrapar. Pero incluso cuando Catherine se daba cuenta de esto, no sentía deseos de atraparle; su presencia le era penosa, y sólo deseaba que se fuese.

-¿No quieres sentarte? -preguntó él. -Creo que es mejor que no lo hagamos.

-¿Te he ofendido viniendo? -Morris hablaba con gravedad y con un tono del más profundo respeto.

-Creo que no debías haber venido.

-¿No te dijo nada Mrs. Penniman? ¿No te dio mi mensaje? -Algo me dijo, pero no la entendí.

-Me gustaría que me dejases decirlo a mí, que me dejases hablar en defensa mía.

-No lo estimo necesario --dijo Catherine.

-Para ti quizás no; para mí, sí. Sería una gran satisfacción y no tengo tantas. -Morris se acercaba; Catherine se desvió. -¿No podemos ser de nuevo amigos? -preguntó él.

-No somos enemigos -dijo Catherine-. Yo sólo tengo sentimientos de amistad hacia ti.

-¡Ah, no sé si te das cuenta de la dicha que me produce el oírte decir eso!

Catherine no dijo nada que indicase que ella midiese la influencia de sus palabras, y al poco, él continuó:

-Tú no has cambiado; los años te han tratado bien.

-He vivido con mucha tranquilidad -dijo Catherine.

-El tiempo no te ha dejado huellas; estás admirablemente joven. -Esta vez logró acercarse; Catherine vio su barba brillante y perfumada, y los ojos duros y extraños que había sobre ella. Era muy distinto de cuando era joven. Si ella le hubiese visto así por primera vez, no le habría gustado. Le hizo el efecto de que sonreía o trataba de sonreír.

-Catherine -dijo él, bajando la voz-. Yo jamás he dejado de pensar en ti.

-Por favor, no digas eso -repuso ella.

-¿Me odias?

-¡Oh, no! -dijo Catherine.

En el tono de ella había algo que le desanimó, pero se recobró en seguida.

-¿Entonces sientes aún amistad por mí?

-¡No comprendo por qué has venido aquí para preguntarme esas cosas! -exclamó Catherine.

-Porque durante muchos años, todo mi deseo ha sido que fuésemos amigos otra vez.

-¡Esto es imposible!

-¿Si tú lo permites, por qué no?

-No voy a permitirlo --dijo Catherine. El la miró en silencio.

-Comprendo; mi presencia te apena, te turba. Me iré; pero tienes que darme permiso para volver de nuevo.

-Por favor, no vuelvas más. -¿Nunca, nunca?

Catherine hizo un gran esfuerzo; quería decir algo que hiciese imposible que él cruzase de nuevo el umbral de la puerta.

-Has hecho mal. No hay razón para que hayas venido.

-¡Mi querida, Catherine, eres injusta conmigo! -exclamó Morris-. ¡Hemos aguardado y ahora somos libres!

-Tú me trataste muy mal -dijo Catherine.

-No, si lo-piensas bien. Tú viviste en paz con tu padre; y eso era lo que yo no me decidía a arrebatarte.

-Sí, eso lo tuve.

Morris sentía no poder decir que había tenido mucho más, pues no es necesario añadir que conocía el contenido del testamento del doctor Sloper. Sin embargo, no vaciló.

-¡Hay sinos peores! -exclamó con expresión, refiriéndose, el parecer, a su situación de desamparo. Luego añadió, con mayor ternura-:

-¿No me has perdonado?

-Te perdoné hace muchos años, pero es inútil el intentar que seamos amigos.

-Si olvidamos el pasado, no, y, ¡gracias a Dios, aún tenemos un porvenir!

-Yo no puedo olvidar -dijo Catherine-. Me trataste demasiado mal. Lo sentí mucho; lo sentí durante años. -Y luego continuo para demostrarle que no debía acercarse a ella de –aquel modo-. No puedo comenzar de nuevo. Todo está muerto y enterrado. Fué demasiado grave; produjo un gran cambio en mi vida. Jamás creí que te vería aquí.

-¡Ah, estás llena de cólera! -exclamó Morris, que deseaba arrancar algún chispazo de pasión a la calma de Catherine. En tal caso, podía tener esperanza.

-No, no lo estoy. La cólera no se mantiene durante tantos años. Pero hay otras cosas. Quedan las impresiones cuando han sido muy fuertes. Pero no puedo hablar.

Morris permanecía en pie, acariciándose la barba.

-¿Por qué no te has casado? -preguntó bruscamente-. Has tenido oportunidades.

-No quería casarme.

-Sí, eres rica y libre; no tenías nada que ganar.

-No, no tenía nada que ganar -dijo Catherine.

Morris miró vagamente en torno suyo, y exhaló un profundo suspiro.

-Bien, yo tenía la esperanza de que pudiésemos ser amigos aún.

-Yo pensaba haberte dicho, por medio de mi tía, y en respuesta a tu mensaje, si hubieses esperado la respuesta, que no era necesario que vinieras con esa esperanza.

-Adiós, entonces -dijo Morris-. Perdona mi indiscreción.

El hizo una reverencia y ella se apartó y permaneció de pie, -con los ojos fijos en el suelo, unos momentos después que hubo oído que él cerraba la puerta tras sí.

En el hall, Morris se encontró con Mrs. Penniman, agitada y .anhelosa; al parecer, había estado revoloteando por allí, bajo los impulsos irreconciliables de su curiosidad y su dignidad.

-¡Su plan ha sido magnífico! -dijo Morris, golpeando su sombrero.

-¿Tan dura es? -preguntó Mrs. Penniman.

-No le importa un comino; me lo ha dado a entender con sus fríos modales.

Morris no se fijó en su pregunta; permanecía en pie, meditabundo, con el sombrero puesto.

-Entonces, ¿por qué diablos no se ha casado?

-¿Sí, por qué? -suspiró Mrs. Penniman. Y luego, como si se diese cuenta de que la explicación era inadecuada-. Pero no debe desesperar; tiene que volver.

-¿Volver? ¡Maldición! -Y Morris Townsend salió de la casa dejando a Mrs. Penniman con la boca abierta.

Entretanto, Catherine, en el salón, había tomado su labor y se había sentado nuevamente con ella, para toda la vida, por decirlo así.

fin